

ROMA GUARDIOLA

EL JUEGO



A veces hay que perderlo todo para conseguir lo que necesitas

ROMA GUARDIOLA

EL JUEGO



A veces hay que perderlo todo para conseguir lo que necesitas

EL JUEGO
ROMA GUARDIOLA

Copyright © 2022 Rosa María García Guardiola

Todos los derechos reservados.

www.romaguardiola.es

autora@romaguardiola.es

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[EPÍLOGO](#)

[BIOGRAFÍA](#)

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer a mi familia su apoyo constante en esta aventura, sobre todo a mi marido e hijo, porque son siempre mis pilares cuando flaqueo.

Gracias a mi madre, que me animó desde muy joven a escribir esa novela que quería poder leer. Espero que desde donde estés puedas verlo y sonrías.

Gracias a mis amigas Rosana Hernández y Cristina Flames por su apoyo y regalarme su tiempo a la hora de corregir la novela. Cualquier error que pueda quedar es únicamente mío.

Y gracias a ti, querido lector, por darle una oportunidad a ***El Juego***. Espero que cumpla con tus expectativas y mi propósito a la hora de escribirlo: entretenerte y hacerte sentir.

Un abrazo muy fuerte y mil veces gracias.

1

La risa de su marido la llenó de una paz que llevaba mucho tiempo sin experimentar. Los hombros de Enrique se sacudían una y otra vez y los ojos se le habían llenado de lágrimas. Estaba más relajado de lo que le recordaba en años.

Isabel posó su mano sobre el brazo de su marido y lo acarició con suavidad. Enrique la miró con una dulzura que la calentó por dentro. Se alegró de volver a verla en sus ojos.

Acarició el brazo de su marido hasta alcanzar el hombro, donde sus delgados dedos se detuvieron por un instante apretando la carne cálida para después continuar por la espalda masculina en un gesto lleno de afecto. No pudo evitar sonreír como una estúpida mientras *La Macarena* sonaba a todo volumen.

La conexión que creía haber perdido volvió a atravesarla y por primera vez en años se sintió en paz, segura de su relación con Enrique. Atrás quedaron las miradas llenas de tristeza primero, de reproche silencioso e ideas locas después cuando un mes detrás de otro fallaba en darle eso que tanto anhelaba. En medio de la terraza del *resort* en el que estaban pasando unas vacaciones íntimas, las primeras que se tomaban en años en un intento por reconectar, le pareció estar un poco más cerca de la mujer que fue en el pasado.

Enrique había logrado controlar su respiración y se estaba secando las lágrimas con una servilleta. Isabel tomó un sorbo de café y le lanzó una sonrisa llena de satisfacción.

—Eres lo peor, casi haces que me atragante y encima sonríes—bromeó su marido mientras le acariciaba la mano con los dedos—Estás preciosa—añadió bajito.

La sonrisa de Isabel se hizo aún más grande.

—Exagerado—susurró.

—Yo creo que no. Soy el hombre más afortunado de toda la terraza y cada uno de los hombres que nos miran lo saben.

Isabel echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada.

—Si tienes en cuenta que todos son guiris pasados de alcohol, no creo que esa valoración sea muy fiable—tomó otro sorbo de café y depositó la taza sobre la mesita de hierro forjado.

Se echó hacia atrás y cerró los ojos disfrutando de la ligera brisa marina que los alcanzó por sorpresa. Las delicadas amapolas de su vestido de gasa parecieron cobrar vida. Se llevó una mano a la nuca con abandono, relajada por el alivio del acuciante calor del día y el

tranquilizador sonido del mar. Se retiró el pelo y permitió que la transpiración se secara antes de volver a dejar que los oscuros mechones descendieran sobre sus hombros.

—No tienes ni idea del efecto que puedes llegar a causar en los hombres si te lo permites, ¿verdad?

Algo en el tono la obligó a salir de su cálida burbuja y abrir los ojos.

Enrique la miraba serio, pero había algo más en la mirada de su esposo cuando se echó hacia delante, apartó su taza de café y apoyó los codos en la mesa.

—Tengo cuarenta y cinco años, creo que mis tiempos de perversa seductora han pasado. —Lo interrumpió con una ligereza que pretendía prolongar el ambiente de bromas y risas del que habían estado disfrutando, pero supo que les quedaban apenas unos instantes en el mejor de los casos. Lamentó su pérdida.

El hambre que había aparecido en los ojos de Enrique era algo nuevo, producto de una fantasía reciente, que siempre la dejaba tensa y frustrada. Se preguntaba si esa fantasía en la que la compartía con otros hombres era producto del deseo o un modo de castigarla.

—Quedan horas para que todos estos hombres achispados estén verdaderamente borrachos y hay, al menos, uno al que la cerveza no le está nublando el juicio, te lo aseguro.

—El acero que se manifestó en la gentil voz de su marido le provocó un vuelco en el estómago.

—Enrique...

—Está ahí sentado tranquilamente en compañía de su mujer, por lo que parece, y no te ha quitado los ojos de encima desde hace un buen rato. Diría que desde que nos hemos empezado a reír. ¿Sabes lo que está pensando?

—No. Y tú tampoco— descruzó las piernas e intentó levantarse, pero la mano de su esposo atrapó la suya como un relámpago.

—Solo está admirándote desde lejos. No hay nada que deba preocuparte. No te avergüences de ti misma. El resto de las mujeres de la terraza probablemente matarían por ser el foco de una atención tan intensa—le murmuró mientras le acariciaba los dedos con suavidad.

Nada en su postura corporal indicaba que quisiera algo más que comentar lo obvio o que ella hiciera algo al respecto, pero Isabel lo conocía bien. Llevaban juntos más de veinte años, quince de ellos casados, Isabel sabía cuándo su marido se encaprichaba con algo y cómo era capaz de gemir y rogar, de manipular emocionalmente hasta conseguir lo que quería.

Se estremeció al pensar que la curiosidad recién descubierta de su esposo hubiera podido transformarse en un deseo muy real. Se obligó a no girar la cabeza y buscar con la vista al hombre que había despertado semejante reacción en su marido.

—Bésame —le pidió éste con firmeza e Isabel se inclinó sobre la mesa para cerrar la

distancia entre sus labios y los de él. Intentó que el contacto fuera breve para calmar los ánimos, pero Enrique la tomó por la nuca y la besó con apetito. La pasión la sorprendió por su intensidad y por lo repentino de su aparición. Hacía mucho tiempo que no sucedía algo así entre ellos. Cuando su marido finalmente abandonó su boca, Isabel permaneció sentada y algo aturdida.

Logró enfocar la mirada en Enrique y vio que este sonreía satisfecho, pero no la estaba mirando a ella. Miraba a un punto a la espalda de Isabel, un punto que, por el movimiento de los ojos de su esposo, se acercaba a ellos.

2

Lukas tomó un sorbo de cerveza. Era más suave de a la que estaba acostumbrado, pero estaba fría y cumplía con su propósito.

La terraza del hotel ofrecía el servicio de cafetería y bar en el exterior con vistas a la playa. A su espalda se erguía orgulloso el edificio principal del hotel, en el que finalmente habían decidido no alojarse, optando por uno de los *bungalows* que se ofertaban a los huéspedes.

Las pequeñas casitas encaladas destacaban sobre el fondo del cielo azul y se asomaban de forma sorpresiva entre las palmeras que ocupaban los jardines del complejo. Ofrecían la sensación de privacidad que su mujer y él buscaban y estaban lo bastante cerca de la playa como para que no lo dudaran cuando hicieron las reservas.

Anyá, su esposa, seguía hablando por el móvil afrontando una nueva crisis de su hija adolescente. Parecía ser algo relacionado con Roland, el chico del que no había parado de hablar durante los últimos meses. Lukas recordó lo que se le pasaba por la cabeza cuando tenía quince años y se compadeció de su hija.

Habían acordado dejar a Gretchen en casa de una amiga de la familia para disfrutar del final de las vacaciones de verano a solas.

Su vista se desvió de nuevo hacia la pareja sentada a unas pocas mesas de distancia. Le habían llamado la atención y resultaba difícil discernir en qué idioma hablaban. Su aspecto era tan dispar que no lograba adivinar su nacionalidad.

El hombre tenía la altura y complexión propia de los españoles con los que se había encontrado a lo largo de los años, pero su pelo era de un rubio brillante y sus ojos parecían muy claros. Rondaría los cuarenta, unos cuantos años más joven que él mismo, pero lo que atraía su mirada una y otra vez era la mujer que lo acompañaba.

Parecía alta a juzgar por la longitud de sus piernas. Llevaba un vestido de gasa blanco con pequeñas amapolas sembradas por el dobladillo.

No era la mujer más hermosa con la que se hubiera topado durante su estancia, pero sentada bajo la sombrilla de un furioso color naranja tenía el porte de una reina y ningún bikini logró arrancar su atención de ella.

Anyá le tocó la mano y giró la cabeza en dirección a su esposa enarcando una ceja.

—¿Qué te tiene tan ensimismado? —los ojos azules de su mujer lo miraban con astucia y una pizca de picardía.

—Nada, solo estoy echando un vistazo —tomó el último sorbo de la cerveza e hizo una mueca cuando el líquido, ahora templado, se deslizó por su garganta.

Su mujer no hizo ningún comentario. Realizó una señal al camarero y pidió otra cerveza para él y un segundo gin-tonic para ella.

La carcajada profunda y ronca lo alcanzó como una caricia y reclamó su atención con la urgencia propia de la juventud.

La mujer había echado la cabeza atrás y su risa era tan natural y cálida que sintió un escalofrío recorrerlo de la cabeza a los pies. Se sorprendió queriendo más de esa risa, que esas pequeñas manos lo acariciaran a él y por un instante casi pudo sentirlo. Cerró los ojos y un fuego se despertó en su interior con un matiz y color casi olvidados.

Vio cómo se apartaba la melena oscura de la nuca para refrescarse y aliviar el calor de la tarde para luego dejar que los mechones volvieran a reposar sobre su espalda. Quiso acercarse y apartárselos del cuello para poder besar cada centímetro de la dorada piel. Una sonrisa suave y relajada se perfiló en los labios femeninos y una imagen se coló prohibida en su cabeza. La de aquella mujer, luciendo esa misteriosa sonrisa, descansando sobre la cama después de que él la hubiera satisfecho toda la noche. Suave, madura, fuente de la más dulce miel.

Se sobresaltó cuando Anya posó una mano sobre su rodilla y lo sacudió. Intentó conservar la imagen, guardarla para después, para cuando tuviera tiempo y privacidad, pero observó impotente cómo se evaporaba antes de que pudiera fijar los detalles en su mente. Se encontró mirando a su mujer con el ceño fruncido y se dio cuenta de que su corazón latía desbocado.

—Sí que te ha dejado impresionado; nunca te había visto esa cara de bobo. No creía que nadie hubiera despertado tu interés este año, que querías que lo dejáramos, pero si tanto te gusta podemos intentarlo— su esposa le sonrió con calma y apoyó la cabeza en su hombro. Cuando sus miradas se encontraron, Anya lo observaba con el conocimiento de más de dos décadas de matrimonio.

—Déjalo, Anya. No parecen ese tipo de parejas y además nos quedan dos días para volver a casa. No tengo ganas de complicarnos la vida.

—Ni hablar. Él no está nada mal y no parece contrario a la idea.

Lukas sintió su pulso en los oídos, martilleando furioso. Arriesgó una mirada para comprobar la apreciación de su esposa y se encontró con un par de ojos verdes clavados en él. Parecían estar juzgándolo y debió considerarlo digno; porque a continuación besó a su mujer sin apartar su mirada de él, desafiándolo a acercarse.

—Puede que tengas razón.

Lukas enderezó la espalda y alargó los dedos para tomar la botella, pero retiró la mano pensándose mejor. Anya ya se había levantado y cubierto los ojos con las gafas de sol.

Aquel desconocido parecía querer jugar a la clase de juego que él y su esposa llevaban más de diez años practicando. Bien. Haría lo que hiciera falta para ganar.

Se levantó y entrelazó los dedos con los de su esposa. Estos desafíos se ganaban en equipo y Anya era una jugadora de primera.

3

Isabel vio a su esposo sorprenderse durante un instante para esbozar una sonrisa inocente a continuación. Había algo en esa expresión que le recordaba a otro momento en otro lugar, cuando un compañero del trabajo de Enrique se había atrevido a tocarle el muslo y tuvo que apartarlo de un manotazo. Había mirado entonces a su esposo en busca de refugio mientras aquel hombre se disculpaba desconcertado. La mirada que le había devuelto era la misma que esgrimía ahora, la de una esfinge misteriosa poseedora de secretos. Secretos que hubiera deseado no conocer.

Contuvo la mueca de rechazo y permaneció quieta en su silla. Sintió el impulso de buscar sus gafas de sol en el bolsito que descansaba sobre sus rodillas, pero lo pensó mejor. Se conformó con jugar con la cremallera y deseó que no se notara lo mucho que le habían empezado a temblar las manos.

—Hola, ¿hablan inglés? —preguntó una mujer alta con la elegancia de una antigua bailarina. Los miraba a ambos con una ancha sonrisa que mostraba unos dientes tan perfectos como su figura.

—¿En qué puedo ayudarles? —Enrique se mostró solícito, pero no demasiado. Quería algo de esa gente y no pensaba pedirlo, sino esperar a que se lo ofrecieran en bandeja.

—¡Menos mal!, creía que no conoceríamos a ningún huésped con quien hablar.

A Isabel le pareció de lo más dudoso. Estaban rodeados de turistas del mundo entero. Se tragó el bufido de indignación y presionó la cremallera entre sus dedos.

—No es la primera vez que venimos a Cádiz de vacaciones, pero esta vez no hemos tenido la suerte de encontrar a nadie con quien...charlar —se encogió de hombros y el resultado fue tan encantador, que Isabel se preguntó lo deslumbrante que habría sido en su veintena y treintena.

Notó que su marido no hacía ningún esfuerzo por ocultar su admiración. Le produjo una ligera sensación de acidez que esa apreciación la hiciera estando ella presente y no hubiera intentado disimular en deferencia a ella.

—Soy Anya y éste es mi marido Lukas. Somos de Frankfurt.

No pudo evitar desviar la mirada de Enrique para clavarla en el desconocido que le extendía la mano para saludarla. Antes de que se hubiera dado cuenta le había entregado la suya y pudo sentir como rodeaba con suavidad sus dedos. La voz de la mujer alemana y la de Enrique habían quedado relegadas a un zumbido lejano y no pudo importarle menos.

Los labios del desconocido apenas esbozaron la idea de una sonrisa, pero pudo detectarla donde realmente importaba, en las arruguitas que se formaron alrededor de sus ojos. La calidez que apareció en ellos logró transformarlos de un color castaño al del caramelo caliente.

—Mi mujer, Isabel —la voz de Enrique rompió la tensión.

—Isabel —El alemán le soltó la mano.

Los latidos de su corazón estaban desbocados y pudo sentir cómo sus pezones se ponían duros, como si quisieran reclamar la atención de aquel hombre.

Apartó la mirada de sus ojos por temor a lo mucho que pudiera estar delatándose, para quedarse clavada en su boca. El labio superior se arqueaba apetecible, como si rogara ser mordisqueado e Isabel sintió el impulso de besarlo hasta dejarlo húmedo y doblegarlo a su voluntad.

—¿Qué te parece, cielo? —la voz de Enrique la irritó y evitó en el último momento fruncir el ceño con desagrado. Miró a su marido totalmente perdida. Éste sonrió satisfecho y quiso abofetearlo. Iba a intentarlo de nuevo, después de la pelea que casi les cuesta la separación, iba a hacerlo. Apretó los nudillos y tomó aire.

Nada que ella no deseara iba a pasar. Tenía la esperanza de que, si aquello iba a encaminado a hacer realidad la fantasía sexual de su marido, éste se arrepintiera al final. No es que ella fuera a permitir que las cosas llegaran tan lejos. Estaba dando por hecho que la pareja le seguiría el juego a su marido. Puede que solo desearan charlar un rato como la gente normal.

—¿Te parece bien que cenemos con ellos más tarde? —insistió Enrique con cara de cachorrillo. Un cachorro con los dientes muy afilados. Se sintió abandonada cuando miró al hombre que era su vida sólo vio a un contrincante.

—Claro, será un placer —contestó con una sonrisa que no la comprometía a nada. Miró a la esposa del hombre y no vio disgusto ni tristeza en ella. La mirada azul lo veía todo y el cálculo que residía en ella le dejaba claro que no encontraría apoyo en esa mujer. Se preguntó si Enrique tendría esa misma mirada dentro de unos años.

—Estupendo, pues nos vemos en el asador a las nueve, ¿os parece bien? —la alemana posó su mano en el pecho de Enrique apenas un instante, pero la sensualidad del gesto no le pasó inadvertido. No tenía por qué significar nada.

—Hecho —su esposo se levantó galante y la besó en la mejilla. Después le dio una palmada en el hombro al alemán como si se conocieran de toda la vida.

Isabel se negó a levantarse con rebeldía y se despidió con un asentimiento de cabeza. La mano bronceada quedó delante de su campo de visión. Pudo ver el vello salpicado de plata ascender por los antebrazos y las venas azules marcarse en las manos. Parecían prometer roces suaves, pero también fuerza y pasión. Isabel le ofreció la suya antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. El calor la envolvió cuando los labios del hombre se posaron con delicadeza

sobre su piel. Al soltarla tuvo que contenerse para no buscar su contacto de nuevo.

—Nos vemos, Isabel —el sonido de su voz fue como una caricia y dejó a Isabel caliente y húmeda. Los saludó con la mano y se obligó bajar la vista, aunque su cuerpo le exigía a gritos que lo siguiera con los ojos, que bebiera y se grabara su presencia en la memoria. Ya tendría ocasión más tarde. Le temblaban las manos y por primera vez tuvo que ser sincera consigo misma y reconocer que no era a causa del miedo ni la inquietud.

—No ha sido tan difícil ¿verdad? —la sonrisilla satisfecha de su marido la arrancó de su reflexión. Se apartó cuando Enrique quiso acariciarle la mejilla. Rechazó el gesto de su marido llena de una ira que la sorprendió. Quizás quedaba algo de fuego dentro de ella después de todo.

—¿Qué estás haciendo, Enrique? —siseó.

—Nada. Sabes que no haría nada que no desees, cariño —contestó su esposo con tranquilidad.

—¿Crees que no te conozco? ¿Qué no sé de lo que eres capaz después de lo de José Manuel?

—Me dejaste claro que no estabas interesada en añadir algo de picante a nuestra relación y lo respeto.

—Esto no es un juego, me lo prometiste. —quiso recuperar el control de sus emociones, de sus palabras, pero ambas se le escapaban y nada de lo que intentó surtió el más mínimo efecto.

—Baja la voz, Isabel —le susurró Enrique al oído mientras le agarraba la mano como si quisiera evitar que saliera corriendo—Cálmate, cariño; no vas a hacer nada que no quieras hacer, ya te lo he dicho.

Se llevó sus dedos a los labios.

—¿Y esa pareja alemana lo sabe? ¿Tienes la más mínima idea de lo que quieren o sólo te importa lo que desees tú?

—Ese tío se te estaba comiendo con los ojos desde hacía un buen rato y no me negarás que tú tampoco te has mostrado indiferente.

—Eso no significa nada, Enrique.

—No, pero es un principio. Deja que yo me preocupe de lo que puedan o no querer. Solo sé que agradezco que hayan reaccionado bien. Si no quieres hacerlo, no pasa nada. Pasamos una cena agradable en su compañía y no tenemos que verlos más. Ya está —la besó con suavidad en la boca y apoyó su frente en la de ella, aspirando su aroma—. Todo va a estar bien, nena, ya lo verás...

—No, Enrique. No va a estar bien —quiso odiarse por la fragilidad de su voz, pero no le quedaban fuerzas. Una mezcla entre vergüenza y pérdida le constreñía la garganta y llena de congoja sintió los labios de su marido besar la lágrima que le resbalaba por la mejilla.

4

El restaurante estaba lleno hasta los topes cuando llegaron. Enrique la había tomado de la mano desde que salieron de su *bungalow*, entrelazando sus dedos con los de ella como llevaba haciendo cada vez que salían a la calle desde que eran novios.

El tacto familiar de su esposo no logró calmar la ansiedad de Isabel.

Su vista buscó entre la marea de gente que llenaba la planta baja del asador del hotel y por un momento creyó estar a salvo, que la pareja alemana se lo había pensado mejor y decidido no presentarse. El alivio no duró mucho y desapareció dejándola nerviosa e insegura cuando Enrique tiró de su mano para acercarla a él y le murmuró al oído.

—Ahí están; ya han encontrado mesa —saludó con la mano e Isabel pudo localizar a la pareja al fin. Ambos esperaban de pie al final de la sala junto a una mesa que daba a la gran terraza. En el centro de ésta se hallaba el horno de ascuas sobre el que se cocinaban a fuego lento diferentes piezas de carne. El lugar además servía de pista de baile a partir de las doce de la noche; ella y su esposo habían disfrutado de ella sólo dos noches antes. A solas.

Su marido la soltó.

—Estás preciosa —susurró y la besó con suavidad en la mejilla —Tranquila y disfruta. Prueba la carne, tómate una copa y no te preocupes de nada más ¿de acuerdo? —la besó una última vez en la frente. A continuación le rodeó la cintura con el brazo y comenzó a andar apretándola contra su costado. La sensación de derrota que la había acompañado desde que conocieron al matrimonio por la tarde se hizo más aguda. Demasiado agotada para seguir discutiendo con su esposo, después de haberle dejado claro que no pensaba participar en lo que fuera que estuviera planeando, se dejó llevar hasta el borde de la terraza.

—Confieso que estoy sorprendida, no creí que vendrían. Tu muñequita parecía de lo más aprensivo por la tarde. No te precipites, está aún muy nerviosa —el abrazo de Anya logró calmar el rugido de sus oídos, que había alcanzado un volumen ensordecedor desde el instante en el que había visto entrar a la pareja en el comedor.

Todo su cuerpo se había sintonizado al de aquella desconocida y supo el momento exacto en el que había entrado en el restaurante, antes de verla siquiera, por los latidos desbocados de su corazón.

Los labios de su esposa le rozaron la mandíbula con el afecto que siempre la había caracterizado, pero Lukas sintió que parte de aquella demostración era más para tranquilizar a la otra mujer que por él *“No, la otra mujer no. Isabel. Se llama Isabel”*

—Calma, tigre, que la vas a asustar —bromeó Anya. El calor de su aliento le acarició el oído.

No contestó, porque la pareja ya había llegado a la mesa y Enrique extendió la mano para saludarlos.

Lucas respondió con una sonrisa y a continuación tomó la mano de Isabel y se la llevó a los labios. Su piel estaba caliente y el aroma a flores blancas y a mujer inundó sus sentidos. Cerró los ojos un instante e intentó grabar aquel olor en su memoria. La mano de ella tembló, pero no hizo intento de retirarla.

Posó la vista en los ojos que lo miraban con una mezcla de fascinación y temor y sintió sus labios distenderse en una sonrisa llena de reconocimiento antes de volver a rozar su piel con la boca.

—Buenas noches —acarició brevemente su mano con el pulgar antes de romper el contacto con ella. Separó una de las sillas de la mesa y se la ofreció. Ella buscó la mirada de su marido, que tras quedarse parado un instante, inseguro de cómo reaccionar, hizo lo mismo con Anya.

Quedó sentada entre su esposo y él mismo y el calor que emanaba de su cuerpo lo calentó por dentro llenándolo de un efervescente deseo.

Anya había tomado la iniciativa y estaba relajando los ánimos con charla intrascendente, consiguiendo tranquilizar poco a poco a Isabel. Mientras la española contestaba cada una de las preguntas de su esposa, su cuerpo se iba relajando en la silla y su rostro perdiendo la tensión, tornando sus ojos de un cálido y risueño chocolate.

Isabel parecía haber tomado la decisión de ignorarlo para poder soportar la velada y se sorprendió al darse cuenta de que le dolía su indiferencia. Se relajó más en la silla y rozó adrede su pierna contra la de ella. La sintió tensarse y se disculpó de inmediato. Anya le lanzó una mirada de advertencia por encima de la mesa.

Cuando Lukas vio aparecer al camarero con el vino y una jarra de agua con hielo, le sirvió una copa de vino a la mujer y se sorprendió a sí mismo preguntándole qué tipo de carne le apetecía.

Tras obtener una respuesta acompañada de una educada sonrisa, Lukas se vio levantándose de la mesa y dirigiéndose a la parrilla donde tomó un plato en el que colocó diferentes piezas y volvió a la mesa ignorando la cara de estupefacción de Enrique.

Colocó el plato frente a él y tomó el de Isabel, sirviéndole los trozos más tiernos a ella. Después le ofreció el plato con el más galante de los gestos.

—Discúlpame si te he hecho sentir incómoda. A veces hago las cosas antes de darme cuenta de cómo puede afectar a los demás —levantó la mirada mientras continuaba sirviéndola.

—No pasa nada —susurró ella y Lukas se imaginó esa boca sobre cada centímetro de su propia piel. Tuvo que cerrar los ojos para evitar besarla allí mismo.

—Sí que pasa —murmuró ronco— pero espero que te quedes a averiguar otras muchas cosas sobre mí que tal vez puedan gustarte —su voz sonó insegura y algo inquisitiva, casi como una súplica. Abrió los ojos de nuevo para terminar de adornar el plato con un poco de la ensalada que su esposa o Enrique debían haber traído a la mesa mientras él estaba derriéndose por dentro.

Cuando se apartó de ella para servir a Anya vio que ésta ya se había hecho con Enrique y lo tenía sirviéndola con la mirada de un cachorrito deseoso de agradar.

Volvió la cabeza para ver cómo se tomaba Isabel el evidente interés de su marido en otra mujer, pero ella tenía la mirada clavada en él, taladrándolo en un intento de descubrir sus intenciones.

Lukas se sorprendió queriendo calmarla.

—¿Cenamos? —preguntó y vio la tensión desaparecer de su cuerpo por completo y sonreírle de verdad por primera vez. Sintió su propia boca curvarse en respuesta a la de ella, igual de sincera. Cuando tomó los cubiertos para empezar a comer se sintió lleno de un poder hilarante, capaz de cualquier cosa en el mundo.

La sonrisa que Anya ocultaba tras su copa de vino, llena de conocimiento y satisfacción le molestó y evitó mirarla el resto de la comida, mientras la charla fluía cada vez con mayor facilidad.

Averiguó que Enrique era profesor de Literatura y que trabajaba para una universidad privada en Madrid. Isabel era profesora de educación infantil.

Se la imaginó rodeada de niños y pensó que le pegaba el trabajo, parecía tener la paciencia y la calidez necesarias para tratar con ellos.

El camarero les trajo el café y la conversación fue decayendo poco a poco y Lucas se dio cuenta entonces de que la sala se había ido vaciando de comensales. Sólo unos pocos habían quedado rezagados tomando café y en la puerta se agolpaba un nuevo grupo de gente, esta vez no para la cena, sino para la fiesta. Miró su reloj de pulsera; la doce menos diez.

En la terraza estaban retirando las mesas del bufé y habían apagado y limpiado el horno. Sobre la plataforma que se erguía a un lado, los músicos empezaban a tomar sus puestos. La noche podía estar llegando a su fin y no supo si estaba más cerca de lo que llevaba deseando desde esa misma tarde cuando había escuchado la risa de Isabel.

Miró a su mujer y la vio diciéndole algo al oído al español mientras deslizaba su mano por el brazo masculino. Las pupilas de Enrique estaban dilatadas y se mostraba más que interesado en ella. Isabel miraba a su marido con aspecto de desamparo. No era traición ni ira lo

que reflejaba su rostro, sino una inmensa tristeza. Lucas se enfureció consigo mismo y con su esposa. Aquel juego no tenía sentido si todos los jugadores no estaban implicados.

—¿Te apetece otra taza de café? —le preguntó con toda la amabilidad de la que fue capaz. La mirada de ella estaba apagada. La vital mujer de esa misma tarde se había transformado en una mujer que parecía mucho más mayor de lo que era y Lukas sintió ganas de estrellar el puño contra el rostro de aquel niño imberbe y llevarse a Isabel de allí a rastras.

Pero no hizo nada de eso, buscando, en cambio, el modo de aliviar el dolor de aquella mujer.

La suave música de la orquesta empezó a inundar la noche y las sensuales notas de blues lo llenaron de propósito. Sin pensarlo le ofreció la mano:

—¿Bailamos? —Isabel lo miró un momento como si no comprendiera una palabra del idioma en el que se había mostrado más que hábil durante toda la noche y finalmente asintió.

Tomó los dedos de ella con suavidad, temiendo dañarla aun más y cuando rodeó su cintura con su brazo y la apretó ligeramente contra él, ella no se resistió. Lukas cerró los ojos, deslizó sus dedos entre los suyos y comenzaron a moverse por la terraza, dejando atrás a sus cónyuges.

Isabel apenas le rozaba la mandíbula. La gasa de su vestido se deslizaba entre sus dedos donde su mano rozaba la cintura de ella y el aroma a gardenia lo envolvía, llenando sus sentidos de una lasitud placentera.

La pieza terminó, pero se vio incapaz de soltar a Isabel y cuando la siguiente canción empezó a sonar y ella se apretó contra él, Lukas tuvo que tomar una bocanada de aire, antes de apretarla aún más contra su cuerpo.

Cerró los ojos, apoyó la barbilla contra la sien femenina y se dejó llevar.

5

Isabel soportó la presión del agua de la ducha apretando los dientes. Con los ojos cerrados dejó que corriera sobre ella, aislándola de la habitación, de la cama. De él.

Alargó la mano y aumentó la temperatura hasta casi quemarse, parpadeando para evitar la humedad de sus ojos. Levantó el rostro para que el agua eliminara todo rastro de lo que había pasado, de lo que había sentido.

Se llevó las manos a la cara y se la frotó con fuerza una y otra vez hasta casi poder convencerse de que podría arrancársela, exponer el fraude que era.

Se enjabonó todo el cuerpo, borrando centímetro a centímetro la presencia del hombre sobre su piel. De un hombre que no era su marido.

Un sollozo se abrió paso a traición y lo cortó a tiempo tapándose la boca con la mano. El olor a verbena y lima la marearon hasta que creyó que iba a resbalarse y caer a suelo de la ducha. Apoyó las manos en los baldosines de la pared y agachó la cabeza, respirando con fuerza y dejando que el agua azotara su espalda.

Ojalá quedara marcada, ojalá el agua caliente dejara un rastro de cicatrices que mostraran a todos lo falsa que era, lo terriblemente débil.

Sintió los brazos masculinos rodearla por detrás y apretarla con suavidad contra el pecho ancho y cubierto de suave vello, ese que había pasado horas descubriendo y memorizando durante la noche. La suave respiración rozó su mejilla un instante antes de que aquellos labios se posaran sobre su piel con una ternura que jamás habría esperado en un encuentro de este tipo.

Lukas alargó el brazo y reguló la temperatura del agua hasta que se convirtió en una delicada lluvia, apropiada para consolar, para calmar, al igual que los brazos que la rodearon de nuevo. Del mismo modo que las manos grandes y fuertes que podrían haber herido y tomado durante la noche, pero solo habían calmado y dado. Manos que ahora resbalaban con suavidad por sus caderas y vientre, que masajeaban sus hombros con algo más de fuerza, la justa para eliminar la tensión acumulada.

Los labios volvieron a rozarle la mejilla, ascendiendo hasta posarse en su sien. Lo sentía contra su espalda, caliente y duro. El vapor acumulado en el baño intensificó su aroma, un olor que llevaba grabado a fuego.

Sintió sus manos enredarse en su pelo, deslizando los dedos en gentiles círculos,

relajándola. La espuma se deslizó en una lenta y sensual caricia desde su cabeza, por su espalda y hombros hasta llegar al suelo, rodeando sus pies.

Lukas la abrazó de nuevo y la apartó con delicadeza del chorro. La mejilla masculina se apretó contra la suya, algo áspera por el vello que le había crecido durante la noche. Antes de darse cuenta le devolvió la caricia, frotando su mejilla contra la de él cerrando los ojos.

Se obligó a no abrirlos cuando la giró para que estuvieran cara a cara. Los mantuvo cerrados mientras Lukas la tomaba por los hombros y le acariciaba los brazos dejando un reguero de lava ardiente que le quemaba la piel. Se negó a mirar cuando los dedos masculinos tomaron sus manos y se las llevaron a los labios, cuando besó cada uno de sus nudillos con una suavidad que amenazó con romperla.

Apretó los ojos aún más cuando le dio un último beso en la palma de la mano y la soltó despacio. Cuando los dedos tomaron su mandíbula, apenas rozando la comisura de sus labios y la acariciaron con veneración, se clavó las uñas en las palmas de las manos para forzarse a no mirar.

—Isabel —fue la voz ronca la que la sobresaltó, haciendo que abriera los ojos a causa del temor y el anhelo que contenían —Isabel, ¿estás bien? ¿Te he hecho daño? —le acariciaba el pelo una y otra vez. Probablemente esperara una respuesta, pero fue incapaz de dársela.

Lukas cerró el chorro de la ducha y tomó una de las grandes y blancas toallas del gancho de la pared y la envolvió en ella con cuidado. A continuación la tomó en brazos.

Pareció dudar un instante, pero negó con la cabeza para sí mismo y salió del baño con cuidado de no golpearla contra el marco de la puerta.

Isabel quiso protestar, exigir no ser tratada como un ser frágil e indefenso. Las fuerzas no le respondieron. Comenzó a tiritar de frío y se acurrucó contra el cuerpo cálido antes de darse cuenta siquiera de lo que estaba haciendo.

—Tranquila —Lukas la apretó contra él y se sentó con ella en la cama, manteniéndola abrazada contra su cuerpo— tranquila, cariño. Todo está bien —comenzó a mecerla y llenar su frente y cabello de besos, que no exigían nada y se acurrucó contra el cuello masculino.

Isabel se despertó sobresaltada cuando sintió que la depositaban sobre la cama y la tapaban con una sábana. Se incorporó de golpe aún desorientada esperando encontrar a Enrique vistiéndose o entretenido con el móvil, pero no fueron los ojos de su marido ni sus manos las que enmarcaron su rostro y la miraron fijamente.

—Voy a por una toalla para secarte el pelo antes de que te pongas mala ¿de acuerdo? —esperó a verla asentir antes de levantarse y entrar en el baño. Regresó al momento con una toalla para ella y otra envuelta alrededor de sus caderas. No tenía mucho sentido ponerse pudorosa a estas alturas, pero agradeció el gesto aliviada. Se sentía aún algo aturdida, pero más calmada. Miró el despertador de la mesilla de noche y vio que era casi mediodía. Se

ajustó la sábana y alargó la mano para que le entregara la toalla, pero Lukas se limitó a ignorarla, se sentó a su lado a una prudente distancia y le secó el pelo con cuidado. Cuando se dio por satisfecho tiró la toalla al suelo. Isabel se levantó como de golpe y se dirigió al armario ropero de donde sacó las primeras prendas que encontró en uno de los cajones. Se metió en el baño sin mirar atrás y echó el pestillo.

Se vistió evitando mirarse al espejo por temor a lo que pudiera descubrir. Cuando ya no le quedaba ropa por ponerse se quedó parada en mitad del cuarto de baño sin saber muy bien qué hacer a continuación. ¿Dónde estaba Enrique?

Decidió enfrentarse a la verdad que fuera a arrojarle el espejo a la cara, no importaba lo terrible que fuera, pero el rostro que le devolvió la mirada no estaba castigado por signos de estrés o trauma. No encontró en él surcos oscuros; por el contrario, la piel brillaba con una luz dorada y los ojos parecían ocupar toda su cara, dándole un aspecto juvenil y descansado. Sus labios estaban inflamados y sonreían con una mueca llena de sensual conocimiento. La hembra satisfecha del espejo no podía ser ella. Frunció el ceño, pero apenas logró mantenerlo el tiempo que dura un suspiro. Volvió a enfrentarse a la extraña que tenía enfrente, esta vez con una expresión más neutra, pero aún así los rasgos suavizados la irritaron y desconcertaron al mismo tiempo.

Se pasó un peine por el cabello para dominar el nido de pájaros en el que se había convertido su pelo. Respiró hondo y le dio la espalda a aquella desconocida. Giró el pestillo y abrió la puerta.

Lukas se había vestido con la ropa de la noche anterior. Estaba algo arrugada, pero seguía estando magnífico. Su pelo caía algo despeinado sobre su frente. Exhibía signos de haber sido peinado con los dedos varias veces en un intento por domar los rubios mechones surcados de plata sin obtener los resultados deseados.

Se había quedado congelado en medio de la habitación y no parecía dar muestras de saber qué hacer. Parecía debatirse entre el deseo de ir hasta ella y la incertidumbre. Podía leer las tensas líneas de su cuerpo y el modo en que se pasaba las manos por los vaqueros sin saber muy bien qué hacer con ellas. La irritó poder ver a aquel hombre con tanta claridad cuando su esposo siempre resultaba tan difícil de descifrar.

Isabel tomó las gafas de sol de la cómoda y se dirigió a las puertas correderas de la entrada. Allí se obligó a pararse a pesar de que lo único que deseaba era salir de la habitación para poder respirar. Pero le debía una explicación a ese hombre, que había sido tierno con ella, la había calmado y consolado cuando lo necesitó. El extraño que la había poseído con el ansia de un adolescente y el conocimiento de un hombre maduro. El desconocido que le había dado placer y adorado su cuerpo sin pedirle nada y al que ella había adorado y devorado en respuesta. Se lo debía.

¿Dónde estaba su marido?

—Estoy bien. Es la primera vez que él y yo hacemos algo así y me está costando acostumbrarme a la idea de... de lo que hemos hecho—se felicitó por lo tranquila que sonó su voz, a pesar de que sus palabras tropezaran al final.

—¿Quieres que hablemos, Isabel? —lo oyó acercarse despacio sin llegar hasta ella— ¿Necesitas algo? Ya es tarde para desayunar ¿Quieres comer algo? —se corrigió con torpeza y sus nervios la llenaron de una ternura tan fiera que se tuvo que detener antes de darse la vuelta y correr hasta él para abrazarlo contra su pecho como Lukas había hecho con ella antes. Frunció el ceño. Hasta que no tuviera tiempo para pensar no estaba dispuesta a decir ni hacer nada más. Necesitaba pensar.

—Creo que me voy a bajar a la playa. Si te encuentras con Enrique dile que no me busque. Le veré más tarde —abrió las puertas despacio y volvió a dudar, el deseo de tranquilizarlo fue más fuerte que el rechazo que le provocaba lo que había pasado; no, no lo que había pasado, pero sí las implicaciones. Y las consecuencias; por Dios, las consecuencias. Llena de dudas añadió —Ha sido una experiencia muy agradable, gracias. Nos vemos —salió antes de añadir algo de lo que pudiera arrepentirse y cerró la puerta sin mirar atrás.

6

“*Ha sido muy agradable*” Lukas cerró la puerta del armario de golpe. Se pasó el polo blanco por la cabeza y lo estiró con rabia sobre su pecho. Miró a su alrededor; no encontraba su cinturón. Se guardó la cartera en el bolsillo y se dirigió hacia la puerta a grandes zancadas.

La bolsa de la piscina no estaba. Fue a calzarse las chanclas y se detuvo indeciso. No le apetecía tumbarse a tomar el sol; de hecho, dudaba que fuera capaz de hacerlo, aunque quisiera.

No, no iba a tomar el sol y prefería caerse muerto allí mismo a ser sorprendido en chanclas la próxima vez que viera a Isabel. Se puso los mocasines y con un gesto descuidado se pasó los dedos por el pelo mientras abría la puerta con un nuevo propósito. Estuvo a punto de chocar con Anya, que lo miró de arriba abajo enarcando una ceja.

—Buenos días, marido mío —le dio un beso en la mejilla y entró en la habitación, dejando caer la bolsa de lona al suelo.

—Creí que estarías en la piscina —fueron las primeras palabras que se le escaparon y se sintió como un estúpido. No había esperado encontrar a su mujer en la puerta, creía tener tiempo para pensar qué hacer, qué decirle a Isabel cuando la viera; porque tenía que verla. Tenía que...

—Yo estoy bien, he pasado una noche estupenda, gracias. ¿Y tú? —tiró la toalla al suelo y a continuación se quitó el minúsculo bikini y lo tiró también.

Anya tenía el cuerpo delgado y fuerte, años de prácticas draconianas de *ballet* y una rígida dieta le habían asegurado mantener el cuerpo juvenil.

Sus pequeños pechos se agitaron cuando abrió la cajonera del armario para coger ropa interior. Tomó uno de los vestidos de la percha, su favorito de color limón y se giró de nuevo para mirarlo con detenimiento.

—Estás pálido y pareces nervioso; dime que las cosas no se torcieron ayer —se quedó parada, esperando una respuesta, la que fuera, pero Lukas no logró hacer colaborar a su boca y no pudo emitir ni un solo sonido.

Su mujer acortó la distancia entre ellos con pasos pequeños y controlados, llenos de una exuberante gracia. Alargó la mano y tomó la barbilla de Lukas entre los dedos con una fuerza que desmentía su delgadez y lo obligó a mirarla. No pudo negarle sus ojos.

—¿Hay algo que deba saber? ¿Tenemos problemas? — siempre unidos, siempre dispuesta a solucionar cualquier problema, o a pasarle por encima si era necesario. Su fuerte esposa.

Cerró los ojos.

—Todo fue normal. Esta mañana estaba algo preocupada, no creo que estuviera muy segura de querer hacer esto...

—Ese no es nuestro problema; deja que lo solucionen ellos. Mientras no se le meta en la cabeza que intentaste violarla —seguía mirándolo con la seguridad de una roca, con una lealtad igual de inamovible.

—¿Qué dices! —apartó el rostro con disgusto. El solo pensamiento lo puso enfermo.

—Entonces todo perfecto —le tocó la mejilla con afecto e inclinó la cabeza como una gata llena de curiosidad, su intensa mirada azul taladrándolo.

—¿Y tú qué tal? —preguntó en un intento de desviar la atención de su esposa. No tenía duda alguna de que Anya no habría tenido ningún problema. Ningún hombre se atrevería a exigirle nada a su mujer una vez dejaba atrás la fachada de esposa encantadora e indefensa, ni mucho menos levantarle la mano. No había ni un solo hueso frágil en el cuerpo de su mujer, y todo hombre que había intentado someterla, había terminado suplicando clemencia. Literalmente.

—Muy bien, mi amor —lo besó en la mejilla y se dirigió desnuda y animada al cuarto de baño —se le notaba algo inseguro; obviamente he sido la primera mujer con la que ha estado aparte de su esposa, aunque no creo que vaya a ser la última —continuó mientras abría el grifo de la ducha.

—¿Al menos mereció la pena? —preguntó con la mirada fija en la puerta del baño, abierta como una enorme boca y sintió un nudo formarse en el estómago. Pensó en Isabel, suave y cálida. Tan dulce.

—Nada como un hombre más joven para suplir la falta de imaginación con resistencia y entusiasmo. Siento que tengo diez años menos —le sonrió asomándose juguetona por el marco de la puerta para luego volver a desaparecer. Por el suspiro de placer debía haberse metido en la ducha.

—¿No vienes? —la voz de su esposa le llegó algo distorsionada por el agua, pero le pareció que de repente estaba sin aliento.

—Acabo de ducharme —Realmente no le apetecía nada.

—Deja de darle vueltas, mi amor.

Lukas cerró los ojos y comenzó a desnudarse. Cualquier rastro del olor de Isabel había desaparecido por completo. Entró en el baño y cerró la puerta.

La arena le quemaba los pies, pero le dio la bienvenida a la sensación, cualquier cosa que la calentara por dentro.

Dejó que el sonido de las olas la meciera, encontrando un refugio donde sólo ella y el mar existían; seguro y cálido.

El sol creaba luces que danzaban tras sus párpados, invitándola a abrir los ojos y participar de la alegría y colores que la esperaban al otro lado, pero Isabel decidió darse unos momentos más antes de afrontar la realidad; tan sólo unos instantes más.

Movió los dedos de los pies enterrados en la arena y el cosquilleo le produjo un escalofrío por todo el cuerpo, haciendo que se estirase en reacción al placer que le erizaba la piel.

Un suave golpe en la cadera la obligó a abrir los ojos. El balón de playa yacía a sus pies, los colores atraían su mirada hasta casi engullirla. Unos pies masculinos aparecieron en su línea de visión levantando la arena y sintió un inmediato rechazo ante aquel extraño perturbando su paz.

—Ay, Dios, perdóname. ¿Te he hecho daño? —Isabel levantó finalmente la vista y la clavó en el atractivo rubio que le sonreía mientras se frotaba la nuca.

Lo observó entumecida por dentro. El extraño se agachó a recoger el balón y se quedó de pie frente a ella como si esperara algo más. Cuando no lo obtuvo se alejó de ella para reunirse con el hombre que lo acompañaba.

La mano de Isabel comenzó a vibrar. Quiso cerrarla en un puño para controlar los temblores, pero fue incapaz. Se la llevó a la cara y observó como sus dedos se habían aferrado al móvil como si fueran garras, rígidas y muy blancas. Extrañas. Como si no le pertenecieran. El teléfono continuó vibrando. Logró relajarse lo suficiente como para comprobar los mensajes. Enrique la estaba esperando en la terraza de la piscina.

La rabia palpitó hasta que llegó a las escaleras de subida de la playa hasta el complejo hotelero. Durante el ascenso remitió hasta convertirse en una leve acidez en el estómago. Cuando finalmente alcanzó las puertas del perímetro del hotel y se dirigió a la primera fuente que encontró para limpiarse los pies de arena, sólo le quedaban por compañeros de su indignación un leve calor en las mejillas y un incipiente dolor de cabeza.

Apenas quedaban unos cuantos huéspedes recogiendo sus bártulos para retirarse a sus habitaciones y prepararse para la comida.

La terraza junto a la plácida piscina estaba casi desierta, unas pocas personas tomando cervezas y refrescos y disfrutando como leones bajo el sol. Entre ellas estaba su marido. Y también la pareja alemana. Su marido le hizo una seña cuando la vio, su expresión entre aliviada y aprensiva. Comenzó a caminar hacia él, las piernas extrañamente ligeras para lo pesado que sentía el pecho.

—Isabel —Enrique salió disparado de su silla y se acercó a su esposa con pasos acelerados. Su expresión había parecido de alivio cuando la vio aparecer por las puertas del hotel, pero había una tensión en su cuerpo que traicionaba su inseguridad.

Ambos se detuvieron antes de llegar a la mesa y Lukas sintió la necesidad de acercarse para poder oír las palabras que intercambiaba la pareja.

Podía leer el nerviosismo en los cuerpos de los dos, pero el de Isabel parecía indeciso entre romperse o atacar a su marido. Contuvo el aliento obligándose a no intervenir.

Vio cómo Enrique le tomaba de las manos y la observaba un momento con la atención de un artista ante su obra favorita antes de volver a guardarla en la caja fuerte; *“o un niño con un juguete prestado a otro, asegurándose de que no ha sufrido ningún daño”* pensó Lukas mientras se retiraba las gafas de sol de la cara y las encajaba sobre su cabeza.

La vio cerrar los ojos y aspirar el aroma de su esposo, buscando el consuelo en el paisaje compartido durante años; pero el paisaje había sufrido cambios irreversibles y no iba a proporcionarle el consuelo que buscaba.

Algo debió producirle un repentino rechazo, porque Isabel se apartó de él.

Quiso levantarse y separar al marido de ella, pero logró controlar el impulso que solo lo haría parecer un lunático desequilibrado y una vez más se forzó a permanecer sentado; tomó un largo trago de su cerveza y se contentó con pensar en las mil y una maneras en las que desearía borrar la tristeza de sus ojos.

—Drama a la vista —Anya comenzó a abanicarse mientras bebía un delicado sorbo de su refresco de limón.

—¿Te parece divertido? —no pudo contenerse y la pregunta se le escapó en un tono ligeramente desafiante que capturó la atención de su esposa de golpe.

—Claro que no —lo miró por encima de sus gafas de sol con una curiosidad tan desnuda que heló a Lukas hasta los huesos.

El firme empujón que le propinó Isabel a su marido interrumpió cualquier respuesta que hubiera podido darle a su esposa. Anya y él se levantaron a la vez y se acercaron a la pareja intentando evitar llamar la atención de las pocas personas que quedaban en la terraza.

—Hola, Isabel —su mujer deslizó su mano por la cintura de Lukas, mientras éste permanecía muy quieto sin apartar su mirada de la pareja.

—Hola —Isabel pareció incapaz de pronunciar ni una sola palabra más.

—Le estaba diciendo a Isabel que la estábamos esperando para ir a comer —intervino Enrique e Isabel lo miró con una expresión llena de irritación.

—Sí, habría sido delicioso si los cuatro también hubiéramos podido desayunar juntos, pero cuando pasamos por vuestra habitación aún debíais estar durmiendo, así que nos fuimos solos. ¿Una noche larga? —era una pregunta que Anya había hecho en ocasiones anteriores bajo las mismas circunstancias, natural y cortés, con un toque de picardía diseñada para relajar el ambiente enrarecido que pudiera surgir a “la mañana siguiente”. Isabel no parecía haber escuchado ni una sola palabra. Había fijado su mirada en Anya, pero estaba a kilómetros de distancia, dejando su cuerpo allí, tenso y vulnerable.

Lukas deseó borrar aquella inexpresividad de su rostro, traerla de vuelta besando los labios que le habían parecido tan dulces la noche anterior. Sintió crecer el impulso de proteger aquel cuerpo con el suyo y se removió inquieto, los nervios a flor de piel.

Ante su inesperado movimiento, Isabel pareció regresar y clavar su mirada en él. Fue como si lo hubieran golpeado en el pecho. La mirada de Isabel estaba llena de tanta angustia que deseó gritar.

—Tienes mala cara querida, ¿no preferirías echarte un poco? —su esposa entró en modo control de daños. Lucas la ignoró.

—¿Qué te pido para beber? ¿Qué necesitas? —la pregunta estaba llena de implicaciones y no le importó. Sólo quería ofrecerle la seguridad y calma que necesitaba ante la insensibilidad de su propia esposa y la incapacidad de reacción de Enrique, que no había dejado de mirar a Anya, como si ésta tuviera todas las respuestas.

El calor regresó a los ojos de Isabel despacio. No arrancó su mirada de la de Lukas y le pareció que se ahogaba en aquellos lagos oscuros. El corazón le empezó a galopar, sus músculos se tensaron y le pareció que se echaba hacia delante en un intento por acortar la distancia que lo separaba de ella.

—Lucas —la advertencia de su esposa fue brusca, pero la ignoró.

—Isabel, quieres mirarme de una vez y hablar conmigo. ¿Estás bien? —Enrique la aferró por la muñeca y la acercó a él.

—¿Que si estoy bien? —no miró a su esposo a pesar de tener todo el cuerpo pegado a él. Sus ojos parecían aferrarse a los suyos y Lukas sintió un mareo— Un poco tarde para hacerme esa pregunta, ¿no crees, querido?

—Bueno... —Enrique parecía sorprendido por el tono mordaz de su mujer. Tenía el aspecto de quien ha sido abofeteado por sorpresa.

—Podría estar herida. O muerta —se apartó de su marido y por fin lo miró. Lukas percibió la ausencia como una corriente helada en la piel.

—No seas melodramática. Estás bien —el español la miró con una indiferencia que

provocó en Lucas un ansia incontrolable de aplastarle la cara a aquel imbécil. Lo habría hecho si no hubiera sentido la mano de Anya aferrarlo del brazo, clavándole las uñas.

—Si te parece estoy de fábula —Isabel levantó el mentón con rebeldía y Lukas logró respirar de nuevo sin dificultad. Los sonidos parecieron volver como si emergiera después de haber sido engullido por una ola y haber permanecido bajo el agua.

Su mujer cerró su abanico con un golpe seco y se hizo un silencio incómodo. Enrique regresó a su silla y se terminó su cerveza de golpe, a pesar de que debía haberse quedado caliente tras haber sido abandonada durante tanto tiempo en medio de aquel calor. Anya relajó su mano y paso a acariciarle el brazo en un intento de tranquilizarlo. Isabel miraba de nuevo a su esposo como si fuera un desconocido.

Sabía que aquella había sido la primera vez que la pareja había participado en este tipo de intercambios e Isabel estaba teniendo dificultades aceptando el hecho, pero la idea de que Enrique no se hubiera ni siquiera molestado en averiguar si estaba bien le revolvió el estómago.

Levantó una mano sin darse cuenta apenas de lo que hacía, con la suavidad con la que uno intentaría apaciguar a un animal asustado. Volvió a bajarla.

Quiso abrazarla contra su cuerpo para que ningún desgraciado volviera a tratarla de esa manera jamás.

—¿Vienes? —preguntó ella bajito y cuando le extendió la mano, Lukas casi tropezó en el intento por llegar hasta ella lo antes posible. Porque no había forma de que no fuera, no había nada que pudiera detenerlo. No supo qué fue lo que dijo Enrique, pero sí que oyó la risa cristalina de su propia esposa y luego ya no escuchó nada más que los latidos de su desbocado corazón. Tomó las delicadas manos con las que llevaba fantaseando toda la mañana en las suyas y siguió a la tentación fuera de la terraza .

8

Isabel apenas había logrado cerrar la puerta cuando las manos de Lukas la tomaron por las caderas y la apretaron contra si. Pudo sentir la dureza de sus muslos pegados contra su cuerpo, la curva fuerte de su pecho inclinada sobre su espalda como si quisiera fundirlos a ambos. Los brazos se enroscaron alrededor de su cintura, formando una prisión de la que no deseaba escapar; al menos no esa noche.

Las manos de Lukas recorrieron sus caderas una y otra vez, apretándola contra él, endurecido y febril. Los labios masculinos quemaron su cuello, su mejilla, rozaron su boca apenas y a Isabel se le escapó un pequeño gemido que obtuvo respuesta inmediata por parte de él, más gutural y grave.

Algo burbujeó en su interior y alcanzó la superficie, dejándola en un estado de ligereza.

—¿No vas a besarme? —preguntó con una sonrisa.

Los brazos a su alrededor se tensaron aún más y tuvo dificultad para respirar por un momento.

—¿Estás segura? No sé muy bien lo que estoy haciendo —susurró Lukas con el rostro enterrado en su cuello. Le temblaba la voz.

—Ayer no pareciste tener ningún problema —giró el rostro y frotó su mejilla contra la áspera piel masculina. Un escalofrío de placer la recorrió de arriba abajo y sintió un irrefrenable impulso de frotarse toda entera contra él.

—No es igual —masculó entre dientes. Parecía estar haciendo un esfuerzo sobrehumano para controlarse. Sus manos se contrajeron sobre el vientre de Isabel, sus largos dedos rozando el triángulo femenino por encima de los pantalones cortos.

El familiar calor entre las piernas comenzó a arder como una hoguera y contracciones dolorosas de deseo se apoderaron de ella haciéndola apretar los muslos. La dureza masculina la recibió suplicante a su espalda e Isabel dejó escapar otro gemido, esta vez lleno de frustración.

—¿Me vas a dar algo de eso? —deslizó un brazo hacia atrás y se apoderó del miembro de Lukas por encima de los pantalones y el gruñido ronco que recibió a cambio la impulsaron a darse la vuelta entre los brazos del hombre. El alemán tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad, los rasgos exóticos de su rostro aún más marcados. Un fino velo de sudor cubría su cara y cuello, sonrojados ligeramente por el sol y la excitación, dándole un color dorado y un halo pecaminoso.

Se puso de puntillas y le pasó la lengua por los tendones del cuello, suspirando de placer por el sabor salado y almizclado.

Lukas se había apoyado contra la pared y le permitía el acceso a su cuello, moviendo la

cabeza hacia atrás, una expresión de sufrimiento desfigurando su rostro. Mantenía los ojos cerrados con fuerza y la respiración se le escapaba jadeante. Parecía una ofrenda a algún dios caprichoso, dividido entre el terror y el éxtasis.

Sintió algo desconocido abrirse paso en su interior; algo oscuro que no aceptaría nada que no fuera la capitulación completa; y la conseguiría a zarpazos si fuera necesario.

Tomó la nuca masculina con una fuerza que no sabía que poseía y enterró los dedos en su pelo, apretando durante un instante hasta que éste abrió los ojos. Parecían pesarle los párpados y tenía las pupilas dilatadas. Apretó con mayor fuerza. Lukas empezó a temblar, su miembro palpitando contra el estómago de Isabel.

—Por favor —la súplica sonó apenas perceptible y rota a oídos de Isabel, pero fue suficiente para que la recién descubierta criatura hambrienta pasara de la posición de acecho a la de ataque.

—¿Por favor qué? —dijo un tirón y acercó la cabeza de Lukas hasta su altura, obligándolo a arquear la espalda e inclinarse. Los ojos masculinos se abrieron más por la sorpresa y el placer, adquiriendo un brillo salvaje y algo ausente.

La respiración escapaba de los labios masculinos de forma acelerada e Isabel se vio inundada por el deseo incontenible de castigarlo por abandonarla de aquella manera. Lo quería presente, suplicando por ser recibido en su boca, en su cuerpo. Sin pensamiento previo tomó la boca de Lukas por asalto, el gimoteo masculino llenándola de una oleada de poder que debería haberla aterrorizado. Lamió y besó hasta que pudo sentir las caderas masculinas ondular y apretarse desesperadas contra su cuerpo a través de la ropa en busca de alivio. Los sonidos que escapaban del hombre eran los más dulces y primitivos que Isabel hubiera escuchado jamás. Embriagada por ellos, por el tembloroso amasijo de carne y emociones que podía sentir frente a ella, Isabel deseó verlo de rodillas, ser su diosa, el único motivo de su existencia. Arrollada por el placer que el simple pensamiento produjo en ella, se alzó victoriosa y ebria de poder y tomó los labios de Lukas una última vez mientras que el clímax la hacía volar. Mordió la boca masculina a la vez que sonidos que estaba segura nunca antes había emitido se perdían en la de él. No supo si Lukas gritó o sintió dolor, solo supo que el sabor metálico de la sangre inundó sus sentidos y que el hombre se tensó contra ella para luego caer desmadejado contra la pared. Ambos se deslizaron hasta el suelo, brazos y piernas enredados, el rostro de Lukas enterrado en su cuello.

Necesitó unos segundos para ser capaz de percibir lo que la rodeaba con cierta nitidez, el corazón aún galopándole en el pecho.

Intentó separarse de él para ver hasta qué punto le había hecho daño cuando lo había mordido y el sonido de protesta del hombre la sorprendió. Tenía una disculpa en la punta de los labios, el horror y disgusto ante lo que había hecho la mareaban. Los brazos y piernas intentaron

rodearla aún débiles, con el fin de mantenerla apretada contra él, como si la separación le causara desasosiego.

—Lo siento mucho, déjame ver el labio —el cuerpo masculino se relajó contra ella y permitió que se separaran. Tomó el rostro de él entre las manos con cuidado y lo levantó hasta que pudo verlo con claridad en medio de la penumbra de la habitación.

El labio inferior había dejado de sangrar, el corte era pequeño, pero estaba ligeramente hinchado e Isabel sintió el impulso de chuparlo, devorarlo.

Se apartó del hombre de golpe con el ceño fruncido y una sensación pesada en la boca del estómago.

—Voy a limpiarte eso —se intentó levantar disgustada consigo misma, pero Lukas le cogió la mano sin apenas fuerzas. Para Isabel fue como si le hubiera colocado unos grilletes.

—No te vayas, por favor —su voz sonó débil pero no había ira ni asco en ella. Se obligó a levantar la mirada y enfrentarse a Lukas.

Él seguía inmóvil donde había caído, sentado con la espalda contra la pared. Sus ojos permanecían cerrados, una suave y laxa sonrisa distendía su boca sin que la herida del labio volviera a abrirse. El sudor ahora le empapaba también la camisa y los pantalones estaban arruinados; arrugados y húmedos.

El olor acre a sexo la alcanzó unos momentos después. Cuando levantó la vista, Lukas la miraba como si hubiera descubierto a dios.

Isabel dejó escapar el aire y se acurrucó contra él.

9

Enrique cerró la maleta y la llevó junto a la puerta para colocarla al lado de la de Isabel. Su mujer debía haber hecho la suya a primera hora de la mañana, porque cuando llegó después de desayunar con Anya, ya estaba lista y sola en la habitación.

Había abierto las ventanas de par en par y quitado las sábanas. El olor a gel de baño inundaba el cuarto y el vapor aún flotaba en el aire.

Por un momento se había quedado parado, con la mano reposando en el pomo de la puerta y mirado a su esposa como si la viera por primera vez.

Lucía unos pantalones de lino a juego con un delicado top de tirantes, había sombras oscuras bajo sus ojos y jamás le había parecido tan hermosa. Se sintió lleno de orgullo porque fuera suya.

—¿Has desayunado? —preguntó acercándose a ella y tomándola de las manos. Estaban frías y se las frotó para hacerla entrar en calor.

—Quería recoger antes —se soltó y tomó su bolso de la mesilla de noche —Voy a tomarme un café. ¿Vienes? —continuó desde la puerta sin darse la vuelta.

Se sintió extrañamente alarmado por un momento, como si hubiera algo en ese instante que debiera notar, algo diferente y grande, con la capacidad de trastocar sus vidas, pero el momento pasó y siguió los pasos de su esposa.

—Claro, juntos hasta el final, ¿no? —le pasó el brazo por los hombros y la acercó a él para darle un beso en la mejilla. Ella se lo permitió, pero en lugar de fundirse contra él, esperó a que se separara de ella para entregarle la llave de la habitación. Después se alejó por el camino rodeado de palmeras y adelfas.

Cerró la puerta y aceleró el paso para ponerse a su altura. La vio buscar en su bolso y ponerse las gafas de sol y así, con ese simple gesto que la habría visto realizar miles de veces a lo largo de su vida juntos, su mujer terminó de desaparecer delante de él y una extraña tomó su lugar.

Sintió una palpitación en el pecho y el pensamiento de que podía haber cometido un error le cruzó la mente con la rapidez de un relámpago para desaparecer a continuación entre el sonido de la gente que entraba y salía del restaurante hasta el que había seguido a Isabel. El de la gran terraza con vistas al mar y las sombrillas blancas. Su favorito. Respiró con algo más de facilidad.

Siguió a Isabel hasta una de las mesas junto a la barandilla. Desde allí el mar parecía vasto, dispuesto a engullir para siempre a quien lo mirara demasiado rato. Observó a su esposa y

la vio alejarse hacia el bufé. Algo dentro de su pecho volvió a encogerse.

Se encontraba absorta mirando el brillo rojizo del tostador cuando sintió unos dedos rozarle el brazo. Supo que era él. Habría reconocido su tacto, su olor en una habitación repleta de gente. Cerró los ojos.

—Isabel —la voz sonó tan baja y llena de incertidumbre que se le hizo un nudo en la garganta.

—Ya nos hemos despedido ¿Qué quieres? —deseó salir corriendo de allí cuando se dio cuenta de lo mucho que lo añoraría.

—No podemos separarnos así. Dime que estamos bien —sus dedos se cerraron alrededor de su muñeca. El pulso empezó a golpearle en los oídos.

—Estamos bien. Ahora vete.

La soltó y quiso darse la vuelta para detenerlo, para que no la dejara allí sola. Antes de que tuviera oportunidad de ponerse en evidencia, volvió a sentir su mano, esta vez para rozarle la suya y apretarle los dedos con suavidad.

—Adiós, Isabel —el dolor que percibió en su voz obtuvo respuesta en el que despertó en su propio pecho con una fiebre que la asustó. Apretó los puños cuando supo que ya no estaba a su lado y sintió un pinchazo.

Levantó la mano frunciendo el ceño. En la palma sostenía un trozo de papel con un teléfono garabateado con letra apenas legible. Una gota de sangre había manchado los números. Se llevó el dedo a los labios y se guardó el papel en el bolsillo.

Anya colocó su bolso bajo el asiento delantero y se puso el cinturón bajo la atenta mirada de la azafata. Lukas se sentó a su lado, apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos con un pesado suspiro.

—Señor, el cinturón, por favor —insistió la azafata inclinándose sobre él. Lucas abrió los ojos y la miró como si no entendiera ni una sola palabra de las que salían de su boca.

La joven repitió la orden en español y en inglés y su marido se puso a buscar el cinturón con una torpeza que dejó a Anya frunciendo el ceño.

Tomó la mano de su marido mientras la asistente de vuelo comenzaba con las instrucciones de seguridad y se la apretó con fuerza.

Lukas giró la cabeza hacia ella y observó el aspecto macilento de su piel bajo el bronceado.

—¿Cómo estás, guaperas? —intentó animarlo con el mote que le había puesto cuando se conocieron y que seguía usando más de veinte años después.

Lukas sonrió.

—Como si me hubieran dado una paliza.

—Está claro que no repetiremos destino el año que viene. Tal vez deberíamos elegir un balneario donde sepan cuidar a viejos como nosotros —arqueó una ceja con picardía y esperó la respuesta de su marido que solo tardó un instante más de lo habitual en llegar.

—Habla por ti.

Anya se echó a reír y apoyó la cabeza en el hombro de su esposo.

—Podríamos dejar a Grtechen en casa de Gabi unos días más y tomarnos ese tiempo para nosotros ¿qué te parece? —le mordisqueó el lóbulo de la oreja con suavidad —Tú. Yo. Una botella bien fría de champán y las sábanas de seda.

Lukas tardó en contestar lo suficiente como para que una ligera sensación de inquietud se apoderara de ella, pero cuando lo hizo, fue con una sonrisa.

—Claro.

Su marido le dio un beso en la mejilla y le soltó la mano. Comenzó a buscar las gafas en su mochila, se las puso y comenzó a leer la revista del avión.

A Anya no le pasó desapercibido que la sonrisa apenas había rozado la comisura de sus labios y el deseo de ayudar a su esposo, de devolverle la energía y paz creció con cada instante que los separaba de aquel lugar.

Tal vez había llegado el momento de dedicarse un tiempo y asegurarse de que seguían remando en la misma dirección.

10

La puerta de la entrada se cerró con un golpe seco.

—Ya estoy en casa —Isabel continuó cortando las verduras en silencio. Desde el salón, el sonido de la televisión llegaba hasta la cocina apenas perceptible. Un agradable murmullo de fondo que le había hecho compañía desde que llegó del trabajo.

—Hola, preciosa —Enrique la besó en la mejilla y la mantuvo abrazada un momento. Se forzó a no apartarse de él y retiró el arroz del fuego.

—Vamos a cenar en un minuto. Lávate las manos —Su marido la soltó, pero no abandonó la cocina.

Isabel podía sentirlo a su espalda, quieto y lleno de preguntas, pero no se acercó a él para calmarlo. Tampoco le dirigió unas pocas palabras que lograrían el mismo efecto al instante. Estaba cansada y hasta el simple gesto de colocar las verduras sobre la plancha para que se cocinaran le costó un esfuerzo agotador. No le quedaban energías para lidiar con Enrique.

Abrió el cajón y tomó los cubiertos. Cuando se dio la vuelta para colocarlos sobre la península, su marido seguía allí. Así que hoy iba a ser el día en el que decidiera que debían hablar.

—Isabel, ¿qué te pasa? —había incertidumbre en su voz, algo que no estaba acostumbrada a escuchar en él. La mujer que fue apenas una semana atrás se habría acercado a su marido para calmarlo; la que era ahora no sintió más que una ácida satisfacción.

Le dio la vuelta a las verduras y les echó un chorro de limón.

—Lávate las manos, vamos a comer —no lo miró y Enrique suspiró tras un momento de duda, acercándose a la pila a lavarse.

—Deja que te ayude —tomó el plato con arroz y verduras y lo colocó sobre la mesa.

Se sentaron y se hizo un silencio que anunciaba problemas. Sirvió el agua y tomó un bocado sin esperar a que Enrique decidiera empezar a hablar...o comer. Extrañamente le daba igual.

—¿Qué tal el trabajo? —insistió su marido con la sutileza de una apisonadora. Parecía ser que ella no era la única que estaba experimentando un cambio.

—Bien —no sintió la necesidad de continuar.

—¿Bien? Te he llamado cuatro veces y no me lo has cogido. Estaba preocupado —la miró esperando una reacción. Isabel se la negó.

—Estaba ocupada —tomó un sorbo de agua.

—¿Ocupada? ¿Y no has encontrado un momento para devolverme la llamada? —su voz subió un poco, lo justo para que Isabel se removiera en la silla y levantara la mirada.

—No me grites.

La expresión de estupefacción de la cara de su marido la habría hecho reír en el pasado, ahora solo le produjo una irritación que la llenó de sorpresa.

—Joder, Isabel, ¿qué coño te pasa? Desde que hemos vuelto estás rara de narices. Te mueves como un fantasma por la casa y me ignoras. Me rechazas cuando te abrazo y no hemos vuelto a hacer el amor —parecía tan perdido que Isabel se compadeció de él.

—Solo llevamos una semana en casa y te has percatado de todo eso —su compasión no parecía llegar muy lejos —Y no me aparto cuando me abrazas, Enrique —añadió, porque creía haber puesto mucho esfuerzo en no hacerlo.

—¿Crees que no siento cómo tu cuerpo se mueve hacia atrás? No necesitas darme un empujón para apartarte de mí ¿Qué te he hecho? —exclamó soltando los cubiertos con un gesto lleno de impaciencia.

¡Qué no le había hecho! Y se lo preguntaba. A veces la capacidad de Enrique de ir por la vida mirándose el ombligo era frustrante. Isabel tomó aire y se recordó que su marido no era el único culpable de lo que había pasado. Ella lo había permitido. Y era solo culpa suya que Lukas no hubiera abandonado sus pensamientos desde entonces. Cerró los ojos y se obligó a apartarlo de su mente, como hacía una y otra vez a lo largo del día.

—Nada, Enrique, no me has hecho nada. Estoy ocupada y cansada y me cuesta volver a coger el ritmo. No todo tiene que ver contigo, por mucho que pueda sorprenderte —se levantó y recogió su plato. Había perdido el apetito.

—Por Dios, ¿quieres quedarte quieta un minuto? —se levantó y se acercó a ella con tal rapidez, que apenas tuvo tiempo de dejar el plato sobre la encimera. Le tomó las manos y la acercó hasta él, abrazándola con fuerza. De nuevo sintió el impulso de apartarse de su cuerpo, que le producía un rechazo que no sabía explicar y de nuevo se obligó a permanecer inmóvil, deseando que el momento pasara cuanto antes.

—Te quiero, preciosa. Eres la mujer de mi vida, lo sabes, ¿verdad? —le dio un beso en la frente y en la mejilla. Cuando sus labios rozaron los de ella, se apartó de golpe y lo miró con una rabia que podría haberla consumido, si no la sintiera tan lejana y fría a la vez.

—Claro —la expresión herida de su marido apagó su enfado y la dejó sin fuerzas. Se vio dando los pocos pasos que la separaban de él y acariciarle la mejilla como si observara su cuerpo desde fuera, sin haberle dado la orden. También vio el alivio abrirse paso en la mirada de Enrique y cómo volvía a abrazarla sin que ella moviera ni un solo músculo. Un rayo de sol penetró por la ventana y dejó de sentir frío. Si se esforzaba lo suficiente tal vez dejaría de

escuchar las olas del mar.

11

—No te entiendo. ¿Cómo puedes estar tan tranquila? —su amiga dejó la taza de café sobre la mesa de la cocina y la miró con incredulidad.

—No es nada que no hayamos hecho antes, no sé a qué viene tanto jaleo —Anya dio un mordisco a la galleta y continuó mirando por la ventana. El cielo estaba gris y amenazaba lluvia como los días anteriores. Anheló el calor del verano, el sol español, pero llevaban dos semanas de vuelta y no lograban retomar su vida del todo. Y Lukas... Lukas se estaba convirtiendo en un desconocido, cuyos secretos se le escapaban. Las sombras que podía ver en sus ojos hablaban tanto de noches de insomnio, en las que lo oía dar vueltas en la cama sin llegar a descansar del todo, como de una tristeza que parecía crecer con cada día que pasaba.

Lo encontraba ensimismado a menudo y nunca contestaba cuando intentaba averiguar qué le ocurría. Solo obtenía una sonrisa que pretendía ser una disculpa por abandonarla con el pensamiento y una promesa de no volver a hacerlo de nuevo. Ambas resultaban tan inútiles como insuficientes.

—Mira, Anya, nos conocemos desde que éramos niñas y sé de lo que va vuestro rollo. Diablos, fui la primera con la que lo pusisteis en práctica, porque os daba miedo lo que pudiera hacerle a vuestro matrimonio...

—Y aquí estamos, décadas después y contando. Deja de ser tan pesada —tomó un sorbo de café y miró a Gabi con afecto.

—Llegáis de vuestras vacaciones y en lugar de encontraros sonrientes y relajados, tú llegas tensa como una tabla y a Lukas parece que se le haya muerto alguien.

—Venga ya —interrumpió tomando una servilleta de la mesa y tirándosela a su amiga.

Gabi la esquivó.

—Puedes fingir todo lo que quieras, pero a mí no puedes engañarme. Has vuelto con líneas nuevas alrededor de la boca y no son de sonreír. Y tu marido parece un alma en pena, que además está perdiendo peso a marchas forzadas.

Anya se limitó a mirarla, pero pareció incapaz de decidirse.

—¿Qué pasó, *Kleine*? —susurró Gabi tras esperar una respuesta por parte de su amiga que no llegaba.

Anya cerró los ojos y suspiró, echándose atrás en la silla. Bajó la vista y empezó a jugar con las migas del mantel. Su amiga alargó los brazos por encima de la mesa.

—Conocimos a un matrimonio español. Él es profesor de literatura en la universidad; ella

maestra. Quedaban solo unos días para volver y no habíamos encontrado a nadie de interés para ambos, cuando Lukas se fijó en ellos. Nos presentamos, cenamos y todo fue... —cerró los ojos y se encogió de hombros—todo fue un puto desastre —suspiró y miró a su amiga. Ésta no pronunció ni una palabra, esperando a que continuara.

—Se suponía que nos retiraríamos los cuatro a la misma habitación, pero nos separamos y no me preocupé. A veces pasa —añadió.

—Pero esta vez no fue como las otras, ¿verdad? —Gabi hizo la pregunta sin necesidad de obtener ninguna respuesta. Había visto las consecuencias de aquella decisión. Había estado presente cuando llegaron y lo había estado para recoger las piezas que quedaban desperdigadas por el suelo, de forma que a veces se clavaban en los pies hasta hacerlos sangrar de nuevo en los momentos más inoportunos.

—Lo sospeché en cuanto le vi la cara a la mañana siguiente, pero creí que se le pasaría.

—Pero no se le ha pasado y supongo que la muy puta lo ha estado acosando desde que llegasteis.

La risa de Anya sonó rara a sus propios oídos, como rota.

—No por lo que yo sé. He mirado su móvil y correo y no creo que hayan estado en contacto en todo este tiempo. Se lo he preguntado y me dice que no la ha llamado y que ella no lo haría. Fuimos su primer “escarceo” y no se lo perdona. La santa —terminó por fin, levantándose y acercándose a la encimera a por la cafetera.

—No entiendo, entonces ¿no está persiguiendo a tu marido? —la confusión confería al rostro de Gabi un aire de duendecillo.

—No, cariño. Es Lukas el que me está dando la sorpresa, languideciendo por los rincones como la maldita Madame Bovary —dejó la cafetera en el fuego y le dio la espalda a su amiga.

—Se le pasará. Ya lo verás. No tendrá más remedio que aceptarlo y dejarlo pasar. Todo volverá a la normalidad antes de que te des cuenta —se levantó y la rodeó con los brazos, apoyando su mejilla en la de ella. Anya aspiró su perfume y se dejó envolver por el calor del cuerpo de su amiga.

—¿Y si no es así?

—Shh —la otra mujer le rozó la mejilla con los labios. —Estoy aquí, *Kleine*^[1]. Todo irá bien, ya lo verás.

12

El sonido impaciente de un claxon sobresaltó a Lukas e hizo que se aferrara con fuerza al volante. Los limpiaparabrisas se mecían con pereza, apartando cortina tras cortina de agua del cristal. El semáforo delante de él brillaba hasta hacerle daño en los ojos y por un momento fue incapaz de comprender el significado del color verde que tenía delante. Tan solo estaba el tamborileo de la lluvia sobre el coche y el suave chirrido del plástico limpiando el vacío frente a él.

El claxon sonó de nuevo, esta vez con insistencia. Arrancó y continuó su camino. Tomó el último giro hacia su calle y no encontró la sensación de familiaridad que esperaba. Los edificios se alzaban silenciosos hasta el cielo, las luces de las ventanas parecían pequeñas celdas en un mar de soledad y le pareció que veía aquella calle por primera vez, desconocida y llena de incógnitas.

Dejó el coche mal aparcado y salió tomando una bocanada de aire. Las gotas de agua cayeron pesadas sobre su cabeza, resbalando por sus párpados hasta dejarlo ciego. Quedó envuelto en la cortina de lluvia y temió no ser capaz de escuchar nada más durante el resto de su vida que no fuera el frío tamborilear del agua. Esperó el alivio que traería consigo el trueno, pero éste no llegó.

Una pareja pasó corriendo por la acera, resguardados bajo un paraguas y giraron sus cabezas para observarlo con lo que imaginó sería una mirada de incredulidad y comprendió que debía parecer un loco, parado bajo la lluvia e inmóvil, porque todo atisbo de vida parecía haberlo abandonado.

Emprendió la carrera que lo llevó hasta el portal y luchó con las llaves hasta lograr abrir la puerta. Dentro el sonido pareció amortiguarse y pudo escuchar su respiración entrecortada.

El ascenso por las escaleras le resultó interminable y muy corto a la vez. Antes de que se diera cuenta estaba parado frente a la puerta de su casa y un momento después, chorreando agua sobre la alfombra de la entrada.

Las voces de Anya y alguien más le llegaron desde el salón, suaves e invitadoras y se vio caminando los pocos pasos que los separaban de aquel foco de calor.

Un jadeo lo devolvió a la realidad.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien? —Su esposa se había levantado de un salto del sofá y se acercaba a él con un temor que no era frecuente ver en ella.

—¿Lukas? —otra voz femenina atravesó la niebla que parecía envolverlo y se dio cuenta

de que Gabi lo miraba desde el sofá con una mezcla de aprensión y censura.

—Mi vida. Mi vida —no hicieron falta palabras entre ellos, Anya lo abrazó con una fuerza que podría haberle partido los huesos y no le habría importado. Lo que fuera para dejar de sentir aquel vacío.

—No te preocupes, estoy bien —intentó sonar convincente, pero el temblor en la voz lo traicionó. Las manos femeninas recorrieron su rostro una y otra vez, no supo si en un intento por calmarlo o por tranquilizarse a ella misma. Las detuvo sujetándolas con una fuerza que lo dejó desconcertado. Cuando miró a Anya a los ojos estaba presente, aunque el temblor se había extendido por todo su cuerpo. Le castañearon los dientes cuando se apartó de su mujer y se dirigió al dormitorio. Los pasos firmes de su compañera lo siguieron hasta el interior del santuario.

Se quitó la chaqueta y el jersey con dificultad, pero cuando le tocó desabotonarse la camisa, los dedos le temblaban tanto que fue incapaz. De nuevo fue Anya la que le ayudó. Le quitó la camisa con movimientos precisos y le desbrochó el cinturón de un tirón. Cuando bajó la cremallera de los pantalones y pudo sentir el aleteo de los dedos femeninos contra su carne casi se derrumbó del anhelo. Un momento después era el cálido aliento el que lo hizo gemir tembloroso. Cuando la boca de su esposa lo acogió en su interior, el calor y la familiaridad lo hicieron sentir seguro y las primeras lágrimas de alivio resbalaron por su rostro.

—Shh, te tengo, corazón; te tengo —los brazos de su mujer le rodearon la cintura y lo atrajeron hacia ella con una delicadeza extraña en ella, pero fue suficiente para que se derrumbara contra ella sollozando. Se aferró a los mechones rubios con desesperación a apretó el rostro de Anya contra él, absorbiendo el calor de su cuerpo.

—Perdóname, *Liebchen*^[2], perdóname. Siento haberme comportado como un imbécil, no sé qué me ha pasado...

—No importa, nada importa. Estás conmigo. Ya nos encargaremos de tu falta de atención en otro momento —las uñas de su esposa se clavaron en sus nalgas y un estremecimiento lo recorrió de arriba abajo.

Perdió el calor de su mujer cuando ésta se levantó y le dio un ligero empujón, tirándolo sobre la cama. La sonrisa que se dibujaba en sus labios se debatía entre la picardía y la exigencia, pero en sus ojos solo pudo ver miedo y Lukas se odió por haber hecho dudar a su fuerte esposa de si misma y de él.

Extendió los brazos, rogándole que viniera. Ella no titubeó en quitarse la ropa con prisa y montarse a horcajadas sobre él.

Tomó a Anya por las caderas y se introdujo en ella con la práctica y seguridad que le

daba su largo matrimonio y se dejó tomar por la mujer a la que había amado desde que era un joven desgarrado e inexperto.

La calidez y la seguridad lo envolvieron y pudo respirar con cierta facilidad desde.... Cerró los ojos. No quería pensar en aquello, no quería traer a su lecho conyugal aquel pensamiento, el hambre que lo había hecho desfallecer durante semanas.

El tirón de pelo que recibió fue lo suficientemente fuerte como para traerlo de vuelta, pero lejos de lo que su mujer era capaz. Lo estaba tratando con guantes de seda, temiendo que se rompiera. De nuevo se aborreció por haber convertido a su mujer en una sombra desdibujada de si misma, una versión débil e irreconocible.

Mantuvo la vista clavada en ella e intentó comunicarle con la sumisión de su cuerpo que le pertenecía, que nada había cambiado y pudo observar en sus ojos que le había creído. El anhelado alivio llegó de golpe y lo dejó laxo entre las sábanas. El aroma familiar de su esposa lo envolvió y relajó sus músculos aún más hasta que los párpados se le cerraron pesados y cayó en el sueño que tanto necesitaba.

Se despertó desorientado sin saber qué hora era. La única luz en el dormitorio era la proveniente de las farolas de la calle.

La boca que lo lamía había despertado a su cuerpo antes de que abriera los ojos y sonrió mientras acariciaba el pelo que reposaba sobre sus muslos. Los largos mechones eran rizados y gruesos y le produjeron un sobresalto que no comprendió.

Miró la figura que yacía entre sus piernas y lo devoraba con una experiencia y habilidad que no le eran desconocidas.

El tirón que recibió en el pelo fue duro y exigente, muy lejos de la delicadeza que lo había caracterizado antes.

—Tu mente ha estado ausente y tu cuerpo no es lo único que me pertenece. —el susurro fue suave y la lengua que recorrió su cuello lo dejó temblando.

Las manos pequeñas que le acariciaban las piernas aliviaban el escozor de su cuero cabelludo, atrapado en un agarre de acero.

—Es hora de que pagues —la boca de Anya lo mordió sin piedad en el cuello, que quedaba a su merced, mientras otros labios suaves y jugosos devoraban glotonas su sexo hasta hacer que se arquera sobre el colchón.

Mientras su cuerpo se lanzaba en busca del desahogo, Gabi lo miraba con los párpados entrecerrados y una mirada de excitación que lo repelió por primera vez. Con la respiración aún entrecortada, vio a la mejor amiga de su esposa limpiarlo con eficacia y luego refugiarse entre los brazos de su mujer.

Anya se ocupó de premiar su dedicación como hacía siempre que jugaban a este juego; con atención y firmeza, mimando cada rincón del cuerpo de la otra mujer con su lengua y sus

dientes.

La mano de su mujer buscó la suya. Su primera reacción fue retirarla, negársela, pero antes de que pudiera reconocer ese impulso, desconocido y aterrador, los dedos húmedos de su esposa lo condujeron a la carne temblorosa y anhelante que lo esperaba.

Mientras los grititos de Gabi iban en aumento y los dedos entrelazados con los de su mujer se movían con una velocidad y presión crecientes, también lo hizo el impulso que había sentido unos momentos antes.

Cuando el cuerpo de su amiga cayó desmadejado sobre la cama, retiró la mano y se la limpió en las sábanas. Anya lo besó con afecto, primero en los labios y luego por toda la cara. Se dejó acariciar la cabeza mientras que la respiración de su mujer se hacía más pesada hasta quedarse dormida.

Se dio la vuelta, dándoles la espalda. Nunca en todos esos años, se había sentido más solo en una cama tan llena .

13

El silencio en el coche era oprimiente. El trayecto estaba resultando lento, el tráfico aún denso a esas horas de un viernes por la tarde.

Enrique quitó la radio y puso música clásica, su favorita, mientras tamborileaba con los dedos sobre el volante. Dio un frenazo e Isabel se aferró con fuerza al tirador de la puerta, cerrando los ojos. Se obligó a relajar su cuerpo y a no pensar en otra tarde, tan soleada como esta en la que Enrique también tuvo que dar un frenazo y cómo habían tenido que sacarla de entre los restos del coche. Aún le dolía el brazo cuando llovía y aunque no conservaba ninguna marca sobre su piel de aquel accidente, su mente se negaba a ser tan generosa.

Los dedos de su marido aferraron los suyos e Isabel reprimió el deseo de apartar la mano. Miró el perfil de su esposo, apuesto y seguro y le irritó que ella fuera la única a la que le quedaran secuelas de aquel día.

Enrique seguía conduciendo como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo mientras cambiaba las marchas sin dejar de mantener sus dedos entrelazados con una firmeza que casi le hacía daño.

Solo la soltó cuando llegaron al aparcamiento, donde las maniobras exigían toda su atención.

Isabel salió del coche se dirigió a las escaleras mecánicas sin esperar a que él la siguiera. Enrique la alcanzó en unos pocos pasos y le dio un beso en la mejilla, que recibió con una mezcla de familiaridad y de un rechazo que no era nuevo.

—Vamos, belleza, la película no espera —la tomó por la cintura y ascendieron el tramo que los llevó directos al centro comercial en el que se hallaban los multicines que tanto les gustaban.

No pudo evitar preguntarse cuántas veces habían acudido a aquel sitio, rebosantes de felicidad por poder compartir una de las actividades que más les gustaban a los dos. Echó de menos esa sensación de plenitud, el cosquilleo en las mejillas por no poder borrar la sonrisa de su cara. También la seguridad que le aportaba poder apoyarse en el cuerpo de Enrique y sentirse a salvo. Esa sensación había ido disminuyendo poco a poco a lo largo de los años hasta desaparecer en las últimas semanas.

Era noche de estreno y se encontraron con una cola considerable frente a las taquillas. Mientras esperaban su turno, se fijó en una joven pareja delante de ellos que se abrazaba mientras esperaba para comprar sus entradas. Isabel se preguntó cuánto tiempo tardaría en

desaparecer la sonrisa de la cara de la mujer, cuándo llegaría el momento en el que le fallara en algo que él deseara y se borrara esa suavidad de su mirada hasta dejarla tan vacía y dura como sentía la suya.

—¿Dónde estás, preciosa? —la mano de Enrique se deslizó por su espalda hasta casi rozarle el trasero. Ahora se daba cuenta de que las demostraciones de afecto en público de su marido siempre se habían visto desencadenadas por las de otras personas; como si temiera no estar haciéndolo bien o no quisiera parecer menos a los ojos de los demás. No creyó que tuviera que ver con la impresión que podía causarle a ella no recibir esos mimos y se sorprendió al darse cuenta de que esa era la primera vez que reconocía algo que siempre había sabido.

—Pórtate bien, que nos va a tocar en un momento —se apartó de él fingiendo buscar un pañuelo en el bolso.

—Estas de un romántico que asustas. Luego quéjate de que no te hago carantoñas.

—Como si alguna vez me hubiera quejado —contraatacó sin darse cuenta.

—Pues tal vez deberías; así sabría qué cojones se te pasa por la cabeza.

Mientras Enrique se hacía con las entradas, Isabel no apartó los ojos de él, esperando sentir dolor o decepción por sus palabras, pero solo pudo ver a un niño con una pataleta, arremetiendo contra lo que tuviera delante. Tampoco era la primera vez. Sí, se empezaba a dar cuenta de que tenía mal perder desde hacía mucho tiempo.

La pacificadora que había en ella quiso tranquilizarlo y borrar el mohín enfurruñado de su rostro; la Isabel que se estaba desperezando en su interior, nueva y aterradora quiso mostrarle un dedo y marcharse de allí sola.

—Deja de quejarte y aliméntame —bromeó golpeándolo suavemente en el hombro. La sonrisa cómplice que forzó fue suficiente para devolverle la suya a Enrique, que la abrazó y le dio un beso sonoro en la boca.

—¿Palomitas dulces?

—¿Cómo lo has adivinado? —contestó dándole una palmada en el trasero. El pulso se le aceleró un poco; la satisfacción por haber logrado su propósito fue breve.

Adquirieron las palomitas y bebidas y entraron en la sala. La película ya había empezado y tuvieron que encontrar sus localidades a oscuras en medio de una sala no del todo llena.

Isabel intentó ponerse cómoda y perderse en la historia, pero apenas unos minutos después de haber tomado asiento, notó cómo la mano de Enrique se deslizaba por su pierna. Se sobresaltó, no porque aquella maniobra fuera nueva en su marido, sino por el rechazo que le produjo sentir los dedos clavarse en su carne por encima de las medias y acariciarla con una fuerza que anulaba su intención.

Cruzó las piernas en un intento por cortar el ascenso de su marido, pero los dedos se deslizaron entre sus muslos y buscaron su calor con insistencia.

Lo miró en la oscuridad, pero él no se giró a su encuentro y continuó mirando la pantalla.

—No, Enrique —le susurró, pero su marido tampoco pareció oírla.

Cogió la mano masculina e intentó apartarla con cuidado de no llamar la atención de los otros espectadores, pero no lo logró. Su esposo se aferró a ella con una fuerza tan desproporcionada que Isabel dio un respingo de dolor.

—Perdóname, mi vida, pero te necesito —el aliento de Enrique junto a su oreja le produjo un estremecimiento y la presión entre sus piernas disminuyó.

—Aquí no —las palabras no sonaron más fuerte de lo que lo haría un suspiro.

—Ni aquí ni en ninguna parte. Por favor, te necesito —los dedos volvieron a buscarla con insistencia e Isabel temió llamar la atención de la gente sentada más cerca de ellos.

Aflojó los músculos de las piernas y recibió a su marido, que se mostró lento y demasiado vigoroso como para que aquel escarceo prohibido terminara en algo que no fuera un suspiro de alivio, producto de una mentira de la cual no se arrepintió.

14

La clase terminó con el revuelo de costumbre. Los alumnos recogían sus pertenencias y salían del aula como un enjambre de abejas inquietas mientras que Enrique guardaba su material en la cartera.

Su mirada se desvió una última vez hacia la silla de la primera fila que había permanecido vacía durante la clase para a continuación cerrar el portátil y coger su chaqueta.

Cuando llegó a la puerta se detuvo por un momento. La indecisión duró apenas unos segundos, pero Enrique los sintió arrastrarse ante sus ojos. El corazón le latía como un potro desbocado, joven y lleno de fuego. Metió la mano en el bolsillo para sacar el móvil y casi lo dejó caer.

Apenas notó el carraspeo que intentaba llamar su atención.

—Profesor Martínez —levantó la vista sobresaltado y guardó el teléfono con fastidio.

Lanzó a su alumna una de sus famosas miradas, llenas de una complicidad que no sentía y de una simpatía que no experimentaba en presencia de aquel rostro al que no lograba ponerle nombre.

—¿Sí? ¿Te ha quedado alguna duda sobre la clase de hoy? —habría querido seguir caminando, pero el cuerpo de la joven estaba tan cerca que le obligaba a continuar parado bajo el marco de la puerta, a la espera de cualquiera que resultara ser la idiotez que con la que pretendía reclamar su atención.

Ese año estaba resultando ser soporífero en cuanto al nivel del alumnado. Era un grupo predecible y con falta de brillantez. Todos excepto la única persona que hoy no había venido a clase.

Fijó su mirada en la boca de la chica. Se abría y cerraba como una herida sanguinolenta, de un intenso color frambuesa, brillante y húmeda. Estaba hablándole. No podía haberle importado menos.

—..... y esperaba poder pedirle una tutoría para resolverlas —con un movimiento nacido de la práctica echó su larga melena morena a un lado, dejándole ver su cuello, largo y blanco.

Pensó en otro cuello y en lo que sentía al apretar sus dedos alrededor de él. Fijó sus ojos en el de la muchacha que tenía delante y su sangre no bulló. Seguía sin acordarse de su nombre y a causa de su silencio ahora lo miraba con los ojos abiertos, llenos de una expectación que le repugnó.

—Has tenido ocasiones de sobra para plantear esas preguntas esta mañana. Ahora no

dispongo de tiempo. Prepararé una clase para que resolvamos dudas entre todos y así sirva de repaso a los que sí hayan estado prestando atención. Buenas tardes, señorita —dijo el primer paso sabiendo que ella se echaría a un lado, que percibiría su rechazo y huiría de allí con el corazón roto en pedazos. Sonrió al dejarla atrás. Casi podía verse pisoteando el músculo blando e inútil, dejando un rastro maloliente tras él.

El móvil vibró en su bolsillo y su ánimo mejoró de inmediato. Frunció los labios cuando no reconoció el número y la sorpresa que le produjo escuchar la voz al otro lado fue tan inesperada que casi logró borrar la decepción por no ser la llamada que había esperado.

—Menuda sorpresa. ¿Cómo va todo? —abandonó el edificio de la facultad y se dirigió al aparcamiento.

—Bien. Preguntándome cómo estaríais. ¿Qué tal la vuelta al trabajo? —la voz del alemán le pareció algo tensa, cómo si no tuviera realmente el más mínimo interés en lo que había preguntado, ni siquiera como una cortesía. Con que esas tenían.

—Bien, aunque Isabel ha estado algo apagada últimamente —esperó a que se confirmara su sospecha.

—Pero está bien, ¿no estará enferma? —el pánico masculino hizo que la sonrisa de Enrique se ampliara hasta casi no caberle en el rostro.

—Nada que un poco de atención no logre curar.

Sólo obtuvo silencio al otro lado.

—Estaba pensando que si os apetece estaría bien que nos viéramos en cuanto tengamos un momento para organizar una escapada, aunque yo lo tengo complicado hasta después de las navidades. Tal vez tú... —esperó conteniendo el aliento.

—Dame el móvil de Isabel.

La orden debería haberlo molestado y de hecho así fue, pero esa pequeña ofensa quedó subsanada por la posibilidad que se abría ante él, sin que hubiera tenido que mover ni un dedo. Con Isabel ocupada, ya fuera acostándose con el alemán o fustigándose por desear hacerlo, él tendría el tiempo que necesitaba para dedicarse por completo a su nuevo proyecto.

También debería darle las gracias al matrimonio extranjero por eso, en concreto a la esposa, que le había abierto los ojos a nuevas experiencias y despertado apetitos que jamás creyó poseer.

—Claro, estoy seguro de que se animará al saber de ti. —le dio el número de su mujer a aquel hombre, sabiendo que había disfrutado del cuerpo de su esposa y que probablemente volvería a hacerlo y no le importó lo que habría debido. Ahora su atención estaba en otra parte. Ya tendría tiempo de poner las cosas en su sitio. Su Isabel no iba a irse a ninguna parte.

Se despidió con un suspiro de satisfacción y saludó con la mano a un colega antes de meterse en el coche y arrancar. Puso música clásica y comprobó la hora. Aún le quedaba tiempo

antes de ir a casa para averiguar qué había ocurrido con el asunto que de verdad reclamaba su atención.

15

Isabel dejó las llaves sobre la encimera de la cocina. El bolso le quedó colgando del hombro durante unos instantes en los que no supo muy bien qué hacer.

El regreso a las clases se había producido con normalidad, aunque su compañera la había notado ausente y un tanto triste. Lo había achacado al estrés postvacacional entre risas e Isabel no hizo ningún intento por sacarla de su error.

Tal vez estuviera en lo cierto y se recuperaría. Puede que si esperaba lo suficiente pudiera lograr reunir los pedazos de su vida y volver a juntarlos en algo parecido a su forma anterior a las vacaciones.

Por ahora seguía soñando con Lucas durante las pocas horas que lograba dormir y por el día se quedaba ensimismada en cuanto paraba un poco la intensidad de sus ocupaciones.

Enrique por el contrario estaba encantado. Se le veía bronceado y sonriente y aunque solo hacía un mes desde que habían regresado, se había lanzado de cabeza al trabajo, las clases en la Universidad monopolizando gran parte de su tiempo. Siempre había amado la enseñanza y el mes de septiembre solía ponerlo de buen humor.

Suspiró y dejó el bolso en la mesa. Enrique no tardaría en llegar.

Estaba a punto de meter la lasaña en el horno cuando el sonido del teléfono la sobresaltó.

Sus ojos se desviaron hacia el reloj de la pared. Las seis. Tal vez fuera su marido para comunicarle que estaba muy liado y que no vendría a cenar. De nuevo.

Cogió el auricular con el ánimo ligero. No le apetecía sentarse frente a Enrique y tener que encarar su mirada, ya fuera exaltada o acusadora. Cenaría y se daría un baño de burbujas; tal vez esa noche lograra dormir un poco mejor.

—¿Sí? —solo obtuvo silencio como respuesta, pero podía oír una respiración al otro lado de la línea. Por un motivo que no supo precisar el corazón comenzó a latirle con una fuerza que casi la dejó sorda.

—¿Sí? —esta vez no fue más que un susurro.

—¿Isabel? —la voz de Lukas le produjo un mareo que hizo que casi soltara el auricular. Se sujetó a la encimera hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Lukas? —el dolor que nació en su pecho al pronunciar su nombre fue dulce y cortante a la vez.

—¿Cómo estás, Isabel? —la voz sonaba ronca, como si no la hubiera usado en mucho tiempo o acabara de despertarse. Sus dedos temblaron al recordar el aspecto de su pelo revuelto

por la mañana y lo mucho que había disfrutado enredando sus manos en él.

Cerró los ojos y se obligó a volver al presente, a su vida. Una vida en la que no podía estar teniendo esa conversación con ese hombre.

—¿Cómo has conseguido mi teléfono? —la pregunta sonó más cortante de lo que había pretendido y el sonido que obtuvo como respuesta fue parecido a un lamento.

—Me lo dio Enrique —de nuevo algo en la voz masculina conmovió a Isabel de tal modo que quiso abrazarlo contra su pecho.

—¿Cuándo? —de repente le pareció de vital importancia saber cuánto tiempo lo había tenido y por qué la llamaba precisamente ahora.

Tal vez él también había estado luchando como ella. Mirando y guardando ese pequeño trozo de papel una y otra vez. Tentado a romperlo y eliminar la oportunidad, pero incapaz de deshacerse del único vínculo que los unía.

—Hace unos días —no era la respuesta que había esperado— tenía el teléfono de tu marido y lo llamé. Lo siento, no debería haberlo hecho. Perdona por molestarte.

Algo dentro de Isabel le dijo con una sorprendente claridad que si colgaba ahora no volvería a saber de él, que no volvería a escuchar su voz. Supo también que era lo mejor para todos, que debían cortar lo que fuera aquello hasta que no quedara ni una pizca de raíz que pudiera brotar de nuevo. Debería haberse alegrado por aquel hecho.

—¿Cómo estás tú, Lukas? —esas no fueron las palabras que quiso pronunciar, pero fueron las que abandonaron su boca.

—Te echo de menos, Isabel. Necesito verte —el anhelo y el dolor fueron tan aplastantes que no pudo evitar deslizarse hasta el suelo, donde quedó sentada, apoyada contra la nevera.

—Lukas, no puede ser.

—¿Crees que no lo sé? ¿Que quiero estar así? —el gruñido lanzó un estremecimiento por el cuerpo de Isabel y pudo casi imaginárselo, el rostro ligeramente enrojecido, las venas de sus manos marcadas contra la piel aceitunada, llamándola a que pasara la lengua por ellas, por cada uno de sus dedos hasta dejarlo relajado y con la sonrisa algo boba que había descubierto que ponía tras alcanzar el orgasmo.

El dolor en las entrañas apareció de golpe tras un mes de ausencia e Isabel apretó su mano contra el vientre mientras fijaba la mirada en la ventana por la que entraba un sol tan luminoso que hizo que se le saltaran las lágrimas.

—No vuelvas a llamar, por favor —antes de que pudiera oír siquiera la respuesta colgó el teléfono.

Volvió a sonar casi al instante, pero se obligó a no cogerlo mientras los sollozos comenzaban a escapar de su garganta sin que pudiera detenerlos. No tenía sentido culpar a nadie que no fuera ella misma de aquel desastre. Se hizo un ovillo mientras su cuerpo se estremecía

incapaz de contener la pena.

Fue así como la encontró Enrique una hora más tarde. Sentada en el suelo con el maquillaje corrido y mirando al vacío. Las lágrimas hacía tiempo que se le habían secado .

16

Isabel no apartaba la vista de los niños, que corrían y chillaban excitados por el patio del colegio. Aún hacía calor a mediados de septiembre y sus cabecitas estaban cubiertas por gorras de colores llamativos que iban y venían como la marea.

Su compañera de la otra clase de infantil se unió a ella bajo el refugio de la sombra de un castaño.

—Tienes mejor cara —comentó tras tomar un sorbo de su botella de agua.

—Gracias —contestó por fin, obligada por la mirada insistente de Paula.

—¿Todo bien con Enrique? Perdona que te lo pregunte, pero has tenido una pinta horrible desde que empezamos el curso.

—Me hice daño durante las vacaciones. Las cervicales me estaban matando —Isabel se sintió mal por referirse a lo que había experimentado con Lucas como una lesión, pero era lo único que se le ocurrió en aquel momento.

—Pues menudas vacaciones. ¿Dónde dijiste que habíais estado? —sacó una manzana de su mochila y le ofreció un mordisco a Isabel.

—En Cádiz. En un *resort* —rechazó la manzana con una sonrisa forzada.

—Me encantaría ir a uno de esos. A ver si logro convencer a Diego para ir el verano que viene —por unos instantes reinó el silencio mientras Paula comía y los chiquillos jugaban en los columpios.

Isabel alzó la cara al cielo. Desde el alivio que le proporcionaba la sombra del árbol podía ver las nubes moverse. Destacaban blancas y esponjosas contra el fondo azul.

—Para las vacaciones que os habéis montado no estás muy habladora ¿No tienes fotos? —bromeó dándole un golpecito en el hombro.

—Las tengo en casa, ya las traeré —se apartó un mechón de la cara. No había visto las fotos del verano. Sabía que Enrique había hecho fotos con el móvil, pero había encontrado mil y una excusas para no verlas desde su regreso.

No se atrevía a encontrarse con la pareja alemana en ellas. Su marido había hecho muchas fotos aquellos días, seguro que algunas más de las que no sabía nada.

El móvil vibró por tercera vez durante la pausa del colegio. Lo sacó del bolsillo del pantalón. Miró la pantalla. Enrique.

Ignoró la llamada y se guardó el teléfono de nuevo.

—¿No vas a cogerlo? —Paula la miró con una agudeza que la incomodó.

—Nadie importante —no supo por qué se sintió obligada a darle explicaciones, pero las palabras brotaron de sus labios sin que se diera cuenta. Se estaba convirtiendo en una mentirosa.

—¿No era Enrique? —insistió su compañera.

—No —a este paso aterrizaría de lleno en el infierno. Otra cosa más que añadir a la lista de pecados cometidos. Se preocuparía si creyera en él.

—¿Estás bien? —Paula le puso la mano en el hombro y se lo apretó con suavidad.

—¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó con mayor brusquedad de la que pretendía.

—Perdóname, no quería inmiscuirme, pero si necesitas hablar, estoy aquí. Por si te sirve de algo —su compañera se levantó y con unas palmadas llamó a los niños de su grupo para que regresaran al aula.

Isabel suspiró con pesar. Aunque quisiera no podía confiarle lo que la atormentaba. Su compañera era conocida por saberlo todo de todos y su interés podía estar originado más por su curiosidad que por el deseo de ayudar. No se atrevía a arriesgarse, pero a quién más podría confiarle aquel peso. Su vida había girado en torno a Enrique desde que se casaron y sus amistades eran en su mayoría del círculo universitario en el que trabajaba su marido. Ella no había conservado a nadie de su vida de soltera y preferiría cortarse la lengua antes que hablar con su madre. Se estremeció de solo pensarlo.

El móvil volvió a sonar. Cortó la llamada sin comprobar la pantalla.

Llamó a sus niños y se dirigió al edificio de las aulas. Cuando pasó de largo junto a los columpios le pareció sentir que alguien la observaba. Miró a su alrededor mientras los pequeños entraban en la clase. No pudo distinguir nada extraño y creyó haberse equivocado. No fue hasta que el último niño hubo entrado, cuando la descubrió.

Una muchacha rubia la estaba mirando desde la acera de enfrente. Vestía unos vaqueros y una camiseta negra con el logo de alguna banda de rock que no conocía en el pecho. La suave brisa le revolvía los cabellos oscureciéndole el rostro, pero desde donde estaba habría jurado que además de joven era muy hermosa.

Podía estar allí por una decena de motivos que nada tuvieran que ver con ella, pero Isabel estaba convencida que era el objeto de su atención. Se dio la vuelta y entró en el aula, dejando a aquella muchacha parada en la calle, con un aire de tristeza que pudo sentir en sus propios huesos.

A Anya le resultaba imposible seguir la conversación. Por más intentos que hacía por centrarse en la pareja con la que estaban cenando, su mirada se desviaba discretamente hacia su marido cada pocos minutos.

Habían pospuesto el encuentro con sus amigos en varias ocasiones por problemas de agendas, pero finalmente habían quedado para cenar en uno de los restaurantes españoles que tanto les habían gustado siempre a todos.

A mitad de la noche empezó a preguntarse si había sido una buena idea.

Lukas apenas había abierto la boca más que para contestar con monosílabos, haciendo que sus compañeros de mesa lo miraran desconcertados. Si alguien era el alma de la fiesta en esas reuniones era su marido. Alegre, divertido, siempre dispuesto a saltar de conversación en conversación para evitar que el ánimo decayera, esa noche se mostraba como un reo ante su última cena. Inapetente y taciturno.

Además de su evidente falta de interés en nada de lo que acontecía en la mesa, no había parado de pedir una copa de vino detrás de otra, haciendo que sus amigos lo miraran con extrañeza y volvieran sus ojos hacia ella, como si tuviera las respuestas a ese comportamiento tan fuera de lo normal.

Anya solo lograba ofrecerles una sonrisa. El estado de ánimo de Lucas no le interesaba a nadie más que a ellos dos. Se obligó a relajarse y no recriminar a su marido su apatía y exceso con el alcohol. Continuó la conversación como si nada y pidió los postres.

Su amiga y ella se decidieron por un arroz con leche. El marido de ésta pareció dudar unos minutos antes de elegir un flan de huevo. Lukas alzó la mano para llamar al camarero y pidió un coñac doble.

Le dio un golpecito con el pie por debajo de la mesa, que su esposo ignoró.

A partir de ese momento, hizo cuanto pudo por acabar cuanto antes con los postres y dar por terminada la velada.

Cuando se levantaron para abandonar el restaurante, Lukas se tambaleó lo justo para que ella se diera cuenta. Si los demás también lo hicieron, no dieron muestras de ello.

Se despidieron entre abrazos y besos y se prometieron no dejar pasar tanto tiempo antes de volver a quedar.

Ya a solas se dirigieron hacia donde habían aparcado su coche. Los pasos de Lukas eran lentos y si bien no estaba tan borracho como para no poder llegar al vehículo, no iba a dejarlo

conducir bajo ningún concepto.

—¿Se pude saber qué te ha pasado? ¿Tan aburridos te han parecido de repente los Hauptmann? —se agarró a su brazo dividida entre la costumbre y el miedo a que su esposo pudiera tropezar y caerse al suelo.

—No sé de qué me hablas, sabes que me caen bien —Lukas se encogió de hombros y sacó las llaves de su bolsillo.

—Ni se te ocurra —le arrebató las llaves de la mano y se paró en seco, obligando a su marido a pararse también. La mueca de fastidio de Lukas la tomó por sorpresa, no era algo que estuviera acostumbrada a ver en el rostro de su marido. Transformaba los rasgos masculinos en algo desconocido que la llenaba de incertidumbre.

—¿Qué te pasa? —acarició la manga del abrigo de Lukas con delicadeza.

—Nada de lo que quiera hablar. Vámonos a casa, no me encuentro bien —apartó el brazo de su caricia como si le hubiera quemado y tomó las llaves de nuevo. Anya intuyó que si no abordaban lo que fuera que tenía a Lukas tan desestabilizado, no lograría salvar a su marido ni su matrimonio.

Con todo el esfuerzo que le supuso afrontar el tema con calma y no ponerse a chillar como una posesa, se obligó a preguntar.

—¿Es por ella? ¿Sigues pensando en ella? —se felicitó cuando no le tembló la voz y su mano se posó sobre el pecho de su marido y no en su cara con la fuerza que le exigía su temperamento.

La reacción de Lukas fue como si, de hecho, lo hubiera golpeado. La luz de la farola no pudo ocultar como el color sonrosado de su rostro desaparecía para dar paso a una palidez enfermiza. Los ojos que hasta ese momento habían brillado turbios por la cantidad de alcohol que había ingerido, se tornaron húmedos.

—Te he dicho que no quiero hablar de eso. Déjalo estar —reanudó el paso y llegó hasta el coche en unas pocas zancadas.

—Espera —Anya lo alcanzó y detuvo la mano temblorosa que pulsaba el mando para desbloquear el coche sin conseguirlo. Se lo quitó sin que su marido se resistiera.

Cuando apoyó la frente en su espalda y lo abrazó por la cintura, lo sintió temblar contra ella.

—Shh, mi vida, sabes que puedes contar conmigo. Dime cómo puedo ayudarte.

—No puedes, joder, no puedes.

—No digas tonterías; claro que puedo. ¿Recuerdas lo que decíamos cuando éramos jóvenes? Nada puede tumbarnos. Nada puede separarnos. Esto no es diferente —lo besó entre los omóplatos y se sobresaltó cuando Lukas golpeó el techo del vehículo con tal violencia que el ruido la dejó sorda a los demás sonidos de la calle por un instante.

—No puedo dormir, no puedo comer, no puedo pensar en nada que no sean esas putas noches ¿lo entiendes? Te dije que no me había puesto en contacto con ella y era verdad. Adivina: la llamé hace un par de días. ¿Sabes lo que me dijo? Me mandó a paseo, que no quería hablar conmigo ¿y sabes qué más? Me sentí tan inmensamente agradecido que me eché a llorar allí mismo, porque al menos ella tenía la fuerza de voluntad de la que yo carezco —los temblores comenzaron de repente y sacudieron el cuerpo de su marido hasta casi forzarla a soltarlo. A continuación llegaron los sollozos.

—Te quiero, Anya, eres la mujer de mi vida, daría lo que fuera por borrar aquello. Te quiero, no me dejes. Por favor, no me dejes.

—Nunca, mi amor. Siempre estaré a tu lado. Tranquilo —le susurró estas palabras una y otra vez mientras lo abrazaba con fuerza.

Cuando las lágrimas de Lukas se secaron y ambos se fundieron en un abrazo, Anya ya había tomado una decisión.

18

El aire de primeros de octubre refrescaba la piel de su rostro y llenaba sus pulmones con un ligero ardor que casi le producía dolor. A esas horas de la mañana solo unos pocos se atrevían a encarar la brisa del Main.

A su lado Gretchen guardaba un silencio cargado de preocupación con el que no se sentía cómoda y que no deseaba ver en su hija.

—¿Qué le pasa a papá? —no levantó la vista del suelo y jugueteó con la pelota de goma que llevaba en la mano antes de lanzarla hacia los árboles. Los ladridos de Dido se alejaron excitados en busca de su juguete.

—Nada que deba preocuparte, cariño. Está pasando algunos problemas que debe resolver, pero para eso estamos aquí ¿verdad? —entrelazó su brazo con el de su hija y buscó su mirada. La muchacha se la negó —Gretchen.

Solo entonces levantó la vista. Las ojeras le daban un aspecto cansado que ensombrecían el rostro de la adolescente.

Detuvo a su pequeña, pero antes de que pudiera preguntarle nada, Dido estaba de vuelta, rogándoles jadeante que le arrojaran la pelota. Su cola barría el suelo con una alegría tan sincera que Anya la envidió por un instante.

—¿Qué pasa? —se obligó a preguntar y le dio a su hija tiempo para responder cuando se sintiera con fuerzas. Ésta tomó la pelota de la boca de la perra y volvió a tirarla lejos, haciendo que el animal saliera disparado, levantando una nube de hojas a su paso. El olor a humedad y tierra que siempre le había resultado tan vigorizante, ahora le recordaban a algo moribundo. Cerró los ojos y se obligó a respirar con calma.

—Gabi dice que papá se va a ir con otra y nos va a dejar —si su hija la hubiera abofeteado en aquel momento no la habría podido herir más.

Quiso negar de forma automática las palabras de su amiga, pero eso habría supuesto subestimar la inteligencia de su hija. Tampoco sabía cuánto había observado y oído por su cuenta y no deseaba arriesgarse a perder su confianza.

Acarició el pelo de su niña, rubio y sedoso como el suyo, y se forzó a sonreírle.

—Gabi es una exagerada con una imaginación que la ha metido en problemas toda la vida. Papá no va a irse a ninguna parte.

Los ojos de Gretchen se llenaron de lágrimas. Cuando Dido regresó y enterró el hocico en su mano, apenas le rozó las orejas con los dedos.

—Pero dice que ... —los labios de su niña temblaban y Anya se prometió que tendría una conversación con la otra mujer más tarde.

—Lo que diga carece de importancia. Quienes sabemos lo que pasa somos tu padre y yo. Te aseguro que no hay nada que deba preocuparte. Ven, vamos a sentarnos, estás temblando.

Se acercaron a uno de los bancos de madera que había para los viandantes y se quedaron mirando el río en silencio. Un barco transportaba mercancías, atravesando las aguas oscuras de manera lenta pero inexorable. Anya sintió una punzada en el pecho.

Tomó la mano de su hija y se la apretó.

—Papá nos quiere más que a nada en este mundo. No se va a ir. Y ahora tienes que limpiarte esas lágrimas e irte al instituto o llegarás tarde —sacó un pañuelo de su bolso y se lo dio. Gretchen se secó los ojos y le colocó la correa a Dido. La perra parecía sonreír feliz, ajena a lo que la rodeaba.

Abrazó a su hija con fuerza y la besó en la frente —¿Mejor?

Obtuvo un leve asentimiento como respuesta antes de que la adolescente se levantara, le entregara la correa y se despidiera con la mano. La vio alejarse de allí arrastrando los pies. Se giró una última vez y Anya le lanzó un beso con el mayor entusiasmo que pudo reunir. Cuando subió las escaleras y llegó al puente, creyó que se giraría de nuevo, pero su hija continuó caminando y desapareció entre el tráfico.

Solo entonces se permitió enterrar el rostro entre las manos y soltar un jadeo que logró cortar antes de que se transformara en un lamento.

Se quedó sentada mirando al vacío, los gimoteos de Dido apenas alcanzándola. Lo había pensado tantas veces que le dolía la cabeza. No sabía si estaría cometiendo un error que le costara todo lo que amaba, pero ya había tomado la decisión y echarse atrás sería de cobardes. Ella no se convertiría en una a esas alturas de su vida.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el móvil. Marcó el número que Lukas le había entregado obediente cuando se lo pidió. El mismo número que había mirado tantas noches pensando en qué hacer que se lo había aprendido de memoria. Cerró los ojos y pulsó las teclas.

El sonido de llamada se prolongó durante unos segundos que se le hicieron eternos y creyó que nadie contestaría al otro lado. La inundó un alivio que la dejó mareada.

Estaba a punto de colgar cuando la voz femenina la alcanzó y tuvo que apretar el móvil con fuerza para no estrellarlo contra el suelo.

—¿Sí? —insistió la voz que le llegaba desde muy lejos y se quedó mirando la mano que sostenía ese pequeño instrumento de tortura como si no fuera suya. Por fin se llevó el aparato al oído y contestó.

—¿Hablo con Isabel? —un sonido estrangulado al otro lado fue la única respuesta que obtuvo —Si eres tú, déjate de melodramas y contesta.

—¿Qué quieres? —no parecía alegrarse de escuchar su voz o quizá no le agradara que le dieran órdenes.

—Necesito que contestes a unas preguntas y que lo hagas con sinceridad. ¿Podrás hacerlo? —quería acabar con aquello cuanto antes y si esa mujer daba muestras de ser una zorra destrozahogares y no la mártir que había descrito Lukas, la mandaría a paseo, colgaría y no volverían a hablar del tema. Ya afrontaría las consecuencias.

—No entiendo ¿Qué clase de preguntas? —A kilómetros de ella podía oír el tráfico que debía ser tan mortal como el de Frankfurt a esas horas de la mañana.

—Pues para empezar quiero saber qué intenciones tienes con mi marido —sintió una satisfacción casi violenta cuando pronunció esas palabras. Él era suyo, no importaba lo mucho que aquella española quisiera arrebatárselo.

Hubo una pausa al otro lado, el sonido del tráfico de ambos países se fundió y casi pudo ver a la otra mujer frente a ella.

—No creo que entiendas lo que está pasando. Lukas....

—Mi marido —interrumpió apretando los dientes.

—Tu marido me llamó hace unos días y le dejé claro que no va a pasar nada entre nosotros, que no tengo ningún interés en volver a verlo.

Esas mismas palabras en otra mujer habrían resultado un canto de victoria sobre una conquista no deseada, pero Anya pudo percibir el temblor en su voz, doliente y apagado.

—¿Lo echas de menos? —el aire la abandonó y con él desapareció gran parte de la ira y los celos que la habían estado carcomiendo esos últimos días. —contéstame, por favor —susurró. Nunca pensó en que terminaría rebajándose a suplicar.

—Tanto que me duele —la confesión trajo algo de calma y también una satisfacción perversa por ver sufrir a quién tanto daño estaba causando a su matrimonio.

—Bien —ni siquiera intentó disimular el triunfo en su voz —porque lo has destruido. No come ni duerme. Es una sombra de lo que era y no te lo voy a permitir.

—No lo entiendes, yo no quiero quitarte a tu marido —el sollozo de la otra mujer la llenó de una sensación de poder que hacía semanas que no experimentaba y la primera sonrisa sincera del día se abrió paso en su cara, cortante como la hoja de un cuchillo.

—No, la que no lo entiendes eres tú. Vas a devolvérmelo como te lo entregué, vas a traerlo de vuelta a la vida o te juro que te lo haré pagar de formas que ni siquiera imaginas.

—¿Qué? —la sorpresa y la incredulidad batallaron durante unos instantes al otro lado de la línea —Estás loca —parecía haberlo comprendido por fin.

—Estoy enamorada. Vendrás a ayudar a Lukas. Le darás lo que necesita de ti que yo no puedo darle y te marcharás.

—No —le sorprendió la fiereza de la otra mujer y de nuevo pudo verla frente a ella, una

imagen más clara de lo que había percibido hasta ahora. Imaginó arrugas que no habían estado ahí antes, ojeras y un dolor tan profundo como el de su esposo.

—¿Lo amas? —la pregunta fue un susurro casi íntimo, tembloroso.

—No lo sé —la respuesta, el rugido de un animal herido.

—Ayúdame. Ayúdalo —la desesperación se fue abriendo paso en su voz y deseó con todas sus fuerzas que el bienestar de su esposo no dependiera de otra persona, que ella fuera suficiente para hacerlo feliz.

—¿De verdad es esto lo que quieres? —le sorprendió la pregunta y la agradeció a la vez.

—Por favor, no tardes. Llama a este número cuando tengas todo listo.

—Está bien —la otra mujer sonó derrotada. Anya suspiró con alivio.

—Quiero hablar contigo antes de que lo veas. Habrá reglas que dejar claras antes de... de que os veáis —cortó sin esperar respuesta y sólo entonces se permitió llorar.

19

Por más vueltas que le daba no lograba comprender cómo había cedido a la proposición de la mujer de Lukas. El simple hecho de llamarlo proposición ya era un eufemismo, cuando en realidad había resultado ser una orden. Un mandato para viajar hasta Alemania y ocuparse de su marido porque estaba deprimido.

Isabel terminó de cargar el lavavajillas y lo puso en marcha. Apoyó las manos en la encimera y miró por la ventana. Se estaba haciendo tarde y Enrique aún no había regresado.

Enrique. A saber qué pensaría su esposo de semejante locura, aunque en esos momentos, después de lo que habían vivido durante el verano ya no estaba tan segura de saber cuál sería su reacción.

La puerta de la calle se abrió con energía e Isabel deseó con todas sus fuerzas que hubiera permanecido cerrada, para poder continuar oculta en su refugio, a salvo de lo que fuera que Enrique traía consigo desde el exterior.

—Hola, preciosa —le dio un beso en la mejilla y dejó sus cosas en la mesa de la cocina —Perdona que llegue tan tarde, pero ha sido un día horrible. Juraría que cada promoción que llega a las aulas es más espesa que la anterior.

Se acercó de nuevo a ella y la abrazó contra su pecho. La mecía contra él como había hecho en incontables ocasiones a lo largo de los años, pero en lugar de sentirse segura, había comenzado a ver el abrazo de su esposo como una camisa de fuerza que la dejaba indefensa y sin fuerzas.

—No pasa nada, pero no he preparado nada para cenar. Como últimamente llegas tan tarde —cerró los ojos y se recriminó en silencio que sus palabras hubieran sonado como una acusación en lugar de una excusa.

—Tesoro, no eres mi criada. ¿Te apetece que cenemos algo tailandés? —la separó de su cuerpo y se dirigió al cajón donde guardaban la publicidad de los diferentes restaurantes que servían a domicilio.

—Me ha llamado la mujer de Lukas —soltó la bomba antes de que detonara en su interior y la destrozara.

—¿Anyá? —su marido la miró extrañado. —Creí que te llamaría él. ¿Qué quería?

—¿Por qué iba a llamarme él? —Sabía que había sido él quien le había dado el número a Lukas. Esperaba una reacción de su marido, cualquiera, pero no la obtuvo. La culpabilidad por la llamada que no había compartido con su esposo se esfumó en cuanto lo vio bajar la vista al

suelo. —¿Qué has hecho, Enrique? —Necesitaba oírlo de su boca.

La mirada que le devolvió su marido estaba tan vacía de todo arrepentimiento o cualquier otra emoción que Isabel se estremeció.

—¿Qué? —insistió acercándose a él con el cuidado y temor con el que se habría acercado a un animal desconocido y peligroso.

—Me llamó hace un par de días y creí que sería buena idea darle tu número para que hablarais y os pusierais al día —se encogió de hombros y volvió a la tarea de buscar en el cajón.

—¿Creíste que estaría bien? —la pregunta estaba llena de un veneno que empezaba a serle tan familiar, que temió que la matara en el acto si se atrevía a moverse. Instó con la mirada a que Enrique dijera algo que lograra borrar aquello. No lo obtuvo.

—Creí que te vendría bien. Has estado tan apagada últimamente que pensé que un poco de salsa te daría algo de vida. Tampoco es que haya venido hasta aquí a acostarse contigo —no se molestó en darse la vuelta y dignarse a mirarla. Por fin escogió dos folletos y se giró para mostrárselos. —Nada que no hayáis hecho ya. ¿Cuál te apetece más?

No había ni una pizca de arrepentimiento en su marido, ni la más mínima señal de que se estuviera dando cuenta del daño que le estaba haciendo.

—¿Sabes qué? Lo que me apetece es pollo asado. ¿Por qué no te acercas donde Paco y te traes uno bien tostado y unas patatas fritas? —cualquier cosa para poder perderlo de vista porque en ese momento la idea de estrellarle una olla en la cabeza le empezaba a resultar cada vez más atractiva.

—¿Estás segura?

—Sí. Por favor, date prisa. Me muero de hambre —se sirvió un vaso de agua para no tener que seguir mirándolo.

Lo oyó coger las llaves y abrir la puerta de casa.

—En cuanto vuelva me tienes que contar qué quería Anya. Te quiero, enseguida estoy de vuelta.

La puerta se cerró con suavidad y se quedó sola.

Se sintió como una idiota por haber temido cómo reaccionaría Enrique ante la exigencia de Anya. Aún así se encontraba dividida entre el compromiso que había adquirido con la otra mujer y el deseo de que todo permaneciera como estaba.

El timbre sonó una vez y la sobresaltó. Enrique tenía llaves y no esperaban a nadie a esas horas. El timbrado volvió a perforar el silencio, esta vez con insistencia.

La figura al otro lado de la puerta estaba de espaldas. Su cuerpo se veía engullido por una sudadera oscura.

Parecía una mujer y tras un momento de duda, Isabel abrió la puerta apenas unos centímetros y esperó no haber cometido un error.

—¿Hola?

La mujer se dio la vuelta y la reconoció de inmediato. Seguía tan bella como el día que la vio desde el patio del colegio. La tristeza en sus ojos había crecido y parecía una niña frágil a punto de romper a llorar.

—¿Es usted la mujer de Enrique Martínez? ¿El profesor Martínez? —tenía el aliento entrecortado como si hubiera realizado un esfuerzo enorme y aún no hubiera logrado recuperarse.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó llena de inquietud —Enrique no está en este momento.

—Tiene que saberlo. Me prometió que se lo diría, pero sé que no lo ha hecho —la chica se apretaba las manos de manera ausente hasta dejarlas enrojecidas, toda su atención enfocada en Isabel.

—¿Decirme qué? —preguntó sin necesidad de escuchar la respuesta. Las palmas de las manos empezaron a sudarle y un dolor agudo le recordó que relajara la mandíbula. Lo intentó, pero era como si su cuerpo se negara a obedecerle.

—Que me quiere. Que quiere estar conmigo —le lanzó esas palabras como un desafío. Las ojeras profundas y el temblor de sus manos revelaban que estaba suplicando. Isabel se aferró aún más a la puerta hasta que dejó de sentir los dedos.

Una profunda sensación de compasión y desesperanza se apoderó de ella y quiso calmar a la muchacha, que había empezado a llorar ante su silencio.

—¿Por qué no entras y nos sentamos? Parece que te vayas a caer en cualquier momento —abrió la puerta para dejarle paso y la chica la miró con los ojos muy abiertos, llenos de miedo —Vamos, no voy a morderte. Ni a pegarte, te lo prometo —añadió y una pequeña sonrisa se abrió paso en el rostro de la joven.

La alumna de Enrique entró en la casa con pasos inseguros y se quedó parada en el recibidor mirando a su alrededor como si temiera recibir un ataque en cualquier momento. Primero pensó que le tenía miedo a ella, pero se dio cuenta de que era la puerta a la que sometía a vigilancia.

—Ya te he dicho que Enrique no está y aunque lo estuviera no te haría daño —sintió la obligación de prometerle su seguridad y no supo muy bien por qué.

—Usted no lo conoce; no sabe cómo es si cree que no me hará daño por haber venido hasta aquí —lágrimas gruesas comenzaron a resbalarle por las mejillas, pero fue su silencio lo que le partió el alma a Isabel.

—Enrique nunca haría algo así —intentó tranquilizarla.

—¿No haría qué exactamente? —la voz masculina interrumpió el intercambio.

La muchacha se apartó de ella como si la hubiera abofeteado y luego se quedó muy

quieta, como un conejo inmovilizado frente a unos faros.

Enrique cerró la puerta con tranquilidad y dejó las bolsas de comida en la cómoda de la entrada. No fue la falta de sorpresa o ira lo que le produjo una sensación de náusea a Isabel. Fue su voz. La voz de su marido jamás había sonado tan fría.

20

No se aproximó a ellas y eso debería haberla tranquilizado, pero en lo único que podía pensar Isabel era en que estaba bloqueando la salida. Se estremeció y se acercó a la chica, que seguía sin moverse.

—¿Qué haces aquí, Aida?

—Yo... no te enfades conmigo, pero tenía que decírselo. Tenía que saberlo —la joven se llevó las manos al pecho como si intentara protegerse.

—¿Saber qué, Aida? —su marido se acercó a ambas y la muchacha retrocedió.

—Que estamos juntos, que nos queremos —la voz de la muchacha fue perdiendo fuerza hasta apagarse al final.

—¿Eso es lo que le has dicho a mi mujer? ¿Que nos queremos? ¿Que somos amantes? —pronunció las palabras con delicadeza, pero estaban tan cargadas de violencia contenida que la propia Isabel empezó a temblar.

—Es la verdad. Lo somos. Somos amantes —la desesperación se abrió paso y la joven se volvió hacia ella como si apelara a un poder superior —Debe creerme.

—No le hagas caso, mi vida, no es más que una loca, una alumna obsesionada conmigo. Me ha estado siguiendo por el campus y ahora se ha atrevido a venir a casa. La acompañaré a la calle y mañana por la mañana pondré una denuncia. —tomó a la chica del brazo y la arrastró hasta la puerta.

—¡No! No estoy loca —se deshizo del agarre con un tirón lleno de desesperación —no soy una alumna obsesionada con él. Fue él quien me persiguió, diciéndome lo inteligente y hermosa que era, que nunca había conocido a nadie como yo. Debe creerme.

—No la escuches, Isabel. Cualquiera en la universidad te dirá que iba detrás de mí, haciéndose la contradiza y vistiendo como una putilla.

El sonido que abandonó la garganta de la chica fue el de un lamento quebrado. Levantó los ojos hasta Enrique como si lo viera por primera vez.

Isabel asistía a este encuentro en silencio. Aunque hubiera intentado abrir la boca no habría podido. Notaba la lengua pegada al paladar y los dientes tan apretados que le dolían. Intentó tragar saliva y le raspó la garganta. Tenía algo atrapado en ella; no sabía aún si era un gruñido o un grito, pero lo sentía presionar y arañar e Isabel temió que le rasgara la piel antes de que lograra salir.

—¿Por qué me haces esto? Dijiste que me querías, que lo dejarías todo por mí... por

nosotros.

—Cállate —el grito sobresaltó a Isabel y también a la muchacha, que se encogió como si hubiera recibido un golpe. —No digas ni una sola palabra más —agarró a la chica del brazo otra vez y la zarandeó hasta que pudo oír como le castañeaban los dientes.

—Dijiste que te ocuparías de todo, que me ayudarías. Que no estaría sola —empezó a sollozar tan fuerte que creyó que la muchacha se haría daño.

—Ni una puta palabra más —Enrique siseó la amenaza con el rostro desfigurado.

La chiquilla volvió el rostro inundado en lágrimas hacia ella. Estaba pálida como un cadáver y la derrota era tan visible en ella, que Isabel deseó consolarla.

—Créame, por favor. Es un mentiroso. Me prometió que estaríamos juntos; los dos y el bebé. Lo prometió.

El aire abandonó a Isabel de golpe y temió que se desmayaría allí mismo. *El bebé*. Un hijo de Enrique y de esa mujer. Una mujer joven y fértil. No como ella. Ella nunca podría darle lo que más deseaba, era un fracaso, no valía para nada.

Las palabras se agolpaban en su cabeza y podía oír gritos, pero le llegaban desde muy lejos y no le importaban. Nada le importaba ya, tan solo que otra persona había triunfado donde ella no había podido.

—Isabel, mi vida, escúchame, tranquilízate y respira —podía sentir manos intentando cogerla, calmarla, retenerla y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba corriendo, abriéndose paso a arañazos. Un brazo intentó sujetarla contra un pecho grande y fuerte, un cuerpo que había creado vida con otra. Hundió los dientes en él con toda la fuerza que pudo reunir y una maldición acompañada de un gruñido de dolor se abrió paso entre la neblina. Abandonó la casa a ciegas, unas carcajadas rotas sus únicas acompañantes cuando se lanzó a la carrera escaleras abajo hasta llegar a la calle.

Debió haber recorrido una buena distancia, porque cuando empezó a volver en sí estaba en una parte del barrio que no conocía bien y se había hecho de noche cerrada.

Se apartó el pelo de la cara y limpió las lágrimas con las manos. Buscó en los pantalones y suspiró de alivio cuando encontró el móvil. Marcó el número de forma automática y cuando escuchó la voz al otro lado jadeó de alivio.

—Dos días. Estaré allí dentro de dos días —colgó sin decir nada más.

21

El avión tocó suelo en el aeropuerto de Frankfurt sobre las seis de la tarde. Empezaba a oscurecer y las gotas de una lluvia ligera se deslizaban por las ventanillas.

Tomó su maleta de mano y salió de la cabina para enfrentarse a una ráfaga de llovizna y aire frío que le erizó la piel.

Bajó las escaleras y entró en el autobús, donde quedó engullida por el resto de los pasajeros. Se aferró a una barra con una mano y sujetó su maleta con la otra, respirando con profundidad cuando le empezó a faltar el aire. Los ejercicios de respiración la tranquilizaron como de costumbre.

La tensión que se había ido acumulando desde que descubrió lo de Enrique había escalado durante el tiempo que necesitó para poner en orden sus asuntos. Esperar como una ladrona a que su marido saliera de casa para coger unas cuantas cosas y meterlas en una maleta casi le había provocado una crisis nerviosa. Luego había tenido que dar una serie de excusas vagas a su compañera cuando pidió unos días libres en el colegio. Se le había cruzado por la mente acudir a su doctora para que le recetara algo, pero lo había descartado poco después. Necesitaría estar alerta si quería sobrevivir los próximos días.

El trayecto hasta la terminal no duró más que unos pocos minutos, pero Isabel no dejó de mirar por el pequeño espacio de ventanilla que quedaba a la vista, por debajo del codo de un ejecutivo y un padre que viajaba solo con un bebé.

Isabel miró a la criatura. Dormía contenta contra el pecho del hombre e intentó imaginar lo que sería hacer ese mismo viaje con un pequeño en brazos. No podía. No lo sabría jamás. Enrique sí, él podría disfrutarlo, sufrirlo, como lo estaba haciendo aquel desconocido, de camino a casa donde le estaría esperando la madre. Bella, joven y rubia....

Se obligó a dejar de pensar en aquello. Le ayudó el frenazo del autobús, que la obligó a sujetarse con más fuerza a la barra hasta que se detuvieron por completo.

Atravesó la terminal y salió a la calle. Se quedó parada sin saber muy bien qué hacer a continuación.

Vio a Anya acercarse, abriéndose paso entre el gentío con una gracia felina.

Se paró frente a ella y ambas se contemplaron en silencio. La mujer tomó la maleta y se dio la vuelta una vez hubo confirmado lo que fuera que necesitara para alejarse de allí.

Isabel la siguió obediente hasta el aparcamiento. Asistió sin pronunciar ni una sola palabra al pago y al trayecto hasta el Mercedes. Salieron del aeropuerto y se dirigieron a la

ciudad, la carretera rodeada de árboles que se mecían oscuros a ambos lados.

Si Anya hubiera parado el coche y la hubiera dejado tirada en la cuneta sin bolso ni maleta no se habría sorprendido. La frialdad que emanaba de ella era tan incapacitante que Isabel quiso bajarse allí mismo y pedirle de nuevo perdón.

No fue hasta que la mujer de Lukas paró el vehículo frente a un hospital, cuando por fin se giró para mirarla y le habló.

—Te agradezco que hayas accedido a venir tan rápido, pero debemos dejar clara una cosa —la miró en silencio como si estuviera asegurándose de que contaba con toda su atención— Lukas es mío. Estás aquí para ayudarlo. Cuando esté mejor te irás, no importa lo que él diga o haga; te irás y lo harás sola ¿está claro?

—Sí —susurró, porque de nuevo le faltaba el aire. Un hospital. La otra mujer pareció darse cuenta de su problema porque dejó de perforarla con la mirada y salió del coche.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Lukas está bien? —preguntó mientras la seguía.

—Estaba tan agotado por la falta de sueño que se quedó dormido al volante —la miró con reproche— Está mejor, pero no le darán el alta hasta mañana. No tiene nada roto, pero sí una contusión en la cabeza. Los médicos se están asegurando de que no haya complicaciones saliendo antes de tiempo.

—Me alegro de que todo vaya a estar bien —No supo qué otra cosa decirle a la esposa de Lukas. Medía cada palabra por temor a hacerle daño a aquella mujer que no tenía la culpa de lo que estaba pasando. *Bueno, tal vez si no fuera por ahí prestándole su marido a otras, esto no habría ocurrido.*

Frunció los labios con desagrado. No era propio de ella ser tan ácida, pero los acontecimientos se iban acumulando y le quedaba cada vez menos fuerza con la que enfrentarse a los pensamientos oscuros. Mientras no abandonaran su boca, todo estaría bien.

Avanzaron por el pasillo de azulejos grises que parecían decorar todos los hospitales del mundo y llegaron a la puerta marcada con el nombre de Lukas y el número 404. Isabel empezó a sudar y se secó las manos metiéndolas en los bolsillos de la parka. Al momento el calor le provocó un rubor incómodo en el rostro y decidió quitársela.

Anya asistía al espectáculo con atención. Esperó a que hubiera terminado para acercarse a ella y susurrarle al oído, tan cerca que el calor de su aliento la quemó.

—Te quedarás aquí y esperarás a que te llame. Quiero hablar con él a solas primero para decirle que estás aquí.

—¿No sabía que venía? —Isabel aplastó el impulso de defender el derecho de un hombre que no era su esposo a ser tranquilizado con su presencia.

—No sabía si al final vendrías o que lo harías tan pronto. —Una mueca de desagrado cruzó el rostro de la alemana.

Pensó en Enrique y en la joven rubia. Pensó en la vida que habían creado juntos y en la intimidad que ello implicaba. No le podía reprochar a la mujer de Lucas su enfado.

Mientras Anya desaparecía tras la puerta, Isabel se quedó esperando hecha un manojo de nervios. Tomó asiento en una de las sillas que había en el pasillo. Era incómoda y le produjo dolor de espalda al cabo de unos momentos. Se removió intentando encontrar una postura algo más cómoda mientras que un ir y venir de gente, personal del hospital y visitas, llenaban el espacio con el bullicio silencioso tan característico de esos sitios.

Recordó su propia estancia en el hospital Gregorio Marañón y se frotó la muñeca con aire ausente.

Una sombra se cernió sobre ella y tuvo que levantar la vista para ver de quién se trataba. Una mujer mayor que ella la observaba con los ojos entrecerrados. Su pelo caía en apretados rizos hasta sus hombros, oscureciéndole parte del rostro. Aún así pudo observar que poseía la belleza atemporal de un duendecillo travieso. Nariz respingona y pecas incluídas.

Sostenía un vaso de café en las manos como si quisiera darse calor con ella. Era una de esas abominaciones insulsas de plástico que te ofrecen las máquinas expendedoras. Se terminó el contenido, que olía a quemado, y tiró el vasito a la papelera sin apartar la vista de ella.

—¿Eres la española? — preguntó por fin con aire abatido. Pareció tratarse más de una afirmación que una pregunta.

Isabel asintió porque qué otra cosa podía hacer. De inmediato la sensación de estar en un lugar que no era el suyo, que llevaba acosándola desde que había aterrizado, se intensificó hasta hacerla desear salir de allí corriendo.

Se mantuvo muy quieta en la silla de hospital, un instrumento de tortura que creía merecerse y no abrió la boca.

La otra mujer pareció querer decir algo, pero la voz de Anya la interrumpió

—Gabi —La advertencia resonó con el poder de un latigazo.

—Dijiste que no estabas segura...

—Ahora no. Te dejé claro lo que opino de tus intromisiones. Además, este no es ni el momento ni el lugar. —parecía querer someter a la otra mujer con la sola fuerza de su presencia y por un instante creyó que se enfrentarían allí mismo.

La mujer con cara de duende apretó los labios y se concentró en abrocharse la cazadora y colocarse el pañuelo de un intenso color pistacho —Me voy a casa. Gretchen querrá saber cómo va todo. Cogeré el autobús. —añadió mientras desaparecía doblando la esquina con el aire de una niña profundamente ofendida.

—¿Estás lista? Te está esperando.

Isabel asintió y por primera vez experimentó una afinidad desconocida con aquella mujer. Ambas afrontaban el próximo paso con una resignación que le produjo ganas de gritar y entraron

en la habitación.

El deseo murió en su garganta. Se apagó como una bombilla de Navidad fundida entre un mar de luces brillantes.

Lukas estaba pálido y sus ojos parecían hundidos, pero la buscaban con insistencia. Isabel se aferró a su cazadora intentando protegerse del anhelo que la recorrió al verlo. Fue en vano. Se sentó en la silla para visitantes que había a los pies de la cama y esperó. Sintió vibrar el móvil en el bolsillo; lo ignoró.

Vio cómo Anya se sentaba en la cama y peinaba el pelo de su marido con los dedos. Quiso apartar la mirada, pero no fue capaz.

Ella no tenía lugar en esa habitación, en sus vidas. Sólo estaba allí por una necesidad momentánea, luego se iría. ¿A dónde? Cerró los ojos.

—Isabel —la voz de Lukas sonaba ronca, en desuso —me alegro tanto de que hayas venido.

Isabel asintió en silencio, el nudo en la garganta no le permitía hablar.

—Si vas a quedarte sentada sin decir nada, puedes marcharte ahora mismo —la voz de la alemana estaba llena de desprecio.

El calor le inundó la cara y se levantó de golpe sin ser consciente de haberse movido siquiera. Antes de darse cuenta tenía el pomo de la puerta en la mano. Llegar hasta esa habitación le había supuesto un reto, no iba a dejar que la insultaran.

—Isabel —la mujer intentó detenerla tras un breve murmullo intercambiado entre la pareja.

—Por favor, no te vayas —la súplica de Lukas hizo que se diera la vuelta y los mirara. Decidió ignorar a Anya por el momento. El hombre se había incorporado. Una tirita de aproximación le cubría el puente de la nariz. La piel alrededor estaba enrojecida y algo hinchada.

—No estoy aquí para que me insulten.

—Disculpa a mi mujer, a veces es muy directa —la esposa lo miró de reojo y apretó los labios, pero permaneció en silencio.

—Me llamaste porque me querías aquí. ¿Has cambiado de opinión? —dirigió la pregunta a la esposa, que se sacudió una pelusa imaginaria de la blusa.

—No ¿y tú? ¿Te vas a echar atrás porque he herido tu tierno corazón?

—He venido. El resto depende de ti —le devolvió el desafío, pero le tembló la voz.

Ambas mujeres se miraron mientras Lukas asistía inmóvil.

—Tendrás que hacerte más fuerte si quieres ayudarlo. Te enfrentarás a cosas más duras que mis palabras —se levantó de la cama y se acercó a ella con una calma que le puso los pelos de punta.

Isabel levantó el mentón hasta que pudo mirar a la otra mujer a los ojos.

—Cuando quieras —la respuesta se escapó de sus labios sin permiso.

El suspiro de alivio de Lukas la alcanzó desde muy lejos, pero lo que la relajó fue la lenta sonrisa que se abrió paso en el rostro de la otra mujer.

La mujer de Lukas aparcó el coche frente a una casa de aspecto antiguo. No tendría más de cuatro pisos y una verja de hierro forjado que la separaba de la calle. Aferró su maleta con fuerza y cerró la puerta del coche.

Se había hecho de noche cerrada mientras estaban en el hospital y le pesaban tanto los párpados que temió quedarse dormida de pie. No había estado descansando bien y las últimas dos noches pasadas en un hotel no habían ayudado. Interrumpió un bostezo que le llenó los ojos de lágrimas mientras Anya abría la verja. Hizo ruido al deslizarse, como si le costara vencer a los adoquines de piedra que cubrían el suelo.

Estaba oscuro, pero distinguió lo que parecían rododendros en el jardín y pensó que debía ser un lugar muy agradable por el día.

—¿Puedes dejar el coche ahí aparcado? —desconocía las leyes en Alemania, pero no estaban en una zona residencial y aparcar en la ciudad siempre era complicado.

—Tenemos un aparcamiento detrás de la casa, pero ahora está ocupado por el coche de Gabi. Dejaré el mío frente a la casa y lo cambiaré de sitio mañana.

Subieron los escalones de piedra hasta el portal y entraron en un vestíbulo gris y frío. La escalera que llevaba a los pisos era de una madera clara y robusta y el pasamanos del mismo hierro forjado que la verja de la entrada.

Isabel subió los escalones arrastrando los pies. Le pesaban como si fueran de plomo y deseó quitarse los zapatos cuanto antes.

No subieron más allá del primer piso, donde Anya utilizó su llave para abrir una hermosa puerta de madera blanca.

El piso era acogedor. Ventanales cubiertos por gruesas cortinas y muebles de madera oscuros le conferían un aire masculino, salpicado con toques en burdeos y crema.

—Ven, dormirás en el salón —Anya la hizo cruzar las puertas dobles desde las que había estado observando el cuarto y la condujo por el codo hacia la zona de sofás.

Parecían mullidos, de un color crema que iluminaba toda la estancia.

—Tenéis una casa muy bonita —no supo qué más decir parada en mitad del salón. Esperó de pie a que la alemana le diera la más mínima señal de lo que esperaba de ella, pero ésta se limitó a observarla en silencio.

—Siéntate, pareces a punto de desmayarte —dijo al fin con cierta impaciencia. Isabel se dejó caer en uno de los sillones y quedó envuelta en una sensación tan confortable que

la hizo suspirar de placer.

—Gracias —cerró los ojos y se concentró en respirar, notando como su cuerpo se relajaba poco a poco.

—Voy a por ropa de cama, ahora mismo vuelvo.

Oyó a la mujer salir, pero no tuvo fuerzas para abrir los ojos. Debió quedarse dormida porque un bufido la sobresaltó y se incorporó desorientada. Le costó un momento recordar dónde estaba. No reconoció a la chiquilla que la miraba desde la puerta. Era alta y rubia y la observaba con los brazos cruzados y una mirada que le produjo escalofríos.

—¿Qué haces tú aquí? —la rabia provocó que su voz sonara como un siseo y a Isabel le costó entenderla. Su falta de reacción incendió aún más a la adolescente que se acercó a ella lo justo para que reconociera en su rostro los rasgos de su madre.

—Hola, soy Isabel —intentó rebajar el nivel de tensión que flotaba en el aire, pero no obtuvo la respuesta deseada. Rio para sus adentros. Cómo pretendía calmar a la niña si no quería ni imaginarse lo que le habrían contado sobre ella.

—Ya sé quién eres —la voz debería sonar dulce, pero destilaba veneno y resultaba desagradable de escuchar. —¿No te da vergüenza estar aquí? ¿En nuestra casa? —la muchacha tenía el carácter de su madre y era igual de posesiva. Isabel sonrió.

—Estoy aquí porque tu madre me ha invitado.

—Me da igual. No te quiero aquí. Vete —la chica la taladró con la mirada como si creyera poseer el poder de echarla de allí solo con ésta.

—Gretchen —la advertencia de Anya quedó concentrada en esa única palabra. Un nombre. Muy bonito, además. Luminoso y dulce, como debía ser aquella niña, de no verse amenazada en su propia casa.

La mujer de Lukas ignoró la mirada llena de frustración que le lanzó su hija y se dirigió al sofá, donde comenzó a preparar todo para que pudiera dormir.

—Mamá ¿te has vuelto loca?

—Vete a la cama, peque. Mañana temprano tienes clase y nosotras tenemos que recoger a papá del hospital. No querrás que te vea con esas ojeras ¿verdad?

—¿Con esa en casa? —la crudeza de su tono solo se vio superada por la grosería que supuso que la señalara con el dedo.

—Métete esa mano en el bolsillo, Gretchen. Isabel es nuestra invitada. Ha sido mi decisión que esté aquí y la tratarás con el respeto con el que tratarías a cualquier otra persona.

—Pero ella...

—Pero ella nada. No sé qué cuentos te ha estado metiendo Gabi en la cabeza, pero aquí no está pasando nada que yo no quiera, ¿está claro?

La chica bajó la vista y asintió con desgana.

—Sí, mamá.

—Ahora dame un beso y a la cama.

La chiquilla se acercó arrastrando los pies y la cabeza gacha y le dio un beso forzado a su madre. Antes de darse la vuelta y salir por la puerta le lanzó a Isabel una mirada cargada de desprecio que la llenó de tristeza. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

—Piensas demasiado. Déjalo estar —Anya terminó de cubrir la ropa de cama con una manta ligera y ahuecó las almohadas.

Cuando hubo terminado se giró para mirarla. Con las manos metidas en los bolsillos traseros de sus vaqueros se la veía imponente.

Isabel se pasó los dedos por el pelo intentando colocarse bien la coleta.

—Mi hija ha sido informada de mala manera de lo que está pasando. No debería saber ni la mitad y está reaccionando como lo haría cualquier joven que ve amenazada su familia. No le hagas caso, se le pasará.

—Tienes suerte de tener una hija que os quiere tanto y que está dispuesta a defenderos ante cualquiera —se mordió el labio hasta hacerse daño. La esposa de Lukas la observó durante un momento y meneó la cabeza con incredulidad.

—¿Quieres una copa de vino? Yo necesito una.

Isabel la miró llena de sorpresa.

—No es necesario, de verdad...

—No lo hago por ti. Ya te he dicho que necesito una y ya puestos me da igual ofrecerte otra. ¿Quieres o no? —nada de tonterías con esa mujer pensó Isabel y algo pequeño y cálido se removió en su interior.

—Sí, gracias —se sintió avergonzada. Avergonzada por necesitar una copa para calmar sus nervios, por aceptarla de una mujer que debía estar pasando un infierno por su culpa, por estar allí.

—Te he dicho que dejes de darle vueltas. Llevas tus pensamientos escritos en la cara. Déjalo estar —continuó con brusquedad y se dirigió a uno de los muebles del que sacó una botella de vino —No es español; es un Merlot, espero que no te importe.

Dejó la botella en la mesita de café frente a los sillones.

—No, está bien —para cuando logró contestar Anya ya había abandonado el salón y tuvo que levantar la voz. Si la oyó, no recibió respuesta alguna.

Enrique le dio una patada a la silla y la lanzó al suelo. Apretó el móvil hasta que la mano se le puso blanca y le empezó a doler. Isabel no contestaba.

Llevaba dos días sin hablar con ella. Desde que Aida apareció en su casa y lo había echado todo a perder.

Quiso preocuparse por el estado nervioso en el que se encontraba la chica cuando se deshizo de ella y no pudo.

En cuanto a su mujer, creía saber donde estaba. Confiaba en que una vez hablara con ella y curara su orgullo herido no tardaría en volver a casa.

Se peinó el pelo con los dedos y se estiró la camisa. Respiró hondo, colocó la silla de vuelta en su sitio y tomó asiento. Jugó con el móvil, haciéndolo girar sobre la mesa. Frente a él, en el sitio en el que le gustaba sentarse a Isabel, una taza de café olvidada parecía burlarse de él.

Cerró los ojos. Por un instante un temor desconocido se apoderó de él. ¿Y si no volvía? ¿Y si lo había arruinado todo?

El móvil vibró y lo miró entrecerrando los ojos. No era la llamada que esperaba. Ni de lejos.

—Dígame —utilizó el tono de voz cargado de cortesía que utilizaba en el trabajo.

—Buenas tardes, Enrique. ¿Cómo anda todo? Hace mucho que no hablamos.

—Pues es verdad. Todo bien, ya sabes cómo se plantea cada nuevo curso. Muchos alumnos, pocos que merezcan la pena, pero no está entre nuestras funciones quejarnos, ¿verdad? —añadió con tono cómplice, aunque el ceño de su frente se acentuó. Que el director del departamento lo llamara era raro. Se veían a diario, qué era tan urgente que no pudiera esperar a mañana.

—Pues sí, aún así debemos tener paciencia. Siempre hay flores tardías que nos sorprenderán cuando el curso esté más avanzado.

—Es posible, aunque sabes que no comparto esa visión tuya tan romántica, Román.

—Enrique. Te estarás preguntando por qué te llamo a casa en lugar de esperar a mañana para hablar contigo.

Pues sí, se lo preguntaba, pero se mantuvo en silencio.

—La policía ha llamado esta tarde para hacer unas preguntas que me han llenado de inquietud.

—¿La policía? ¿Por qué? —a qué venía todo aquello y por qué estaba dando Román

vueltas al asunto.

—Enrique, ¿conoces a la señorita Aida Álvarez Sotillo?

¿Aida?

—Es mi alumna, como habrás podido averiguar con facilidad consultando las listas. ¿Qué pasa con ella?

—Enrique, te aprecio mucho, pero no es el momento para hacerse el tonto. ¿Mantenías una relación con la señorita Álvarez?

—Ya te he dicho que es mi alumna...

—Que si te estabas acostando con ella, joder —toda educación había desaparecido de la voz de Román y su tono, que rayaba en la histeria, le preocupó más que la pregunta en si.

—Es mayor de edad, no veo qué problema puede haber.

—El problema, amigo mío es que es desaconsejable por la posición de poder que ejerces. Y por si eso no fuera suficiente para buscarte un follón, se ha intentado cortar las venas esta noche.

Enrique se mareó y cerró los ojos.

—¿Está...?

—¿Muerta? No, para desgracia tuya. No ha hablado, pero cuál ha sido la sorpresa de los médicos cuando han visto que estaba embarazada.

—¿Y el bebé?

—Lo ha perdido, pero comprenderás que ahora todo el mundo quiera averiguar quién es el padre. ¿Tienes algo que decirme, Enrique?

—No —contestó con la boca seca.

—La noticia ha corrido como la pólvora en las aulas y adivina el nombre de qué profesor ha salido a relucir una y otra vez... El tuyo. Por favor, dime que fue consentido y dime la verdad o no podré ayudarte.

—Claro que fue consentido.

—¿Sabes que puede arruinarte la vida si te denuncia por acoso y agresión sexual?

—No lo hará. Si no ha hablado, no lo hará.

—Eso no lo sabes. Será mejor que te tomes unos días libres hasta que se cierre la investigación. Te llamaré cuando pase todo esto.

—¿Me estás diciendo que el departamento me da la espalda?

—Te estoy diciendo que el Comité Ético va a abrir una investigación. Hasta que no esté cerrada, no podrás reincorporarte.

El Comité. Enrique se pasó la mano por la boca y se frotó las mejillas.

—Román...

—Deberías haber tenido más cuidado. Esta mierda puede explotarnos en la cara en

cualquier momento. Prepárate, Enrique.

La comunicación se cortó y se quedó mirando al frente sin saber muy bien qué hacer. La sensación de extrañeza, como si su cuerpo no le perteneciera fue desapareciendo poco a poco.

Se levantó y cogió la taza que su mujer había dejado abandonada sobre la mesa cuando salió huyendo de allí.

La llevó al fregadero y la lavó con cuidado. Después se secó las manos y dobló el paño. Comprobó que todo estuviera en orden como a Isabel le gustaba. A continuación limpió el polvo y pasó la aspiradora. Quería que la casa estuviera perfecta para cuando volviera.

Finalmente tomó el móvil y volvió a marcar.

24

Isabel llevaba esperando unos minutos a que Anya regresara. Cuando el silencio de la casa extraña empezó a hacerse intolerable, comenzó a considerar si debía tumbarse en el sofá y dar la noche por terminada o salir de allí.

Dejar que todo desapareciera hasta mañana le parecía cada vez más atractivo y buscó en su bolso el paquete de Lexatín que le había recetado el médico cuando... Cerró los ojos y se tomó la píldora en seco.

—No deberías mezclar pastillas y alcohol ¿Eres adicta? Si lo eres necesito saberlo.

Isabel se sobresaltó. La mujer había resultado ser tan silenciosa como un gato.

—¿Qué? No, no. Es solo que llevo una temporada sin dormir bien. Es la primera vez que las tomo en... años —finalizó hundiendo los hombros.

La otra mujer no contestó. Se limitó a observarla con una atención que le erizó el vello de la nuca.

—Bien. Entonces solo una copa y se acabó —sirvió una de las dos copas de cristal que llevaba en la mano y se la ofreció.

—Gracias —esperó a que la esposa de Lukas se sirviera la suya y tomara el primer sorbo. Sólo entonces bebió de la suya. Obtuvo como respuesta una misteriosa sonrisa de su anfitriona que no supo descifrar.

Anya se dejó caer en el sofá y agarró una de las almohadas que estrechó contra su pecho. Le supo mal el gesto tan revelador, como si no tuviera cabida en alguien tan fuerte como aquella mujer.

—Quiero que sepas que haré lo que pueda para que tu marido mejore, pero no voy a acostarme con él. Lo que pasó en la playa es algo que no deseaba hacer y no voy a repetirlo. Sólo quería que quedara claro entre nosotras.

La mujer de Lukas la miró a los ojos con tal intensidad que Isabel no pudo evitar apartarse. Antes de que pudiera apenas moverse, la otra mujer la tenía aferrada por la muñeca y la mantenía inmóvil.

—¿Estás segura de eso? ¿Pensarás lo mismo cuando se te acerque como un perro en época de celo y te suplique amor? —añadió despectiva.

—No me estaría pidiendo amor y sí, pensaría lo mismo.

Anya la atrajo de un tirón.

—Ni siquiera cuando lo que sientes por él te empuje a abrazarlo y consolarlo con tu

cuerpo? —el siseo acarició el cabello de su sien y la hizo estremecer.

—Ni siquiera entonces. No soy una ladrona de maridos. No voy a intentar robarte el tuyo —cerró los ojos y la imagen de la joven rubia, Aida, la cortó la respiración. Ni siquiera lo ocurrido en verano le había hecho tanto daño como la joven. Utilizada, engañada por el amor que sentía por el marido de otra mujer. No, ella no pasaría por lo mismo.

Lo que fuera que percibiera la alemana debió ser suficiente, porque la soltó y se apartó de ella para tomar un sorbo de vino.

—Bebe —fue lo único que dijo, pero ya no sonó tan autoritaria como hasta el momento. Bebieron en silencio e Isabel no deseó romper esa paz que había nacido de repente. Tampoco pareció desearlo la otra mujer.

El zumbido del móvil la sobresaltó. Lo ignoró mientras vibraba contra su cadera, oculto en el bolsillo de su pantalón. El silencio se vio interrumpido una y otra vez por el insistente ruido del aparato. Isabel tomó otro sorbo de vino. Le supo más rico y dulce que el anterior.

—¿No vas a ver quién es? —la voz de Anya sonaba algo ronca y aletargada y la miraba con los párpados entrecerrados.

—No. Sé quien es —se terminó la copa y la puso sobre la mesa. Se frotó los ojos como si la simple presión pudiera despejarla.

Tras una tregua de unos largos segundo, el zumbido se reanudó.

—Deberías cogerlo y mandarle a paseo. Es lo mínimo que puedes hacer para que te deje en paz. El silencio nunca es una opción. Sea quien sea —añadió y volvió a llenar las dos copas.

—No sabes cómo es, lo fácil que resulta terminar haciendo lo que él quiere —no dio el nombre de Enrique, pero algo en las palabras de la mujer le hicieron sospechar que ya se lo imaginaba.

—Pues tendrás que aprender a decir “no”. Y el silencio no es un no; no para personas como tu marido.

Ahí estaba la confirmación. Apretó los labios y sacó el móvil del bolsillo con dedos temblorosos.

—¿Sí? —odió que su voz sonara tan débil. Evitó mirar a la otra mujer por temor a ver el desprecio escrito en su rostro.

La voz de Enrique la dejó fría a pesar de las quejas y lamentos que fue hilvanando uno tras otro. Intentó aturdira con súplicas llenas de miel y promesas que no pudo creer. Nada logró causar ningún efecto en ella hasta que llegó al final. Lo que dijo al final fue suficiente para llenarle los ojos de lágrimas y llevarse la mano a la boca para evitar que se le escapara un sollozo.

—Vete al infierno —colgó y rompió a llorar. No supo cuánto tiempo estuvo así, pero cuando empezaron a dolerle los hombros y el estómago y la cabeza le martilleaba tan fuerte que

sintió deseos de arrancársela, notó los brazos de la otra mujer. La rodearon y apretaron contra ella hasta que, sin saber cómo, terminó acurrucada contra el cuerpo de Anya y se calmó por fin.

—Quiere que vuelva —susurró contra el cuello de la otra mujer.

—Es natural.

—Quiere que vuelva a pesar de que ha dejado embarazada a una alumna.

—Ya veo —continuó la mujer de Lukas tras una pausa.

—La muchacha se ha intentado suicidar por su culpa. Su bebé ya no está porque Enrique es un hijo de puta egoísta que no ve más allá de su polla —terminó gritando. Le ardía la cara y se apartó de la otra mujer con dificultad. —Perdona. No quería...

—No pasa nada —Anya la tomó de la mano y se la apretó con fuerza.

—Ahora quiere que vuelva. Lo han mandado a casa mientras el Comité Ético investiga su implicación con la alumna. Y quiere que vuelva —repitió con incredulidad —Con lo que he pasado cómo se atreve a pedirme eso.

—Shh —La esposa de Lukas comenzó a acariciarle la mano, suaves pasadas de sus dedos que la relajaron lo suficiente para que se dejara caer contra el respaldo del sofá.

La mano de la mujer encontró la vieja cicatriz en su muñeca e Isabel se apartó con brusquedad. Su anfitriona no dijo nada ni intentó volver a cogerle la mano. La observó de nuevo con una atención que la habría incomodado si no hubiera estado tan agotada.

Le dolía todo el cuerpo de la tensión contenida durante tanto tiempo.

—¿Otra copa? —esta vez la voz femenina sonó reconfortante, como las de las madres en el patio del colegio intentando calmar a sus hijos.

Negó con la cabeza mientras las lágrimas volvían a brotar de sus ojos cerrados.

—No seas buena conmigo, no me trates como una madre—susurró

—Tal vez vaya siendo hora de que alguien sea bueno contigo —sintió los labios de la otra mujer en la frente. Después oyó el interruptor de la luz y supo que estaba sola.

Se quitó los zapatos a oscuras y se tapó con la manta. Acurrucada en medio de la oscuridad y el silencio se quedó dormida y, por primera vez en muchos años, no soñó.

25

Recogió a su marido la mañana siguiente. Era sábado y el tráfico era casi inexistente. Lukas tenía mejor color de cara que la noche anterior y parecía contento.

Metieron su bolsa en el maletero y salieron del aparcamiento del hospital en un relajado silencio.

Fue solo cuando se encontraron en la carretera del bosque cuando Anya habló por fin.

—Creo que deberíamos aclarar las cosas para que no haya malentendidos.

Su esposo la miró alarmado.

—Isabel y yo hablamos por la noche y creo que es importante que sepas que no desea tener relaciones sexuales contigo. Al menos de momento —añadió no del todo convencida.

—¿Dónde está? —preguntó Lukas frotándose la frente.

—¿Te duele la cabeza?

—No, solo estoy algo cansado. No me has contestado, ¿dónde está?

—Le pareció mejor darse una vuelta e irse a desayunar mientras te recogía. No quería molestar —Anya sonrió —¿no es una monada?

—¿Por qué no se ha quedado en casa? Creí que dormiría allí.

—Lo hizo, pero creo que no se atrevió a quedarse allí cuando apareció Gabi con los bollos y Gretchen se levantó y la fulminó con la mirada.

—Gretchen debería ser más educada. No la hemos criado para que...

—Sólo tiene quince años y teme perder a su padre; hace lo que puede.

Lukas no contestó y se entretuvo unos minutos mirando por la ventana.

Anya lo dejó tranquilo hasta que entraron en su calle. El edificio en el que se encontraba su piso se acercaba lentamente.

—Lukas.

—¿Sí?

Se volvió y encontró a su marido apagado de nuevo, como si las fuerzas que hubiera sacado de Dios sabía dónde lo hubieran abandonado.

—Se va a quedar. Vivirá con nosotros y superaremos esto. Si lo que quieres es otro revolcón con ella, estoy segura de que podemos hacerla flaquear. La pregunta es si podrás perdonarte haberla presionado.

—¿Presionado?

—Sí. Resulta que ayer tuvimos una conversación la mar de interesante sobre su marido.

No sé cómo lo hace, y no creo que la obligue físicamente, pero me da que es el tipo de persona que logra de los demás lo que desea, sin importarle sus sentimientos.

—¿Qué estás diciendo? —los ojos de Lukas se entrecerraron y su rostro adoptó un aire de amenaza que rara vez veía en su esposo.

—Estoy diciendo que no descarto que lo que sucedió en verano no fuera del todo consentido por su parte. No, de hecho, estoy segura. Tengo mis sospechas de cómo ha logrado presionarla y desde luego, hacer lo mismo no te hará ganar puntos.

—Joder —se golpeó contra el reposacabezas.

—Ten cuidado, no seas bruto.

—Ese hijo de... Tenía que habérmelo imaginado, sabía que no se sentía cómoda.

—Que te tranquilices. Te va a estallar la cabeza si sigues así. Ahora vamos a ir a casa y tomarnos un café. Nos relajaremos y dejaremos que las cosas sigan su curso natural. ¿Entendido?

Lukas asintió apretando los labios y se pasó las manos por el rostro como si intentara despejarse.

—Toma mi móvil y mándale un mensaje diciéndole que estamos llegando. Creo que iba a la pizzería del final de la calle a tomarse el café.

El hombre obedeció en silencio.

Anya aparcó a unos metros de casa y para cuando salieron del vehículo, Gretchen ya se acercaba a ellos corriendo.

—Papi —Lukas la estrechó contra su pecho y la hizo girar con una gran sonrisa iluminándole la cara.

Su hija chillaba y reía como una chiquilla.

—Vale ya, vais a molestar a los vecinos con este escándalo —cogió la bolsa de su marido y dejó que padre e hija se pusieran al día entre abrazos y besos.

Ella se adelantó con la vista puesta en la mujer que los esperaba junto a la verja sujetando una bolsa de papel.

—Buenos días, Gabi —su amiga no se movió del sitio cuando se puso a su altura ni la dejó pasar —¿Más bollos?

—Buenos días, *Kleine*^[3]. ¿Vamos a hablar ahora de lo que estás haciendo ya que no has querido hacerlo esta mañana?

—Es demasiado temprano para estos dramas. ¿Por qué no lo dejamos estar y ya lo hablaremos en otro momento?

—¿Dramas? Ahora resulta que yo soy la dramática, porque soy la única que ve el error que estás cometiendo.

—Gabi, estoy cansada, tengo jaqueca, incluso diría que un poco de resaca y no estoy para

estas tonterías.

—¿Resaca? ¿Por qué?

—¿Vas a dejarme pasar o voy a tener que enfadarme contigo?

La otra mujer se ruborizó y tragó saliva. Dio un paso atrás y sus pupilas se dilataron hasta convertirse en pozos oscuros.

—¿Y qué piensas hacerme? —preguntó con la respiración agitada.

—Hablo en serio, Gabi. No estoy para bromas sexuales a estas horas de la mañana con mi marido recién salido del hospital, mi hija presente y mi invitada que acaba de llegar —susurró Anya arqueando una ceja.

El rubor abandonó el rostro de su amiga, que retrocedió y se dirigió al portal.

Se dio la vuelta y encontró a Isabel pegada a la verja, como si intentara pasar desapercibida y a su esposo mirándola como si fuera el sol de su galaxia. El estómago le dio un vuelco. O tal vez solo fuera acidez. Suspiró y se acercó a la otra mujer para tomarla del brazo y conducirla a la entrada. Lanzó a su marido una última mirada de advertencia.

—Bueno, yo he quedado con Agate para la clase de repaso. Me quedo a dormir en su casa, así que me voy —Gretchen tenía cara de haberse tragado un sapo. Dio un beso en la mejilla a su padre y le lanzó otro a ella, como si la idea de acercarse estando la otra mujer presente le resultara intolerable.

—¿Y me entero ahora? —bromeó divertida.

—Te lo comenté la semana pasada —contestó su hija con un mohín.

—Anda, vete —si su hija necesitaba tiempo, se lo daría.

—Hasta luego, Gabi —salió corriendo mientras sacaba el móvil del bolsillo.

Anya meneó la cabeza y se enfrentó a Lukas y a Isabel. Su marido miraba ahora a la española con una concentración que parecía incomodar a la mujer. No levantaba la vista del suelo.

Suspiró con fastidio.

—Bien, vamos a desayunar.

Isabel pareció dudar.

—Ni se te ocurra o mandaré a Gabi a buscarte —la amenazó medio en broma —Vives con nosotros, vienes con nosotros.

—No creo que... Debería buscar un hotel, no quiero molestar.

—No digas tonterías. Has venido a ayudar a mi marido y no lo harás desde un hotel. Además, Gretchen tiene que tranquilizarse y darse cuenta de que no eres una amenaza. No lo hará si no te quedas. Andando.

Gabi abrió la puerta de casa y entró la primera, dejándolos pasar como si de la dueña se tratara sin quitarle la vista de encima a Isabel.

Cuando ya estaban todos dentro dio un beso a Anya en la mejilla.

—Lo siento.

—Hmm —no comentó nada más, concentrada en quitarse el abrigo y colgarlo.

Gabi ayudó a Lukas con el suyo para sorpresa de éste y cuando hubo acabado le tomó de la mano y le dio un beso en la boca.

—¿Qué haces? —la apartó con suavidad, pero tenía el ceño fruncido.

Anya observó la reacción de Isabel, pero ésta se limitó a darse la vuelta y colgar su cazadora. Después levantó la vista y ambas se miraron sin pestañear.

—¿Y Dido? —preguntó Lukas mirando a su alrededor.

—Lo último que necesitábamos era a esa pequeña gamberra asustando a Isabel. Gabi nos la traerá mañana, ¿verdad? —Tomó de nuevo del brazo a su amiga y la condujo al salón.

—Gabi, acompáñame a la cocina a preparar el café y el té.

—Pero...

—Ahora.

Su amiga la siguió descontenta, dejando a Lukas a solas con Isabel.

—¿Te has vuelto loca de remate? —el susurro de su amiga bien podría haber sido un gritito de indignación.

—Saca las tazas y pon el agua a hervir —Se entretuvo sacando los bollos de la bolsa y colocándolos sobre una bandeja de cerámica.

—¿Cómo se te ocurre dejarlos a solas?

—¿Por qué? ¿Qué van a hacer?

—¿Que qué van a hacer? ¿Quieres que te haga un croquis?

Anya la miró divertida. Tomó una bandeja de servir y colocó la tetera sobre ella. Después apoyó la cadera contra la encimera a la espera de que el agua hirviera.

—Pon el té en la tetera, Gabi —ordenó con los brazos cruzados.

La otra mujer lo hizo de mala gana.

—No te entiendo.

—¿Acaso no he sido clara?

—No sabes lo que dices.

—¿Yo no sé lo que digo? —Anya se alzó en toda su estatura y la otra mujer apartó la mirada para concentrarse en medir el té.

—Mírame —su amiga lo hizo de forma automática —Quiero que te dejes de jueguecitos y confíes en que sabré manejar esta situación.

—Si tú lo dices.

—Gabi —la tomó de la barbilla y la obligó a mirarla —Se acabaron los juegos. Es mi marido, yo me encargo ¿Sí?

—Vale —la mujer depositó un beso sobre su mano, vertió el agua y tomó la bandeja para

llevarla al salón.

Anyá soltó un suspiro. La conocía. Estaba mintiendo.

Lukas se sentó en uno de los sillones. Intentaba encontrar las palabras adecuadas para decirle a Isabel, pero no se le ocurría ninguna. Después de esperar para volver a ver a esa mujer se encontraba mudo y torpe. Se recriminó su anhelo por verla y su falta de habilidad en esos momentos.

Se frotó la cara incidiendo en los ojos.

—¿Te duele la cabeza? ¿Quieres que llame a tu mujer?

Se estremeció cuando Isabel le retiró la mano de la cara con suavidad. Abrió los párpados y la encontró inclinada hacia él, mirándolo con los ojos alertas, como si fuera una gacela a punto de salir huyendo ante la presencia de un cazador. Aplastó el impulso de sujetarla antes de que se alejara de allí y volviera a dejarlo solo. Se obligó a quedarse muy quieto y desvió la mirada por el salón en un intento de darle tiempo para que se tranquilizara. La tensión no abandonó su cuerpo hasta que sintió a Isabel enderezar la espalda, pero no apartarse de él.

Algo en su pecho pareció distenderse, disolverse hasta desaparecer y, por fin, pudo volver a respirar con facilidad. Buscó la mirada de la mujer y la encontró fija en él, algo cálido se asomaba tímidamente a pesar de la ansiedad.

Recordó las palabras de Anya y con ellas penetró el sonido de las voces que llegaban desde la cocina.

—Estoy bien, es solo que... no tienes por qué hacer esto —no eran las palabras que deseaba decir, ni siquiera las que había decidido pronunciar. Tomó a Isabel de las manos.

No reaccionó como esperaba. En lugar de apartarse de él, de dedicarle una mirada llena de temor, tan solo permaneció muy quieta. En su mirada, la calidez de momentos antes se había consumido hasta convertirse en un paraje desolador.

—Anya te lo ha contado.

—No me ha contado nada que no sospechara y me alegro de que lo haya hecho, así no dejaré que se me nuble el cerebro y diga alguna estupidez.

—Estoy aquí para ayudarte, porque me necesitas. ¿No es verdad?

Lukas se removió sorprendido. Había esperado un susurro lleno de dolor, pero obtuvo una voz firme, a pesar de lo incómoda que parecía. Era como si viera a aquella mujer por primera vez y se prometió que lo haría bien en esta ocasión.

—Y te lo agradezco, pero no me debes nada. Hagas lo que hagas, seguiré pensando que eres fantástica.

—Ya —vio cómo se frotaba las manos y no supo si era a causa del nerviosismo o para darse fuerzas.

—Escúchame bien, Isabel. No me debes nada. No tienes por qué estar aquí, en esta casa, en este país si no es lo que deseas. Y no dejes que mi esposa te presione. Puede ser muy agresiva cuando quiere algo.

—Sí, lo sé. Es una persona muy buena —añadió con una triste sonrisa.

—¿Anyá? ¿De qué Anyá estamos hablando? —fingió horrorizarse, pero le devolvió la sonrisa. Se quedó pensativo un instante, preguntándose qué habría pasado exactamente entre ambas mujeres.

—Quiero estar aquí.

—¿Quieres estarlo o crees no tener otra salida?

Isabel se levantó de golpe del sillón y se acercó a una de las librerías donde se dedicó a pasar los dedos por los lomos de algunos libros y adornos. Parecía absorta de repente. Lukas sabía que no era así.

—No quiero que me digas lo que crees que deseo oír. Mi opinión sobre ti no se verá afectada si no me gusta lo que escucho ¿Cómo quieres que te lo diga?

Isabel continuó con su exploración durante unos minutos más hasta que finalmente volvió a tomar asiento en el mismo lugar de antes.

—¿No me quieres aquí? —pudo sentir la tristeza de la voz femenina en su propio cuerpo.

—No he deseado nada tanto en mi vida. No podía respirar hasta que llegaste —bajó la voz hasta alcanzar el nivel que creyó les permitiría no ser oídos desde la cocina.

—¿Entonces?

—Entonces quiero que sepas que no espero nada que no quieras darme. Solo con que estés aquí me basta.

Isabel lo estudió con la mirada, sus ojos brillaban como gemas oscuras contra sus mejillas.

Quiso posar su mano allí, sobre la piel suave de su rostro, pero se forzó a no hacerlo.

—No te sientas culpable, nada de lo que pasó es culpa vuestra.

—Tenía que haber estado más atento. No quise ver lo incómoda que estabas. Debería haberme dado cuenta. Debería haber hecho algo. Cualquier cosa. Cualquiera menos la que hice —se recostó de nuevo en el sillón, sintiendo de golpe el cansancio en todo su cuerpo.

—No fuiste tú quien abusó de mi confianza.

La mano de Isabel se posó sobre su rodilla y una corriente de deseo lo atravesó desde el punto donde se tocaban hasta la raíz de su pelo. Cerró los ojos e intentó no emitir sonido alguno.

—Debería haber dicho algo, era mi voz la que debía ser oída, no la tuya. —retiró la mano y el frío lo asaltó hasta hacer que le dolieran los huesos —Y no creas ni por un momento que no

lo disfruté. Lo hice. Mucho —le brindó una leve sonrisa.

—Aún así...

—Dejémoslo estar, Lukas. No tiene sentido darle vueltas ahora. Esta vez lo haremos mejor ¿de acuerdo?

La voz de Isabel sonó firme y se alegró por ello. Quiso decírselo, pero sus párpados descendieron pesados sin que pudiera hacer nada para impedirlo. Se dejó envolver por los sonidos familiares de la casa.

En un par de ocasiones pisadas entraron y abandonaron el salón acompañadas del tintineo de tazas y el aroma de café y té recién hechos.

Pudo sentir cómo el calor lo envolvía poco a poco. El olor de la manta del sofá penetró sus sentidos y un suave cosquilleo le rozó el rostro.

Todo se fue perdiendo en la distancia. Lo último que sintió antes de caer dormido fue el roce de dedos delicados en el pelo y el perfume a jazmín y mujer de Isabel.

Quiso sonreír de satisfacción y agradecimiento. No supo si lo logró antes de perderse en el silencio.

Gretchen miró a su amiga Agate por el rabillo del ojo y fingió seguir la serie de moda con atención. Todos los de su clase estaban obsesionados con ella y la comentaban en cuanto tenían un momento libre, ya fuera dentro del aula, en los pasillos o en el patio.

No es que no encontrara la historia fascinante ni que el protagonista no le pareciera guapísimo, pero la chica... la chica era una cobarde y una lánguida y le recordaba a esa estúpida invasora que tenían en casa. Toda pálida y asustadiza.

Mientras la protagonista femenina gimoteaba una vez más, temblorosa y llena de angustia, Gretchen solo podía pensar en que ya iba siendo hora de que el vampiro le diera un buen mordisco y le arrancara la garganta de un solo bocado.

Pero no, los vampiros de la pantalla estaban tan castrados como lo habían estado en las películas y los libros en los que se había inspirado la serie y no podía entender la fascinación de todo el mundo. Especialmente la de Agate.

Volvió a mirarla, pero su amiga seguía absorta en las lágrimas que corrían por las mejillas de aquella boba y en la mano que brillaba como piedras preciosas al sol mientras enjugaba el llanto de la indefensa protagonista.

Se levantó de golpe de la cama y se acercó al escritorio donde había dejado cargando el móvil. No había ninguna llamada perdida. Una notificación de Instagram la hizo suspirar agradecida. Se colocó los auriculares y se dispuso a ver el vídeo.

Una mano en el hombro la interrumpió. Se dio la vuelta y se encontró a su amiga mirándola con los ojos entrecerrados.

—¿No quieres terminar el episodio?

—Termínatelo tú, no aguanto esa serie. No sé qué es lo que veis en ella.

—Pero si te encantaba —Agate se cruzó de brazos a la defensiva.

—Sí, antes. Ahora soy más madura y me doy cuenta de lo estúpida que es la historia y de lo imbécil que es la chica.

—Pero si Be...

—Ay, pobrecita yo. Me he enamorado de un vampiro. Mi amor prohibido va a destrozarme la vida —creyó haber logrado una imitación bastante buena de aquella petarda, pero no obtuvo la risita de complicidad que esperaba de su amiga. Por el contrario, la miraba con una ceja levantada.

—Vaale —dijo por fin y se dirigió a la cama a cerrar el portátil. Después dio unos

golpecitos sobre el edredón invitándola a sentarse a su lado.

—Estoy viendo un vídeo —contestó algo seca, pero aún así se tumbó junto a su amiga.

—Sí y no se va a ir a ninguna parte. Ahora dime lo que te pasa.

—No me pasa nada, no te pongas pelma.

—Pues llevas unos días de un humor de perros y no hay quien hable contigo.

—Ahora resulta que porque no me gusta esa chorrada de serie no hay quien hable conmigo, pues muy bien.

—No estoy hablando de la serie, pero sí, supongo que también tiene algo que ver. ¿Estás bien, Gretchen? —la muchacha le susurró la pregunta y deseó contarle lo que estaba pasando.

Pero cómo iba a decirle que su padre se había encaprichado de otra mujer y su madre y él se la habían traído a vivir en casa. No podías contarle algo así a nadie, ni siquiera a tu mejor amiga. El temor a lo que pudiera pensar de sus padres, de ella la obligó a guardar silencio.

—¿Es por tus padres? ¿Se van a divorciar?

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? —se levantó de la cama con el corazón en un puño —¿De dónde te sacas que se van a divorciar? Mis padres se quieren mucho. Muchísimo. Mi madre se ha tomado unos días libre de la academia de baile para cuidar de él. Y mi padre ha vuelto del hospital y se está poniendo bien y están juntos y...

—¿Y la mujer esa quién es?

Si Agate la hubiera golpeado en toda la cara con el portátil no se habría sobresaltado más. O sentido tan dolida.

—¿Qué? —graznó. De repente tenía la boca seca.

—¿Qué quién es la mujer que está viviendo en tu casa? —la mirada de su amiga era abierta e inocente, pero Gretchen se sabía todos sus trucos. Había oído algo y necesitaba saber más.

—Una amiga de la familia que ha venido a pasar unos días con nosotros —se encogió de hombros como para quitarle importancia e intentó parecer lo más relajada posible.

—Pues para ser una amiga, tu padre se la comía con los ojos esta mañana. Y en plena calle. Con tu madre delante... —no había maldad en las palabras de su amiga, pero aún así se sintió juzgada. Estaba hablando de su familia y nadie tenía derecho a soltar habladurías por ahí en base a lo que creyeran haber visto u oído.

—¿Y cómo sabes tú nada de lo que haya podido pasar hoy?

—Mi madre tiene turno de tarde y quería pasarse a saludar a tu padre para desearle una rápida recuperación.

—No la he visto esta mañana.

—Claro que no. No entendí por qué dio la vuelta y nos alejamos de tu casa sin salir a saludar. Luego la oí hablar por teléfono y cito literalmente “ese hombre se estaba tirando a la

extraña con los ojos y delante de Anya ¿te lo puedes creer?”

—Tu madre no sabe lo que dice y además es una cotilla de mierda —se puso las zapatillas y cogió su mochila.

—¿Adónde vas? —Agate se levantó de la cama y corrió hacia ella —No te vayas. Mi madre es una metomentodo, tienes razón. Pasa de ella.

—¿Qué pase de ella? ¿También tendré que pasar de lo que les haya contado a las otras madres? ¿Te apostarías tu flamante portátil nuevo a que el lunes soy el hazmerreir del instituto porque tu madre es una cabrona? —terminó gritando y le dio un empujón a la chica para que la dejara pasar.

—Perdóname, Gretchen. Hablaré con ella, le diré...

—Déjalo —salió de la habitación corriendo. Cuando llegó a la calle estaba llorando. No supo si se cruzó con gente. Creyó oír a alguien preguntarle si estaba bien pero no le contestó.

Continuó caminando, un pie delante de otro hasta encontrarse frente a su portal. Miró hacia la ventana del primer piso, la de su salón y vio que la luz seguía encendida.

El peso de lo que estaba pasando la alcanzó de lleno. Las consecuencias que se extendían más allá de su vida familiar la ahogaron hasta que sintió un mareo.

Quiso salir corriendo, huir a algún lugar donde nadie la conociera, donde nadie supiera nada de su familia y el marrón en el que se habían metido. En el que la habían metido.

Cerró los ojos y tomó aire. Sólo podía hacer una cosa.

El sábado había transcurrido sin mayores contratiempos. Una vez hubieron desayunado Gabi se había marchado bajo la insistencia de Anya. La relación entre las dos mujeres era extraña. Parecían las mejores amigas, pero en un par de ocasiones le pareció percibir una corriente sexual entre ellas que la dejó perpleja. Si bien la mujer de Lukas había estado de lo más correcta, parecía contemplar a su amiga como si de un cachorro travieso se tratara.

La otra mujer, en cambio, no dejaba de tocar a Anya con el menor pretexto; en la pierna, en el hombro, apartándole un mechón de pelo de la cara y al matrimonio no pareció sorprenderles. En ocasiones Gabi parecía olvidarse de que ella estaba aún ahí y miraba a su amiga con un deseo tan claro que la hizo sonrojar.

Inevitablemente recordaba su presencia. A sus ojos se asomaba entonces algo feo y maligno que le ponía los pelos de punta.

Lukas ignoró las demostraciones de posesividad de la mujer y recibió la taza y plato que le ofrecía con una cortesía llena de frialdad. No parecía dispuesto a que lo que fuera que uniera a los tres influyera en él durante su estancia.

Después de la conversación que habían mantenido el aire se había despejado y pudieron mantener una charla intrascendente. Hablaron de cómo habían ido las cosas desde las vacaciones y de sus respectivos trabajos. Todo fue muy correcto y a Isabel le producía una mezcla de gratitud y ganas de rechinar los dientes.

Se limitó a tomar otro bocado del bollo y a asentir a algo que había dicho el hombre.

Anya los observaba desde su sillón como una reina frente a su Corte. Amable pero siempre atenta. La mujer llenaba a Isabel de una confusión que rara vez había experimentado.

Cuando el silencio descendió sobre ellos y los temas de conversación parecieron haberse agotado, Anya despidió a Gabi, para sorpresa de ésta, con un abrazo, un beso en la mejilla y un empujoncito que la hizo salir por la puerta con una expresión digna de risa escrita en la cara.

Lukas se despidió a continuación para retirarse a su dormitorio a echarse otro rato alegando un dolor de cabeza.

El hombre que la había mirado como si fuera su sol y su luna ahora parecía querer rehuirla con la voluntad de un soldado espartano. Supo que debería sentirse aliviada y así fue. A pesar de ello no pudo evitar experimentar un vacío que la llenó de malestar.

—Ven, ayúdame en la cocina —ordenó la mujer y abandonó el salón sin esperar respuesta. La siguió en silencio. La alemana cargó el lavavajillas. Después se apoyó en la

encimera y miró a Isabel.

No supo qué podía estar esperando de ella, así que dobló un paño de cocina y esperó.

—Tienes preguntas, casi podía oírlas en el salón —se dirigió a la nevera y empezó a sacar las cosas para lo que supuso sería la comida.

—La verdad es que no —se moría de la curiosidad. Alargó una mano para ofrecerse a ayudar. Anya le entregó las cebollas y los pimientos.

—Eres una mentirosa pésima —la miró con una mano apoyada en la cadera. En la otra sostenía un cuchillo que parecía estar muy afilado. Isabel tragó saliva y se encogió de hombros mientras lo cogía y se ponía a cortar las verduras.

—Gabi es una amiga de la infancia. Siempre hemos estado juntas, contra viento y marea. Es una más de la familia.

—Entiendo —no dijo nada más y durante unos momentos trabajaron en silencio. El sonido del cuchillo sobre la tabla resultaba relajante —Tú tampoco mientes nada bien —apretó los labios en cuanto lo dijo y fingió estar concentrada en su trabajo.

—Vaya, mírate —Anya puso una olla en el fuego y deshizo un trozo de mantequilla en ella —¿Y qué es lo que sospechas que no te estoy diciendo? —le quitó el cuchillo y lo tiró al fregadero. Después se quedó esperando una respuesta a apenas unos centímetros de distancia. Le resultó demasiado cerca.

—No creo que sea solo una amiga y si lo es quiere ser algo más —no levantó la vista de las verduras, aunque no supo qué hacer con las manos. Decidió dejarlas quietas.

—Y además tienes una gran intuición —se acercó aún más y le susurró al oído —¿quieres saber en que consiste nuestra amistad, la de los tres?

Isabel no pudo evitar las imágenes que la asaltaron de repente con la fuerza de una avalancha. Cuerpos desnudos entrelazados, de los cuales uno le era tan conocido como la palma de su mano.

Levantó la vista y la clavó en la mujer. La alemana no contestó, solo se limitó a observarla durante unos instantes. Después se apartó de ella con una misteriosa sonrisa en los labios y tomó la tabla de las verduras para echarlas en la olla.

—Dulce, dulce Isabel —no dijo nada más, pero durante el tiempo que permanecieron en la cocina le costó volver a relajarse. Anya terminó de preparar el guiso y lo dejó cociendo a fuego lento. Después salió de la cocina y se retiró también a su dormitorio e Isabel se encontró sola por fin. Decidió leer uno de los libros en inglés que había en una de las librerías.

El matrimonio no abandonó la habitación hasta bien entrada la tarde, cuando cenaron juntos en la mesa de la cocina.

Anya abrió otra botella de vino y el tiempo transcurrió sin que se diera cuenta. La noche se les echó encima e Isabel había sobrevivido a su primer día completo en aquel lugar.

No le pareció que hubiera ido del todo mal y solo la sombra de Enrique y su repentino silencio enturbiaban la sensación de relajación en la que se hallaba en esos momentos.

El teléfono fijo los sobresaltó y fue Anya la que lo cogió sin apartar la vista de ellos.

Lukas no pareció darle importancia y abandonó su vaso de té helado para terminarse la copa de su mujer. Ésta le lanzó una mirada aviesa desde el otro extremo de la cocina. El hombre le devolvió la cortesía con un brindis y una media sonrisa.

Isabel envidió la complicidad entre ellos, la posibilidad de hacer lo que quisieras sin que el otro te encontrara defectuoso o decepcionante.

Deslizó su mirada del hombre a Anya. Ésta estaba pálida y todo su cuerpo se había tensado hasta hacerla parecer aún más alta de lo que era. Fue incapaz de entender las palabras que escapaban de su boca a una velocidad que la llenó de vértigo.

A su lado Lukas se había levantado de la silla y se acercaba a su mujer con los hombros ensanchados como si se dispusiera a luchar contra un gigante.

La mujer miró a su esposo con una expresión de angustia que dejó un sabor amargo en la boca de Isabel. Estaba asustada. Anya no tenía derecho a estar asustada. Era una valquiria, una guerrera de leyenda portadora de honor y gloria. Jamás debería conocer el miedo.

Isabel se levantó de golpe de la silla y se acercó al matrimonio. No se atrevió a interrumpir, ni preguntar qué estaba pasando, pero permaneció junto a ellos.

El temor a quedar descartada y el deseo de apoyarlos como le fuera posible batallaron en su interior sin que hubiera una parte ganadora.

La mujer colgó el teléfono y abrazó a su marido. Lukas la besó en la coronilla y le susurró palabras que solo podían estar destinadas a tranquilizarla.

A continuación, Anya se separó de su marido y la miró directamente a los ojos. Isabel esperó ser despedida, invitada a abandonar la casa para que ellos pudieran ocuparse de lo que fuera que les hubiera preocupado tanto. Lo entendió. Parecía un asunto familiar, una cuestión en la que ella no tenía cabida.

Enderezó la espalda a la espera y la mirada de la otra mujer se despejó.

—Mi hija ha desaparecido. Ayúdame a encontrarla, por favor.

Terminó de pronunciar aquellas palabras casi en un susurro, un esfuerzo demasiado grande para ella y tomó la mano de su marido con una fuerza que debió dolerle.

Lukas, sin una sola queja, la dejó hacer.

La noticia la heló hasta la médula. La chiquilla que había defendido a su familia como una pequeña leona había desaparecido. Isabel nunca se había considerado una persona particularmente intuitiva, su vida habría sido distinta de haberlo sido. Tampoco poseía un ego descomunal, de hecho, habría apostado cualquier cosa a que si alguna vez lo tuvo debió haberlo perdido durante su matrimonio. Pero supo que aquello era por su culpa.

—Es culpa mía —antes de que el pensamiento hubiera terminado de cristalizar en su mente, las palabras abandonaron su boca.

Se sorprendió al no percibir nada de lo que se hubiera esperado encontrar asociado a aquellas palabras. No sintió recriminación en su interior, tan solo un deseo voraz por encontrar a la niña, por hacer que volviera a sentirse segura en su propio hogar.

Anya no se molestó en negarlo para hacerla sentir mejor. En esos momentos la mujer tenía mayores preocupaciones en las que concentrarse que en una extraña. A Isabel le pareció perfecto.

—¿Qué quieres que hagamos? —fue lo único que preguntó. La serenidad que se había apoderado de ella le dio la frialdad necesaria para actuar. *Disociación*. La palabra apareció en su cabeza como un susurro lleno de malicia. Que la voz que tomó el pensamiento se pareciera a la de su antigua psiquiatra la sorprendió. Llevaba mucho tiempo sin pensar en la Dra. Lázaro. No desde su internamiento.

Anya la trajo de vuelta con un violento tirón de la camiseta.

—Vamos a buscarla, creo que sé donde puede estar.

Lukas ya estaba poniéndose la cazadora. Ni se había dado cuenta de que se había apartado de ellas. Salieron a la calle y la alemana detuvo a su marido poniéndole una mano en el pecho.

—Tú no puedes conducir. Haz el camino hasta la iglesia a pie. Si la ves, llámame.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó el hombre mientras se subía la cremallera.

—Isabel y yo iremos en el coche hasta el río. Si no la encontramos allí, nos acercaremos a casa de Gabi.

—¿Crees que estará allí? —Lukas frunció el ceño.

—Creo que no quiere vernos en este momento. Es posible que se haya refugiado en su casa, pero no me parece que sea su primera opción. Tendrá demasiado miedo a que no llame en cuanto se de la vuelta —Tomó a Isabel de la mano y la condujo hasta el aparcamiento.

Una vez estuvieron las dos dentro del coche no pudo evitar preguntar.

—¿Estás segura de que no sería mejor llamar primero a tu amiga? Lo más lógico es que se haya ido con ella para evitar coincidir conmigo.

—Mi hija no necesita montar un número de escapismo para pasar unos días en casa de Gabi. Lo que ocurre es que ha sido informada de que sus padres se van a separar.

—¿Qué? ¿De dónde se sacaría nadie algo tan ridículo? —Isabel se reclinó en el asiento y se quedó mirando la oscuridad al otro lado del parabrisas.

—Pues parece que la madre de una amiga nos vio esta mañana. Mejor dicho, vio a mi marido comerte con los ojos y el resto se lo ha imaginado y eso ha sido suficiente. Es quien me ha llamado.

Anya había sido fuerte hasta el momento. Había demostrado un control de la situación muy superior a lo que se podía esperar de ella en unos momentos como aquellos.

Isabel pudo percibir la amargura en la voz de la mujer y sintió la suya propia salir a su encuentro.

—Los chiquillos pueden ser crueles... —algo la impulsó a reconfortarla, pero no se atrevió a tocar a la otra mujer mientras ésta abandonaba el aparcamiento y se adentraba en la calle.

—Los chiquillos repiten lo que oyen de sus padres y la madre de Agate es una de las mayores cotillas que haya conocido —Anya no dejaba de mirar de una acera a la otra en busca de su hija.

—Tú mira por tu lado, yo lo haré por éste.

La otra mujer asintió. Tenía la mandíbula tan apretada que las venas se marcaban en su cuello y los huesos de su rostro se asemejaban a los de una calavera.

No tuvieron suerte. Cuando recibieron la llamada de Lukas con la misma falta de resultados, vio a Anya soltar un suspiro lleno de cansancio. Paró el coche a un lado de la carretera y a continuación marcó.

Le pareció ver cómo le temblaba la mano, pero no podría haberlo asegurado.

—¿Gabi? ¿Está Gretchen contigo? —como de costumbre la voz de la mujer estaba bañada de tal autoridad que Isabel deseó confesar cualquier cosa que quisiera oír. La mujer frunció el ceño—No me mientas. Si está ahí y me entero después, ya puedes ir despidiéndote de nuestra amistad.

Lo que fuera que la amiga contestara no pareció satisfacerla.

—Ni *Kleine* ni nada. Mi hija no está, ¿te enteras? No está y... —algo pareció hacer click en la mente de la alemana —¿Con quién más, aparte de mi hija, has estado hablando, Gabi?

El veneno que apareció en la voz de Anya estaba envuelto en una falsa capa de dulzura y le produjo un escalofrío. Por primera vez desde que había llegado a Alemania sintió miedo de ella.

—Oh, ya creo que vamos a hablar. Puedes estar segura de que en cuanto tenga a mi

pequeña a salvo en casa, hablaremos —colgó y arrojó el móvil al salpicadero con lo que pareció ser una maldición. Golpeó el volante varias veces con tal violencia que debería haberla asustado. Pero aquella era la reacción de una madre. El simple pensamiento la llenó de una calma desconocida. Posó sin darse cuenta de lo que hacía la mano sobre la de la otra mujer para detener los golpes.

—Te vas a lastimar y no te ayudará a encontrarla.

Anya la miró con los ojos tan llenos de cólera que el efecto fue como el de un puñetazo. Isabel encajó el golpe y se mantuvo firme sin apartar su mano.

—No está allí. La muy puta ha estado metiéndole historias en la cabeza a mi hija, además de a toda madre que quisiera escucharla. Mi niña está sola y acorralada ahí fuera y no puedo hacer nada.

—No es culpa tuya —solo que lo era. Suya y de ella misma. No lo dijo.

—Claro que es culpa mía. Mía y de los jueguecitos estúpidos que llevamos años practicando, pensando que no tendrían un precio. Joder.

Arrancó el coche y reanudaron la búsqueda. Supo que la mujer estaba llorando, porque la humedad de sus mejillas brilló al pasar bajo una de las farolas de la calle. Nada más. Ni su voz ni su cuerpo la delataron. Podía sentir su dolor en su propio pecho, como una piedra alojada allí que le impedía respirar.

El malestar por ver a aquella mujer en un estado tan vulnerable la asaltó de nuevo. El rechazo tan visceral como desconocido hizo que le apretara el brazo con fuerza.

—Vamos a encontrarla. Y me voy a ir. Todo volverá a la normalidad —la promesa fue hecha desde un lugar profundo que creyó sepultado hacía mucho tiempo. Se alegró de que siguiera allí, aunque fuera lleno de escombros.

Anya no la contradijo. Tampoco la miró. Frenó el coche en seco. Habían llegado a uno de los puentes de la ciudad. Sentada en un banco, mirando el río, estaba Gretchen.

Oyó el frenazo del coche y supo que su madre la había encontrado. Se extrañó al no sentir el impulso de seguir huyendo. Continuó mirando el agua esperando sentir la atracción de la que todos hablaban. No fue así. No importaba. Solo quería volver a casa. Notó la presencia de su madre a su lado. Se había sentado junto a ella, pero permanecía en silencio.

—Lo siento —dijo cuando no pudo aguantar más.

—No, cielo mío. Yo lo siento —su madre la envolvió en uno de sus abrazos, de esos que te estrujaban hasta los huesos y te dejaban calentita y llena de paz. Sólo que la paz no llegó, no podía sentirla, no con todo lo que había pasado. Con su vida destruida a causa de su padre y de esa mujer.

Se apartó de su madre con brusquedad.

—Gretchen, tenemos que hablar —intentó volver a abrazarla, hacer que se girara para mirarla, pero se resistió. Se negó a mirarla. El resentimiento que creyó que había hecho desaparecer con su huida por media ciudad asomó de nuevo la cabeza.

—No quiero hablar contigo —sacó un pañuelo de la mochila y se lo ató alrededor del cuello.

—Escúchame, he hablado con Gabi y ya sé de dónde salen esos rumores —la voz de su madre parecía algo temblorosa, como si no estuviera muy segura de cuál iba a ser su reacción.

Le gustó la sensación de poder que le produjo; era lo mínimo que le debían.

—Ella no ha hecho nada malo —defendió a la otra mujer de manera automática.

—Gabi ha estado contándole a las madres de tus amigas que tu padre está liado con otra mujer y que nos vamos a divorciar ¿No es eso lo que te dijo hoy Agathe? —bajó la cabeza buscando su mirada. Gretchen se la negó.

—Eso no es verdad. Su madre nos vio esta mañana en la calle. Venía a saludar a papá y los vio a él y a la buscona. Por eso lo sabe —se cruzó de brazos frotándose los brazos. Empezaba a tener frío y nada de lo que pudiera decirle su madre importaba ya.

—Fue a ver a papá porque Gabi la avisó y porque la curiosidad después de todos los cuentos que había oído la estaba matando. La muy...

—Eso es mentira. La tía no haría algo así. ¿Por qué iba a hacerlo?

—La “tía” ha confesado hace apenas unos minutos. Y también la madre de Agathe cuando me ha llamado.

Agarró su mochila y se levantó del banco. Empezó a descender las escaleras de piedra

hacia el río. Escuchaba los gritos de su madre y los ignoró. No podía creerlo. La mujer era de la familia, casi como una segunda madre. Había estado allí desde que podía recordar. Nunca haría algo tan horrible. Y sin embargo.... Sin embargo, no había tanta amistad con la madre de Agathe como para que ésta se acercara para ver cómo estaba su padre. No. Enderezó los hombros y continuó descendiendo.

Una mano en el hombro la detuvo y se dio la vuelta para enfrentarse a su madre. Solo que no era su madre la que la había detenido, era la otra.

Se apartó de su contacto con toda la brusquedad que pudo. No le debía nada a esa mujer.

—Gretchen —los ojos que la observaban estaban llenos de atención y ternura.

—Largo. Fuera de aquí —volvió a intentar apartarse.

—Sé que estás herida, pero vas a escucharme y luego escucharás a tu madre.

—Tú qué vas a saber —casi le escupió esas palabras en la cara.

—Sé lo que es temer lo que dirán los demás, a ser ridiculizada, a ser un bicho raro. Créeme, lo sé.

Creyó cada una de las palabras. Tal vez fue el tono, tal vez fue algo que vio en sus ojos y que no supo definir, pero sí supo que una emoción idéntica palpitaba en su interior. Algo feo contra lo que había estado luchando toda la tarde.

—¿Cómo? —se mantuvo altiva, una postura que había practicado innumerables veces frente al espejo; una copia de la de su madre. La otra mujer sonrió con cierta tristeza y se levantó la manga de la cazadora para enseñarle la muñeca. Una cicatriz de aspecto suave y algo difuminada cruzaba su carne.

—¿Sabes lo que es esto? —le preguntó en un susurro.

Gretchen solo pudo asentir, la marca había atrapado su atención como un imán.

—Hace muchos años conocí a un hombre. Era dulce e inteligente. Nos casamos —la mujer volvió a bajarse la manga y metió las manos en los bolsillos —Y fue maravilloso, nuestro matrimonio quiero decir. Entonces decidimos aumentar nuestra dicha y fuimos en busca de un hijo. Solo que el tiempo pasaba y no hubo bebé. Tras costosos tratamientos resultó que yo no podía tener hijos. Mi matrimonio no logró sobrevivir al estrés y mi marido se convirtió en otro hombre —se sentó en la escalera e hizo una pausa.

No lograba apartar la vista de la mujer y la imitó sin darse cuenta.

—¿Te dejó? —preguntó porque tenía que saberlo.

—No, cielo, pero empiezo a pensar que tal vez hubiera sido mejor que lo hubiera hecho.

—¿Por qué? —frunció el ceño. ¿Cómo podía ser mejor que la persona que amas te dejara?

—Pues porque algo se estropeó en su interior y no podía evitar hacérmelo saber. Lo decepcionado que estaba, lo triste— se giró hacia ella y le acarició la trenza —No lo hacía a

menudo, pero cada día la frustración conmigo misma crecía. Me sentía una fracasada, una rara —retiró la mano de su pelo —Y luego pasó esto —se señaló la muñeca.

—¿Lo hiciste porque él ya no te quería?

—No, cariño, lo hice porque yo ya no me quería a mí misma. Estuve en tratamiento después de aquello. Incluso me interné por decisión propia en un hospital psiquiátrico.

—¿Y te ayudó? —necesitaba saberlo.

—Creía que sí, pero no estaríamos hoy aquí si así hubiera sido.

Gretchen frunció el ceño. No lo entendía.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Pues que por temor a lo que pudieran pensar otras personas, incluida la persona que amaba, hice algo que no había hecho nunca, que jamás habría hecho por mi misma.

Por fin lo comprendió o eso creyó.

—¿Te obligó a ir detrás de mi padre?

La mujer tomó aire y lo dejó salir con calma.

—No con sus acciones, pero sí con sus palabras. Las palabras tienen poder, pequeña, pero me he dado cuenta de que solo tienen el que nosotros mismos les otorgamos. ¿Entiendes?

—Creo que sí. Lo que digan no puede hacerme daño si yo no les dejo.

—Así es, cielo.

—Pero lo que dicen de mi padre es verdad...

—Tu padre es un hombre muy bueno y os quiere mucho. Si estoy aquí es porque los adultos a veces somos idiotas. Eso y porque quería perder de vista a mi marido; las cosas en casa se habían puesto... mal —finalizó encogiéndose de hombros.

Supo que le estaba quitando importancia a lo que fuera que le hubiera pasado en casa. También supo que lo hacía por ella.

—¿Podemos volver ya?

—Claro. Tus padres están fuera de si de preocupación y deseando que vuelvas.

—Lo siento —bajó la mirada.

—No, no te avergüences. Tuviste miedo y reaccionaste. No lo habrías hecho si te hubieras sentido segura en tu hogar. Soy yo quien lo siente.

Gretchen levantó la vista. Vio por primera vez signos que su rabia no le había permitido ver antes. Lo pequeña que parecía la figura de la mujer; lo cansada y triste que estaba.

—¿Mis padres se van a divorciar? —tenía que estar segura.

—No, cariño. Tus padres se quieren con locura y no se van a separar. Yo me marcharé en unos días para solucionar las cosas en casa y no volverás a verme nunca. Todo esto quedará olvidado como un estúpido rumor.

La mujer le sonrió una última vez, se levantó y se alejó subiendo las escaleras hasta el coche. Vio como su madre no le quitaba la vista de encima hasta verla desaparecer dentro del vehículo. Sólo entonces se giró hacia su hija y abrió los brazos.

Gretchen corrió a refugiarse en ellos con un suspiro de alivio.

31

Aún se encontraba turbada cuando llegaron a casa. Habían hecho el trayecto en silencio. Cuando llegaron Gretchen se lanzó a los brazos de su padre hecha un mar de lágrimas.

Lukas la mantuvo abrazada mientras le susurraba al oído y depositabas besos en sus mejillas.

Isabel... Isabel se había sentado en el sofá y buscaba algo en su bolso. Parecía haberse desconectado de la escena, pero Anya no se dejó engañar.

La imagen de Gabi apareció en su cabeza e hizo un gesto de desagrado. Tendría que acabar con esa situación cuanto antes. Esperó sentir pena o, al menos, la decepción asociada a la traición de alguien a quien amas, pero no fue así. Sólo podía sentir una rabia tan profunda que decidió esperar al día siguiente para tratar con su amiga.

Colgó su chaqueta y volvió a centrar su atención en Isabel. La mujer había pasado de ser una amenaza a un enigma en poco más de veinticuatro horas.

Pensó en Lukas y en cómo un par de días fueron suficientes para obsesionarse con aquella mujer. Rio por lo bajo y se acercó a su hija para darle otro abrazo. Aspiró el aroma de su pelo y sus nervios se asentaron del todo.

—Debes estar hambrienta ¿quieres que te prepare algo?

—Estoy cansada. ¿Puedo darme un baño y acostarme?

Su niña tenía círculos oscuros bajo los ojos y apenas parecían quedarle fuerzas para mantenerse en pie.

—Ve, cariño. Iré a darte un beso cuando estés lista para dormir.

Gretchen se detuvo al llegar a la puerta.

—Buenas noches, Isabel —susurró sin darse la vuelta. Tampoco esperó a la respuesta de la mujer, que le devolvió las buenas noches con la sorpresa escrita en la cara. Sencillamente salió y desapareció por el pasillo.

—Calentaré la cena en unos momentos, pero antes Lukas y yo tenemos que hablar, ¿te importa?

Isabel no se levantó del sillón y los miró un instante como si quisiera saber a toda costa el tema de la conversación. Debió temerle que giraría en torno a ella.

—Volvemos en un momento, ponte cómoda —la dejaron sentada con el móvil en la mano y la aprensión plasmada en la mirada.

Anya sintió el impulso de tranquilizarla. No lo hizo. Necesitaba hacerse más fuerte o seguiría

cuestionándose a cada paso.

Entraron en el dormitorio y su marido cerró la puerta con una expresión de preocupación pintada en la cara.

—Debes darle espacio para que se calme y se fortalezca. No puedes protegerla como si fuera una niña —se quitó la ropa y cogió una muda limpia del armario y un camisón... Encima se colocó una bata de seda que le llegaba a las rodillas.

—Gretchen es fuerte....

—No estoy hablando de nuestra hija; deja de hacerte el tonto. ¿Crees que no veo cómo la sigues con la mirada? Veo cómo te contienes para no correr a consolarla a la más mínima.

—Anya, sabes que yo... —se había quitado la camiseta y ahora la estrujaba como si de un trapo inútil se tratara.

—Ya tuvimos esta conversación, mi amor, y creo que debemos volver a tenerla. No te recrimino el impulso de protegerla, es difícil no sentirlo.

Lukas pareció relajarse y tiró la camiseta al suelo. Se acercó a ella con un cuidado que casi la hizo sonreír. Casi.

—¿Difícil? —se paró frente a ella y le acarició los brazos por debajo de las anchas mangas de la bata. Anya lo detuvo.

—Difícil, sí. Y me resulta aún más complicado después de verla esta noche con Gretchen.

—Ya he visto que le ha dado las buenas noches, la verdad es que no me esperaba algo así.

—No, Lukas. No sólo le ha dado las buenas noches, han conectado a un nivel que no habría imaginado posible. Ni siquiera la he visto así con Gabi.

La expresión de su marido pasó de cariñosa a tormentosa en lo que duraba un suspiro.

Lo tomo de las manos y se pegó a él.

—Esa amiga tuya...

—Yo me ocuparé de ella mañana, tranquilo. Ahora hablamos de Isabel y de cómo ha tratado a Gretchen como a una adulta, de una forma que nosotros no podemos porque somos sus padres y Gabi nunca se ha molestado en hacer.

—¿Así de bien estuvo? —el pecho de su marido vibró con una risita contenida.

—¿Te hace gracia? —alzó la vista y sus miradas se encontraron.

—Es una mujer muy cálida; es imposible resistirse a ella una vez le das una oportunidad —la ternura que exudaba su marido estaba originada por otra mujer, pero también iba dirigida a ella.

—Lukas —suspiró de gusto cuando su marido enterró los dedos en su pelo y empezó a masajearla hasta que se dejó caer desmadejada contra él. Mantuvo los ojos cerrados sin querer

perder el calor del pecho de su esposo ni los tranquilizadores latidos de su corazón.

—¿Me culpas por ello? —murmuró —¿Te culpas tú? ¿Por desearla?

Se tensó un instante para relajarse a continuación. Se conocían bien.

—¿Y qué hacemos con lo de no presionarla? —besó el pecho masculino— no está hecha para ser compartida, Lukas, no sobreviviría a esos juegos. Eso si lograras que aceptara. Además, también estoy harta de ellos...

—¿Tú? ¿Harta? —su marido le levantó el mentón para que lo mirara a la cara —¿de verdad sería tan malo?

—Mira lo que casi nos cuesta. ¿Es que quieres continuar así? ¿Para qué? —se apartó de él y entró en el cuarto de baño. Lukas la siguió.

—No he dicho que quiera continuar, de hecho, ya estaba cansado de toda esa mierda en verano. Y tienes razón, el precio es demasiado alto, pero dime que no encuentras la idea irresistible.

—Sería la mar de práctico para ti ¿verdad? —miró el reflejo de su marido en el espejo mientras se lavaba los dientes. Lukas esperó a que se enjuagara la boca y terminara de lavarse la cara. Parecía pensativo, pero no apartó la vista cuando sus miradas se encontraron.

—Sea lo que sea lo que pase con Isabel, yo no juego más. ¿Qué quieres hacer tú?

Anya permaneció quieta, aferrándose al borde del lavabo como si se tratara de su tabla de salvamento.

—No sé qué hacer, maldita sea —susurró por fin. Lukas la abrazó de nuevo, esta vez hasta casi fundirla con su piel.

—Tranquila, lo superaremos. Ya se nos ocurrirá algo.

—Se va a ir, Lukas. Se lo dijo a Gretchen y también a mí. Y la creo. Creo que tiene las fuerzas suficientes para regresar, pero una vez allí...

Anya se apartó de él y regresó al dormitorio.

—Habla con ella. Sea lo que sea lo que necesites, habla con ella— la siguió hasta allí —y luego deja que se marche.

—¿Qué? ¿Tanto jaleo y ahora me sales con esto? —se revolvió con los puños apretados y se quitó la bata arrojándola al suelo.

—No, es sólo que tienes razón, siempre la has tenido. Hagamos lo que hagamos, nos arrepentiremos después. Habla con ella y la dejaré ir. Te lo prometo; volveremos a ser solo tú y yo —Lukas se sentó en la cama sin levantar la mirada del suelo.

Se acercó a su marido y le dio un beso en la frente, luego se dirigió a la puerta.

—No puedo.

—¿No puedes qué, Anya?

No contestó la pregunta de su esposo. Salió de la habitación con una esperanza latiéndole

tan fuerte en el pecho que le produjo dolor.

Isabel guardó el móvil en su bolso. Se puso el pijama, dobló la ropa sobre su maleta y volvió a sentarse en el sillón. Había esperado a que sus anfitriones volvieran, pero excepto por el leve murmullo que llegaba desde su dormitorio, nada se había movido en la casa. No creía que la pareja fuera a salir de su habitación a esas horas. Ni siquiera se había molestado en encerrarse en el cuarto de baño para cambiarse. Se soltó el pelo y se tumbó. Mañana se iría de allí y todo habría acabado.

Cambió de postura varias veces, ahuecó la almohada y se destapó para volver a taparse a continuación. No surtió efecto, seguía sin poder conciliar el sueño.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando oyó abrirse una puerta. No se dio la vuelta para averiguar quién era, estaba agotada y el solo pensamiento de moverse ahora le parecía inaceptable.

Sintió cómo alguien se sentaba en el sofá a la altura de sus piernas. Aún así no se movió. Le producía cierta curiosidad no saber quién de los dos había acudido a su lado. Le preocupó aún más que le diera igual. Frunció el ceño. No tuvo que esperar mucho.

—¿Isabel? ¿Duermes? —susurró Anya.

No contestó. Esperó a que la mujer se cansara, la diera por dormida y regresara a su cuarto.

—Sé que no estás dormida. La mesa de la cocina está más relajada que tú —hizo una pausa como si esperara una respuesta. Suspiró —No hace falta que te des la vuelta, sólo quería decirte... lo mucho que agradezco lo que has hecho hoy por mi hija, por nosotros.

Isabel cerró los ojos con fuerza. ¿Qué podía contestarle? ¿De nada? Prefirió seguir fingiendo y que aquello terminara de una vez.

Oyó a la alemana farfullar y un momento después sintió su mano en la cadera.

—Isabel, date la vuelta, por favor. ¿Ni siquiera vas a concederme un minuto para que hablemos?

Tenía razón. Se estaba comportando como una cría. La había tratado muy bien, mucho mejor de lo que cualquier otra mujer en sus circunstancias lo hubiera hecho. Se lo debía.

Tragó saliva y se dio la vuelta. Miró a Anya. La luz de la farola entraba por la ventana atravesando una franja que las pesadas cortinas no habían logrado cubrir.

La mujer quedaba iluminada como un espectro. Su cabello rubio estaba revuelto como si la mano de un amante hubiera jugado con él. Su rostro era un mapa de sombras y sus hombros brillaban blancos y casi desnudos. Le parecía la mujer más fuerte que hubiera conocido jamás.

Una madre dedicada a su hija, una esposa dispuesta a sacrificarlo todo por la felicidad de su marido.

Antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo se había incorporado y posado su boca sobre la de la mujer. Se apartó de golpe tan sorprendida por lo que había hecho que se llevó los dedos a los labios.

—Lo siento. Lo siento mucho. No sé lo que me ha pasado.

—Isabel —la mujer la tomó por la muñeca y la detuvo cuando intentó limpiarse la boca con la mano.

—Por favor, no te enfades, estaba quedándome dormida, debo haber soñado...

—Calla y escúchame con mucha atención. Si lo que voy a hacer te incomoda quiero que me lo digas. ¿Has entendido?

Isabel no supo qué contestar, ni siquiera se le pasó por la cabeza qué podía estar planeando hacer la otra mujer.

Abrió la boca para decir algo, lo que fuera, pero no logró emitir sonido alguno. Se humedeció los labios para intentarlo de nuevo, pero esta vez cualquier estupidez que hubiera podido inventar para justificar lo que había hecho quedó atrapada por la boca de Anya.

No pudo calificarlo de beso. Al igual que había hecho ella antes tan solo se trató de un suave roce, casi una tímida pregunta.

Se separó de ella apenas unos centímetros y pudo sentir su cálido aliento en el rostro. El tenue aroma floral de su piel le produjo una sensación de vértigo que la obligó a sujetarse al borde del sofá.

—¿Estás bien? —el susurro era ronco y removió algo en sus entrañas que llevaba muerto desde el verano, que había mantenido encerrado por temor a lo que ella y Lukas pudieran hacerle a esa mujer.

—Sí —fue lo único que logró decir. Necesitaba explicarse, pero la confusión debía estar escrita en su cara. A pesar de las sombras vio a la mujer sonreír.

—¿Me equivoco si pienso que es la primera vez que haces algo así? —le acarició el rostro, apenas el roce de los dedos. La ternura del gesto, de su voz le erizó la piel y quiso restregarse contra ella para calmar el hormigueo. No se escandalizó.

—No me había pasado antes. Creo que eres tú... —no pudo terminar la frase. Esta vez la mujer reclamó su boca con una fiereza que la hizo cerrar los ojos y suspirar aliviada.

—Bien —fue lo único que pronunció entre besos pequeños y húmedos, cada uno de ellos avivando el fuego de sus venas.

Cuando empezó a moverse e intentar seguir la boca que la abandonaba una vez más, Anya habló por fin.

—Te deseo, Isabel, pero no podemos hacerle esto a Lukas. ¿Lo entiendes?

Asintió llena de angustia, de una necesidad tan grande que creyó que la haría pedazos en cualquier momento.

—¿Quieres venir al dormitorio? —la tomó por la barbilla y la obligó a mirarla.

—¿Qué? —abrió los ojos y separó los labios con dificultad.

—¿Quieres venir al dormitorio con nosotros, Isabel? Nada te obliga, recuérdalo. Si no quieres, me ocuparé de ti aquí mismo y nos iremos a dormir cada una a nuestra cama —se apartó de ella como si quisiera dejarle aire para respirar y tomar la decisión de la manera más razonada posible.

Pensó en esa mujer, tocándola y marchándose y le dolió todo el cuerpo. Después imaginó a Lukas, solo en la habitación, sin que pudiera imaginarse semejante traición y quedó desconsolada.

Deseaba ambas cosas. Deseaba a Anya; anhelaba a Lukas. Cerró los ojos. Tenía derecho. Se lo había ganado.

—Sí —se acercó más a ella.

—Sí ¿qué? —la mujer apartó su boca de la de ella antes de que lograra hacer contacto.

—Vamos al dormitorio —respondió sujetando el rostro de la otra mujer para besarla como quería. Anya se lo permitió por un segundo, demasiado breve para poder calmar la sed que la torturaba.

La mujer la levantó entonces de un tirón y la abrazó con fuerza. El contacto de sus pechos apenas cubiertos por el camisón la enardecieron y no pudo evitar dejar escapar un gemido.

Cuando la otra mujer se separó de ella y la tomó de la mano, la siguió por el pasillo con la cabeza despejada y la sangre cantando en sus venas. La acompañó hasta donde se hallaba el hombre que creía amar. Sonrió.

Lukas estaba sentado en la cama cuando entraron. Tenía las gafas puestas y leía algo en la tableta. Isabel sonrió con ternura cuando lo vio levantar la vista y mirarla incrédulo.

Las gafas le conferían un aire distinguido. El pecho salpicado de plata lo hacía aún más deseable. La imagen del cuerpo sin vello de Enrique apareció en su mente como un relámpago y la apartó con una mueca de desagrado. Ese hombre no tenía cabida allí, y menos esa noche.

Esto era para ella, para su placer y no dejaría que nada lo manchara. Ya se ocuparía del resto mañana.

Llegó hasta el borde de la cama y se quitó el pijama con cierta torpeza. No percibió que aquello enfriara el deseo que había aparecido en los ojos masculinos. La respiración de Lukas se había acelerado y la tableta yacía olvidada sobre su regazo.

Se mantuvo quieta, a la espera y la inseguridad que pudiera haber sentido a causa de su desnudez se evaporó con la mirada que acariciaba su cuerpo.

El calor de Anya se hizo más pronunciado detrás de ella. Dedos suaves se deslizaron por su espalda.

Se inclinó sobre Lukas para quitarle las gafas y depositarlas sobre la mesilla de noche con la piel erizada y el pulso latiéndole enloquecido en las venas. Cuando fue a coger la tableta pudo notar la dureza masculina bajo el edredón. Lukas se removió como si lo hubiera quemado.

Los dedos de Anya se enredaron con los suyos para quitarle el aparato de las manos, porque Isabel era incapaz de moverse. Su mirada había quedado atrapada en ese punto bajo la ropa de cama, que parecía querer su atención por encima de cualquier otra cosa.

La mujer de Lukas se subió a la cama y la esperó de rodillas sin apartar la mirada de Isabel.

Por primera vez pudo apreciar el camisón con todo detalle. Era de seda de color gris y parecía muy suave. El encaje que cubría los pechos de la mujer era casi translúcido y podía ver los pezones rosados y erectos como si no llevara nada encima.

Isabel juntó las piernas y tragó saliva. Se quedó mirando la mano extendida de la mujer, una muda invitación a que se uniera a ellos. Era su decisión y estaba tomada.

Retiró el edredón y lo arrojó al suelo. Apenas fue consciente de sus movimientos cuando se subió a la cama y se acercó a Anya.

Sus ojos abandonaron el cuerpo femenino para deslizarse sobre el de Lukas. Su aroma masculino la asaltó de golpe e intensificó el deseo que recorría su sangre con un ritmo primitivo

lleno de exigencia.

Acarició el rostro de Lucas y los rasgos del hombre se contrajeron en una mueca llena de dolor. Sus párpados parecían no poder mantenerse más tiempo abiertos. Un fuerte rubor que Isabel ya había visto en otra ocasión le cubrió el rostro y ella sonrió.

Se sentó sobre él a horcajadas como en aquella otra ocasión y deslizó sus manos por el pecho masculino, memorizando cada detalle para cuando ya no pudiera disfrutarlo.

Volvió a su rostro bajo la atenta mirada de Anya. Acarició sus labios, sus pómulos y enterró los dedos en su pelo.

El hombre rompió el silencio con un gemido que la atravesó, dejándola temblorosa. Movié las caderas contra la parte de Lukas que prometía alivio inmediato, pero no fue suficiente.

Los dedos delicados que le recorrieron los brazos solo empeoraron el dolor que palpitaba en sus entrañas.

La respiración de Anya, ahora a su espalda, le quemó el cuello y se lo ofreció sin saber qué esperar.

La mujer debió adivinar su necesidad pues posó sus labios sobre la vena de su cuello. El beso húmedo y delicado la hizo removerse de nuevo sobre Lukas.

Las manos masculinas se deslizaron sobre sus caderas. Los dedos largos y fuertes apretaron su carne con tal desesperación que no pudo evitar emitir un jadeo.

El sonido provocó que Lukas tomara el mando y empezara a moverla sobre él para intentar proporcionarle alivio. El deseo masculino le produjo una sensación de poder tan salvaje que siguió los movimientos con su propio cuerpo, buscando apagar el fuego de su vientre.

Dedos suaves y delicados rodearon sus pechos y los acariciaron con tal mimo que Isabel deseó que aquella noche no acabara nunca.

Gimió y echó la cabeza atrás buscando la boca de Anya mientras sujetaba la cabeza del hombre contra sus senos. Los labios de la mujer se negaron a rozar los suyos, pero mordió y lamió su cuello haciendo que cerrase los ojos y se apretase contra Lukas con mayor desesperación. Jadeó frustrada.

Anya la rodeó con los brazos y la apartó de su marido. Isabel miró a su alrededor desorientada y dolorida. Frunció el ceño y se mordió el labio. Quiso aliviar la presión entre sus piernas, pero la mano de la otra mujer la detuvo.

La miró con los ojos llenos de confusión.

—Tranquila, deja que yo me ocupe de todo —le susurró la alemana al oído e Isabel sólo pudo asentir, perdida en un mar de necesidad.

Los dedos de la mujer se enterraron en su pelo y le dieron un suave tirón.

—Míralo, dulce Isabel. Mira cómo te desea.

Isabel buscó con la mirada a Lukas. Se perdió en el hambre que encontró en los ojos del

hombre. El cuerpo masculino estaba tenso, sus manos crispadas por el anhelo de volver a tocarla.

—¿Lo deseas tanto como él a ti?

—Sí —le costó responder, tenía los labios secos.

—¿Y a mí, mi pequeña española?

—Sí —casi lloró cuando sintió los dedos femeninos rozarla por fin.

—Bien, entonces confía en mí. ¿Lo harás? —la besó en la sien. Los dedos se enterraron en su carne. Isabel gimió y se abrió como una flor al sol tras un largo invierno.

—Sí, sí —estaba fuera de si. Miró a Lukas y frunció el ceño al ver que aún llevaba los pantalones del pijama puestos.

—Quítate eso —le ordenó. Los labios pegados a su sien sonrieron.

El hombre obedeció y se puso de rodillas frente a ella. Todo su cuerpo se mecía en la dirección de Isabel y no parecía darse cuenta de ello.

Envuelta por ambos cuerpos y a salvo, pensó en no marcharse, pero lo había prometido y ese no era su sitio. Aquello era una despedida, nada más.

Sintió arder los ojos bajo los párpados y los apretó con fuerza.

Después tomó a ciegas el rostro de Lukas entre las manos y lo besó con todo el amor y dolor que sentía.

Los labios masculinos la abandonaron y la presencia de Anya desapareció. Abrió los ojos sobresaltada, pero la mujer simplemente se había colocado junto a su marido, que la miraba arrobado. Cuando lo tomó de la nuca y lo besó, Lukas devoró la boca de su esposa como si estuviera sediento.

Isabel esperó sentirse excluida, aquello era para ella, a fin de cuentas. No fue así.

Asintió sin saber a qué pregunta podía estar contestando y Anya separó la boca de la de su marido para extenderle la mano.

Isabel se lanzó a sus brazos. Los labios femeninos conservaban el sabor masculino e Isabel se lo bebió hasta la última gota.

La mujer le acarició de nuevo los pechos, esta vez apretando con un poco más de fuerza. El ligero dolor le provocó un gemido y le pareció escuchar una ligera risa llena de ternura.

—¿Estás lista para él? —la obligó a mirarla —Isabel ¿estás lista?

Sólo pudo asentir.

Lukas la tomó por las caderas y la acercó hasta él. Lo sintió a su espalda bajo la atenta mirada de la otra mujer.

—¿Hay algo que desees? —se apartó para abrir un cajón, pero Isabel la atrajo de vuelta.

—Ahora.

Lukas la sentó sobre él. El dolor se aplacó y suspiró de alivio. Dejó caer la cabeza y cabalgó en busca de su propio placer. Por un instante se sintió egoísta pero la respiración

masculina entrecortada le hicieron cuestionárselo.

Sintió los dedos de Anya en sus muslos, acariciando su piel como si se tratara de la textura más preciada que hubiera sostenido nunca en sus manos.

—Mírate, dulce Isabel. Te enciendes como un árbol de Navidad. Así es como debe ser.

—Anya —graznó y sus brazos volaron hasta la mujer para atraerla hacia ella.

Mientras que él la apretaba contra sí, su esposa tomó los pechos de Isabel y devoró primero uno y después el otro, mordiendo con la fuerza suficiente para hacerla sentir el ardor, pero sin llegar a hacerle daño.

Abrazó a la mujer hasta que la obligó a separar su boca de ella con una protesta. La apretó contra su cuerpo hasta que la piel de ambas se fundió en una sola.

Isabel deslizó sus manos por la espalda de Anya, buscando un contacto aún mayor y se estremeció cuando encontró las nalgas suaves y redondeadas. Hundió sus dedos en la carne, que se rindió a ella sin condiciones y le provocó un mareo.

A su espalda Lukas se había incorporado y apenas parecía capaz de emitir ya sonido alguno que no fuera un jadeo ahogado. El sudor de su rostro empapó la mejilla y el cuello de Isabel y no le importó. Frotó su piel contra la del hombre en un ridículo intento de aprehender el olor masculino en su propia carne.

Anya se removió contra ella buscando su boca. Isabel se la dio en el mismo instante en el que encontraba el calor húmedo de la mujer.

Lukas se tensó contra ella con un ahogado lamento haciendo que Isabel se estremeciera contra él, atrapada y sin deseo alguno de escapar de entre sus brazos. Anya pareció perder el control, clavándole las uñas en las caderas. Lucas tomó su barbilla y separó su boca de la de Anya para tomarla él. El beso era el fruto de la pasión satisfecha, lento y profundo e Isabel se removió inquieta cuando lo sintió abandonar su cuerpo.

El alivio llegó por fin cuando los dedos masculinos encontraron su propia carne, trémula y hambrienta y pudo sentir la respuesta de su cuerpo reflejado en el de la otra mujer.

Con un suspiro quedó desmadejada entre ambos y vio a la mujer besar la boca de su marido para a continuación besarla a ella en la mejilla.

Lukas la mantuvo abrazada como si la sola idea de alejarse de ella le repeliera.

Anya se apartó lo justo para mirarla con una sonrisa y besarla una última vez en la punta de la nariz.

—Sí que eres dulce, Isabel. Mucho.

Lukas se dejó caer contra el colchón con un suspiro. La atrajo contra su pecho, el calor de su cuerpo calentando la piel de su espalda.

—¿Estás bien? —murmuró, pero parecía estar ya muy lejos, la voz adormilada y llena de una suavidad que recordaba de su tiempo juntos durante el verano.

Isabel sonrió y asintió mientras Anya se levantaba de la cama y entraba en el baño. Cuando regresó tenía una toalla en la mano y la limpió con un cuidado que llenaron el corazón de Isabel de un doloroso anhelo.

—Shh, pequeña, todo va a salir bien —tiró la toalla al suelo con descuido y se metió en la cama.

Isabel supo que el momento había terminado e intentó incorporarse para salir de allí, pero el hombre la abrazó más fuerte contra él. La alemana la miró con extrañeza.

—¿Adónde vas? ¿Estás incómoda?

Abrió la boca y la volvió a cerrar.

—No —contestó por fin.

—Pues entonces aquí es donde debes estar. Duerme —la mujer apagó la luz y la abrazó.

Podía sentir el aliento masculino en su cuello y el suave roce de los cabellos de Anya contra su pecho. Sobre la cadera de Isabel, los dedos del matrimonio se entrelazaron.

Cerró los ojos y se relajó, llena de algo tan carente de forma que no supo comprender. Después ya no sintió nada.

34

No fue el sol que entraba por la ventana lo que despertó a Lukas, sino la mano en su hombro agitándolo hasta hacerle castañear los dientes. Abrió los ojos con dificultad y parpadeó varias veces para despejarse. Anya seguía durmiendo profundamente.

Miró a su alrededor desorientado, la sensación de que algo no estaba bien martilleándole en la nuca.

—Papá —el grito de Gretchen lo alertó de golpe. Se sentó y miró a su hija frotándose la cara.

—Por favor, deja de gritar, ya estoy despierto.

—Por Dios, ¿a qué viene tanto escándalo? ¿Y desde cuando entras sin llamar?

—No está.

—¿Quién no está? —Lukas volvió a sentir la presión en la nuca intentando reclamar su atención. Frunció el ceño frustrado.

—Isabel, papá. Se ha ido.

Se despejó de golpe y se giró hacia su mujer. El lugar entre ambos estaba vacío. Se preguntó cómo habría podido escabullirse Isabel sin despertarlos.

Su mujer tiró la almohada a los pies de la cama y se sentó también. Se tapó lo justo con el edredón y a continuación puso toda su atención en su hija.

—Cariño, ¿sabes lo pronto que es? Puede que esté en el baño o que haya bajado a tomar café.

—No, ya he mirado en el baño. Su cazadora no está, ni tampoco su maleta —la chiquilla estaba aún en pijama y vio cómo enterraba los dedos de los pies en la alfombra.

—Cielo ¿por qué no vuelves a tu habitación y te vistes? Tu madre y yo iremos en un momento.

—Pero no se puede ir así sin más —la barbilla de Gretchen empezó a temblar.

—Vístete ahora mismo, peque, o vas a coger frío. Danos un minuto para vestirnos y ahora vamos, ¿quieres? —su mujer le lanzó a su hija una de sus famosas miradas de madre. La niña se calmó de inmediato y se dio la vuelta para salir de la habitación.

—Se despidió de mí. Me desperté porque creí que estaba soñando, pero sé que estuvo en mi cuarto y me dio un beso en la frente —murmuró la niña antes de dirigirse a la salida del dormitorio.

—Cielo —A Lukas le costaba respirar.

—Ni siquiera he podido despedirme de ella —su hija salió por fin dando un portazo y los dejó solos.

—¿Se ha ido así sin más? —miró a su alrededor como si hubiera alguna pista sobre el paradero de Isabel en el suelo que le permitiera entender lo que había sucedido.

—¿Qué esperabas? —Anya se levantó de la cama y se metió en la ducha.

—¿Qué no hubiera como un bandido en mitad de la noche? —siguió a su mujer hasta el baño. El enfado del que no había sido consciente hasta ese momento se abrió paso en su interior hasta salir a la superficie.

—No seas dramático. Dijo que se iba y eso ha hecho. Solo ha demostrado que es de fiar —su esposa comenzó a ducharse como si no tuviera preocupación alguna.

—¿Y ya está? ¿Lo de ayer no significó nada para ti? —se metió en la ducha con ella y la obligó a darse la vuelta. El agua ahogaba todo sonido excepto el de su respiración agitada.

Su mujer lo miró por fin. Había algo pesado en sus ojos, una carga que le echó años encima de golpe.

—¿Cuándo vas a darte cuenta de que esto no trata de ti o de mí?

—Claro que no —cerró el grifo y se apartó el pelo húmedo de la cara.

—Pues entonces entiende esto: Isabel necesita tomar las riendas de su vida, necesita dar los siguientes pasos sola y, si así lo desea, volverá —Anya volvió a abrir el grifo —y ahora date la vuelta para que te pueda lavar la cabeza. La niña está esperando.

Lukas obedeció en silencio.

Se secaron y vistieron en lo que dura un suspiro y cuando entraron en el salón encontraron a su hija sentada en el sillón en el que había dormido Isabel. Tenía un portátil abierto sobre las rodillas y parecía estar buscando algo.

—Buenos días, corazón —Anya le dio un beso en la coronilla. Su hija no se inmutó. —Voy a preparar el desayuno.

—¿Qué haces, cariño? —Lukas se sentó a su lado.

—Estoy buscando vuelos a España. ¿De dónde es Isabel?

—De Madrid, pero no podemos perseguir a la pobre Isabel— no es que le faltaran ganas.

—Pero no sabes cómo es su marido

—¿Y tú sí? —le perturbaba que Isabel hubiera compartido algo así con su hija.

—Sí y no debe ir a verlo sola. Nos necesita.

—¿Nos? —no podría haberse sentido más orgulloso de su hija. Le acarició la mejilla.

—Papa, deja de sonreír como un bobo y déjame trabajar —la chiquilla volvió a su tarea y el hombre se limitó a observarla, pensando en que estaría dispuesto a lo que fuera con tal de mantenerla a salvo. Su pequeña princesa.

Su hija lanzó una exclamación de victoria y giró la pantalla para mostrarle el resultado de

su búsqueda. Tres billetes para Madrid. Y a muy buen precio, además. Le revolvió el pelo con afecto a su niña.

Anya los llamó desde la cocina. Su hija lo miró impotente, pero Lukas se limitó a tomarla del codo y conducirla hasta su madre. Obedeció enfurruñada.

Su mujer ya estaba sirviendo el café y el té cuando ambos tomaron asiento.

—Nuestra hija parece decidida a salvar a Isabel de su marido. ¿Tú sabes algo de eso?

—Digamos que Isabel y ella comparten el temor al qué dirán.

—Yo ya no —contestó su hija mientras masticaba los cereales.

—Quieres hacer el favor de no hablar con la boca llena —su mujer tomó un sorbo de café mirándolo por encima del borde. Lukas por fin empezó a desayunar.

—Hay que comprar los billetes antes de que se acaben y además hay que hacer las maletas —su hija cogió su tazón y lo llevó a la pila, donde lo enjuagó.

Miró a su esposa enarcando una ceja. Ella le respondió con una mirada de sorpresa.

—Cielo, sé que tienes ganas de ver a Isabel, pero antes tengo algo que hacer. ¿A qué hora es el vuelo? —Anya tomó un mordisco de su tostada y esperó con una tranquilidad que lo enervó.

—A las doce del mediodía —contestó su hija con los ojos muy abiertos, como si hasta ese momento hubiera dudado de que fuera a convencerlos.

—Imposible. Hay que preparar las cosas para pasar varios días allí y tengo que avisar a tu colegio. Además, tengo que hablar con Gabi. No sé cuánto me llevará.

—Pero... —su pequeña pareció dividida entre el deseo de marcharse y que su madre hablara con su amiga.

—¿No hay más vuelos hoy? —preguntó Anya.

—No hasta la tarde. A las siete.

—Pues hecho. Lukas, ocúpate de los billetes. Yo mandaré un correo electrónico al colegio avisando de que faltarás los próximos días. Ahora voy a ver a Gabi y recoger a Dido. Habrá que llevarla con tu hermano unos días. Avísalo, por favor. —terminó su café, se levantó majestuosa y depositó su taza en el fregadero —¿Y de paso, puedes ocuparte también de esto, mi amor?

No esperó su respuesta. Le dio un beso en la mejilla y un tirón de trenza a su hija y se dirigió a la puerta.

El hombre la siguió con la mirada.

—A sus órdenes, mi general —bromeó sonriente.

Antes de que su esposa pudiera salir de la cocina, Gretchen le lanzó unas últimas palabras llenas de fiereza.

—Acaba con ella, mamá.

A Lukas le resultó irónico que el mensaje de su pequeña, tan lleno de bravura, implicara también el fin de una relación.

Le lanzó un beso a su mujer y se terminó el té.

El perfume de Isabel lo tomó por sorpresa cuando entró en casa. Enrique se quedó parado en mitad del salón olfateando el aire. La alegría hizo que una sonrisa se abriera paso en su rostro. Un momento después ya estaba encaminando sus pasos hacia el dormitorio, siguiendo la estela del aroma de su mujer.

La encontró allí, tan hermosa como siempre y a la vez tan distinta. Frunció el ceño en silencio y se limitó a observar a su esposa con una atención cada vez mayor. Su piel y pelo relucían sanos y su perfil parecía más relajado de lo que lo había visto en años.

Su espalda aparecía recta y sus movimientos eran seguros, con la precisión de quien sabe lo que desea y cómo conseguirlo. No recordaba a esa Isabel, la había perdido hacía mucho tiempo.

Algo extraño se removió en su pecho, una mezcla de alegría por tenerla de vuelta y un miedo a no saber preverla como hasta entonces.

Ganó el miedo en el instante en el que se dio cuenta de que estaba haciendo las maletas. Dos de ellas permanecían abiertas sobre la cama de matrimonio e Isabel iba y venía del armario a la cama, cogiendo solo unas pocas prendas seleccionadas.

Dejaba colgando en las perchas la ropa que él le había comprado. Vestidos y zapatos seductores y elegantes, que rara vez se ponía, quedaron olvidados.

Enrique pensó en lo que le esperaba, en Aida intentando recuperarlo. Las promesas de que no lo denunciaría, la amenaza implícita de que eso podía cambiar si no se avenía a razones.

Pensó en enfrentarse a aquello él solo, en volver a esa misma casa que lo había acogido esos últimos días, fría y vacía y tragó saliva con fuerza para dominar las náuseas.

Carraspeó, no supo si para hacerse notar o porque no pudo evitarlo. Isabel dio un respingo y levantó la vista.

—Enrique —lo miró con una prenda aferrada contra su pecho como si buscara protegerse de él. Él, que nunca le había levantado la mano y había permanecido a su lado cuando descubrieron que no podía darle hijos. ¿A qué venía tenerle miedo ahora?

—¿Qué haces, Isabel? —quiso darle una oportunidad para explicarse, para demostrarle que aquello no era lo que parecía, que no lo estaba abandonando sin aviso alguno.

Isabel lo miró durante un momento mientras su cuerpo se relajaba poco a poco.

—Estoy recogiendo mis cosas, Enrique. Me voy —permaneció en el sitio. A pesar de su postura menos tensa seguía apretando la camiseta contra su pecho. Sus nudillos estaban blancos.

—¿Te vas a pasar unos días más a saber dónde o te vas en el sentido de que me abandonas? —volvió a ofrecerle una oportunidad de salvar aquel desastre. De nuevo Isabel no reaccionó como esperaba.

—No voy a volver. Nuestro matrimonio se ha terminado. Lo siento —añadió la disculpa como si se tratara de una obligación, una cortesía que lo enervó.

—¿Y eso por qué? ¿Qué te he hecho para que quieras dejarme? —notó que su voz subía de volumen sin pretenderlo y que sus puños se apretaban a sus costados.

—¿Que qué me has hecho? —la incredulidad que bañaba la voz de su mujer debería haberle parecido graciosa. No se rio.

Isabel cerró los ojos y tomó aire. Después dejó caer la prenda en la maleta y dio un paso hacia él. Enrique enarcó las cejas desafiándola.

—Has tenido una aventura con una alumna, que yo sepa —apuntó levantando un dedo —la has dejado embarazada, te has negado a hacerte cargo de tu responsabilidad y la has empujado a intentar quitarse la vida —cada acusación iba acompañada de un nuevo dedo —Ha perdido a vuestro bebé y no parece que te haya quitado el sueño.

Enrique tomó la mano de su mujer en la suya, la sensación familiar calmándolo al momento.

—Aida es una joven inestable que me sedujo. No tengo la culpa de que no sepa aceptar un no.

Isabel lo miró llena de incredulidad.

—¿Tampoco tienes la culpa de no saber darlo? —apartó la mano de él con brusquedad.

—Vamos, mi amor, sabes que te quiero. No pienso dejarte por ella, ni por ella ni por ninguna otra mujer.

—Te aprovechaste de una joven impresionable y la dejaste tirada.

—Es una golfa que se me echaba encima cada vez que tenía ocasión —su propio grito lo sobresaltó.

Isabel no pareció sorprenderse. Lo miró con una tristeza tan grande en el rostro que le produjeron ganas de llorar.

—Es una niña. Puede que legalmente sea mayor de edad, pero no deja de ser una niña. Y además inestable. Ninguna mujer que se precie corre a suplicarle a tu mujer. Debiste ver los signos, Enrique y aún así te dio igual.

—No es verdad. Me persiguió hasta que no pude resistirme. Tú me negabas tu cuerpo y cuando me permitías tocarte, fingías, no creas que no me di cuenta. Y ahora me vienes con estas

—metió las manos en una de las maletas y sacó un montón de ropa a manotazos, tirándola al suelo.

—¿Así que la culpa es mía? —su mujer cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir había acero en su mirada —Es culpa mía que te acuestes con otra, que no pueda darte un hijo, la culpa siempre es mía —el nacimiento de una sonrisa llena de desprecio apareció en el dulce rostro de su mujer.

—A la mierda un hijo —dio un golpe contra la pared. No sintió el dolor.

Isabel lo miró horrorizada.

—¿No deseas hijos? —susurró tan bajito que los latidos de su corazón apenas le permitieron oírla.

—No, Isabel. No los quiero ahora, no los he querido en mucho tiempo.

—Pero parecías tan decepcionado conmigo, tan triste.

—Y así fue al principio —se sentó en la cama —¿Luego? Luego ya daba igual.

—¿Entonces por qué cambiaste tanto conmigo? —no necesitó ver a su esposa para saber que estaba llorando.

Una parte de él le imploró que le pidiera perdón, que le confesara que era una persona despreciable y llena de miedo. Que se odiaba a si mismo por no poder hacerla feliz. Pero esa parte era muy pequeña, se había ido empequeñeciendo con el paso de los años y el resto de él rugió hasta que dejó de escuchar esa voz débil y llorosa.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Alguna vez te he dicho lo pesada que te pones con tus constantes preguntas? —se levantó de la cama, una calma helada se había apoderado de él. Le dio la bienvenida.

La sonrisa de Enrique le produjo una mezcla de rechazo y miedo. Lo primero, porque la mueca parecía estar congelada en el rostro de un desconocido. Lo segundo, porque ese desconocido parecía volverse más peligroso con cada segundo que pasaba.

Cerró las maletas sin apartar la vista de su esposo, dando por perdidas las pocas prendas que quedaban esparcidas por el suelo.

—Dime, Isabel. ¿Es por el alemán? ¿Te lo has vuelto a tirar y me dejas por él? —Enrique se rio por lo bajo y comenzó a rodear la cama. Isabel se forzó a no retroceder. El corazón parecía querer abandonar su pecho y buscar refugio en algún lugar seguro.

—Lukas no tiene nada que ver con esto. Somos nosotros, Enrique. No somos buenos el uno para el otro, es mejor dejarlo aquí. Busquemos nuestros caminos por separado —no se atrevió a apartar la mirada de su marido.

—“Lukas no tiene nada que ver” —se burló imitándola. ¿Y su mujer no tiene nada que decir? ¿No le importa que te lleves a su marido, hipócrita? —le escupió las palabras a la cara y las percibió como una bofetada. Quiso apartar la mirada y pedirle perdón. Decirle que tenía razón. Sólo que no la tenía. En absoluto.

—Ellos no tienen cabida en esta conversación, Enrique —se obligó a mantenerle la mirada y le costó no dar un paso atrás cuando se enfrentó al odio que apareció en ella.

—Claro que tienen que ver. Es por ellos que te has ido corriendo a follarte a ese alemán. ¿Tan bueno es? —sacudió la cabeza con incredulidad —debe serlo si ha conseguido derretir el hielo que tienes entre las piernas.

Enrique se acercó un paso más. Isabel se obligó a quedarse muy quieta. Le temblaban las manos.

—No voy a hablar de eso, Enrique

—¿No vas a hablar de si te lo hace bien o no? ¿O no vas a hablar sobre el congelador que tienes ahí abajo? —dirigió la mirada hasta sus caderas. Pareció encontrarla indigna de otro vistazo, imperfecta, como lo había hecho durante años.

La parte de sí misma que tanto terror le daba, esa oscura gemela a la que había tenido amordazada y atada en una esquina de su mente levantó la cabeza y la miró. Pareció observarla, juzgarla. ¿Tú también *me consideras insuficiente*? Quiso preguntarle. *Sólo si tú me lo permites* pareció contestar aquella mujer.

—A Anya no le importa en absoluto, de hecho, no parece pensar que tenga hielo entre las

piernas, todo lo contrario —el veneno se abrió paso en su interior. Tenía que dejarlo salir o la terminaría matando. La otra Isabel cerró los ojos con deleite.

—¿Qué? —la expresión de su marido pasó de burla a incredulidad en un instante. Después llegó el dolor.

—Estás lleno de odio, tanto que no te das cuenta de que esto te lo has buscado tú —le puso una mano en el pecho. Bajo su palma el corazón de su esposo latía desenfrenado —¿Recuerdas lo que te dije al principio, en el hotel? Te dije que lo lamentarías —pronunció por fin las palabras que la habían atormentado durante los últimos meses. Sintió cómo perdían su poder sobre ella.

—¿Y por eso has montado todo este número? ¿Para demostrarme que tenías razón?

—Esto no es un número y ese no es el motivo por el que me voy.

—¿No? ¿Y cuál es? ¿O ahora pretendes decirme que es culpa mía que te gustara tanto que hayas vuelto a por más?

—¿No se trataba de eso? ¿De que nos gustara? —hizo hincapié en el plural, otra espina que debía sacarse antes de que la herida se infectara y echara su nueva vida a perder —Llevabas años obsesionado con la idea de verme con otro en la cama. ¿Es ese el problema? ¿Qué no nos has visto? —le dio un leve empujón. Enrique no se movió—¿o sólo buscabas una excusa para acostarte con otra con mi bendición?

—¿Qué dices? Estás loca. Sabes que te quiero, que nadie te querrá jamás como yo —algo furtivo apareció en los ojos de su marido e Isabel reunió las fuerzas para darle otro suave empujón. Esta vez logró que Enrique retrocediera un paso. Celebró su éxito con un nuevo intento.

—¿Me querías como nadie podrá quererme cuando te fuiste con Anya a su habitación y ni te diste cuenta de que Lukas y yo no estábamos?

—Deja ya de pronunciar su nombre —le grito entre dientes

—¿Me amabas cuando ni siquiera se te ocurrió averiguar si me había pasado algo tras dejarme a solas con un desconocido? —continuó dispuesta a darle el golpe de gracia y marcharse de una maldita vez —No, mi amor, tú sólo te amas a ti mismo y ya era hora de que me diera cuenta. —acarició el rostro de su marido a modo de despedida y la repugnancia que le produjo fue tan fuerte que retiró la mano de inmediato.

Cogió las maletas de la cama y rodeó la figura de su esposo fingiendo una seguridad que no sentía para salir del dormitorio. Los pasos firmes y la barbilla levantada le ayudaron a dejar a su espalda a Enrique. Su marido estaba pálido y lucía una expresión de sorpresa en la cara que habría resultado cómica de no tratarse de una situación tan dolorosa.

Continuó andando con la tensión extendiéndose por todo el cuerpo. Un paso detrás de otro, cada vez más cortos y rápidos, aunque se obligó a no correr, hasta alcanzar la puerta de

casa.

El pulso le latía enloquecido en la garganta y rezó para que el hecho de darle la espalda a su marido no le costara la vida.

—¡Putas! —tal vez en otro momento el insulto la hubiera herido. Ahora sólo le produjo un profundo cansancio. La otra Isabel se mantenía erguida en su rincón, protegida por las sombras. Aún así supo que asentía.

—Si soy una puta ¿en qué te convierte eso a ti?

No esperó a ver la reacción de su marido. Lo único en lo que podía pensar era en salir de allí y acabar con aquello de una vez por todas.

Cerró la puerta a su espalda y consideró tomar el ascensor. Lo descartó y bajó por las escaleras. El temor a lo que pudiera pasar la azuzaba, el deseo de empezar de cero le daba alas.

Cuando entró en el taxi y se alejó del que había sido su hogar durante los últimos veinte años, suspiró de alivio.

Anya aparcó frente al edificio de apartamentos en el que vivía Gabi. Estaba igual que siempre, gris y triste. Notó que nunca se lo había parecido. Debía estar mirándolo con otros ojos.

Salió del coche y se encaminó al telefonillo. Apenas tuvo tiempo de apretar el botón cuando el zumbido metálico le indicó que la puerta estaba abierta. Su amiga la estaba esperando.

Entró con el pecho más pesado que cuando salió del coche. La mañana había empezado movida, pero se había sentido despreocupada y alegre. Ahora, mientras atravesaba el portal y se metía en el ascensor, le pareció que las paredes se le venían encima. Cuando llegó a la puerta que buscaba, ésta se abrió con brusquedad antes de que tuviera la oportunidad de llamar.

Gabi la recibió en chándal y descalza. Llevaba el pelo recogido en un descuidado moño, que amenazaba con desmoronarse en cualquier momento. Se preguntó si sería una calculada falta de atención lo que había provocado semejante desastre o una noche pasada en vela. No supo qué pensar. Dido salió a su encuentro mientras movía la cola con alegría y emitía unos gemidos de bienvenida.

Acarició el dorado pelaje y se agachó para darle un beso en la cabeza. Después volvió a esguir y clavó su mirada en su amiga.

—Buenos días, Gabriela, ¿puedo pasar? —observó cómo el uso del nombre completo provocó una mueca desencajada en el rostro de la otra mujer. Lo que hubiera imaginado sobre cómo sería su visita no debió ser tan malo como lo que acababa de presenciar.

Sonrió para sus adentros. Su manipuladora amiga. Seguro que había pasado un buen rato delante de un espejo para conseguir ese efecto de desesperación.

—¿Puedo pasar?

—Claro, perdona —se hizo a un lado para dejarla entrar. Mantuvo la mirada baja, evitándola en todo momento. De nuevo se preguntó cuánto de aquella demostración sería fingida y cuánto real.

Gabi cerró la puerta como si pesara una tonelada, una demostración de debilidad que le hizo tanta gracia que finalmente no pudo aguantar más.

—Déjate de teatro y hablemos. Tengo prisa.

La mujer que había sido su mejor amiga desde que podía hacer memoria la miró, por fin. Tenía los ojos hinchados y el rímel que no debió retirar la noche anterior estaba corrido.

El efecto acentuaba las ojeras oscuras hasta conferirle un aspecto ajado.

—¿Tienes prisa? ¿Adónde vas? —una mirada de pánico apareció en sus ojos y Anya se preguntó si el estado de su rostro también era el resultado de una escenificación bien planeada. Frunció los labios.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Adónde voy? ¿No hay nada más de lo que crees que debamos hablar? —la perra se removió inquieta a su lado.

Gabi cerró los ojos y tomó aire. Cuando los volvió a abrir había una disculpa en ellos. De nuevo la recorrió un rechazo tan profundo que se tuvo que contener para no abandonar el lugar sin intercambiar una sola palabra más con aquella farsante.

—Me preguntaba cuándo vendrías a verme.

—No he venido a verte. He venido a por Dido y a hablar. Y será la última conversación que tengamos.

La otra mujer se vino abajo. La aferró por los brazos y comenzó a suplicarle.

—No, no me digas eso. Sabes que no lo hice a propósito. No quise hacerte daño, Kleine. Nunca te haría daño, debes creerme —había comenzado a llorar.

—¿Qué creíste que pasaría una vez empezaste a difundir tus cotilleos entre las madres de las compañeras de Gretchen? Dime, Gabi, ¿qué? —se deshizo de las manos de su amiga y se dirigió a la cocina para perderla de vista, aunque solo fuera durante un momento.

La que había sido su mejor amiga la siguió tan de cerca que Anya empezó a sentir cierto agobio. Cuando la agarró por las solapas de la chaqueta en un intento de apretarla contra ella, la apartó de un empujón. Dido se echó al suelo con un quejido lastimero. No parecía entender nada de lo que estaba pasando.

—¡Por dios, déjame ya! Siéntate y escucha —la llevó hasta la mesita de la cocina y la sentó a la fuerza en una de las sillas cuando Gabi no dio muestras de querer ponerle las cosas fáciles.

—No, no, no quiero escucharte. No sabes lo que dices. Me lo prometiste. Me prometiste que siempre estaríamos juntas. Siempre—había comenzado a sollozar y a desmenuzar una servilleta que encontró en la mesa.

—Teníamos ocho años y habría cumplido esa promesa si no me hubieras traicionado de esta manera.

—Podemos arreglarlo, Anya. No hay nada que no podamos lograr si permanecemos juntas.

—Otra cosa, tal vez. Lo que le has hecho a mi hija, no. La has destruido, has acabado con su vida social y para qué, ¿Para protegerme?

—No sabes lo que está pasando. Estás demasiado cerca y no puedes verlo, pero yo sí. Esa furcia acabará con vosotros. No voy a consentir que te haga daño —dio un golpe en la mesa.

Reconoció que, si estuviera hecha de otra pasta, se habría asustado.

—¿Así que decidiste acabar conmigo tú misma utilizando a mi hija?

—No entiendes nada. Los rumores pasarán, siempre lo hacen. Lo más importante es que se vaya de casa.

—¿De mi casa, quieres decir? —se cruzó de brazos, miró su reloj de pulsera y decidió que ya había perdido demasiado tiempo allí. El movimiento no le pasó desapercibido a Gabi.

—Lo tuyo es mío y lo mío es tuyo. ¿También has olvidado esa promesa?

Any la observó durante un instante con toda la atención de la que fue capaz. La otra mujer rehuyó su mirada.

—¿Me estás diciendo que has hecho todo esto por celos? ¿Por qué tenías miedo de que se llevara a Lukas? —lanzó una risa que le salió del pecho y la dejó dolorida. —¿Es que no te has dado cuenta en todos estos años que Lukas no te aguanta? ¿Qué te soporta por mí? ¿Crees que porque se haya acostado contigo eres especial? ¿Sabes cuántas más ha habido? —se frotó los ojos con los dedos hasta que vio estrellas danzando en la oscuridad. El estruendo de la silla al caer al suelo la obligó a abrirlos de golpe. Aún podía ver luces bailoteando frente a ella en la penumbra de la cocina. Rodeada de ellas podía ver a Gabi. Se había levantado y mostraba una mueca tan feroz en la cara que casi la hizo dar un paso atrás.

—¿Lukas? A la mierda el imbécil de tu marido. ¿Es que no entiendes nada? —se acercó a ella los escasos pasos que las separaban con los puños apretados y el rostro enrojecido. Probablemente era una de las expresiones más sinceras que hubiera visto en el rostro de su amiga. No le gustó.

—Tranquilízate —aportó toda la autoridad que pudo reunir en aquella orden. Fue inútil. De nuevo se preguntó si la mujer que había vivido junto a ella no había sido más que una máscara, una representación creada a la medida de sus propias necesidades.

—No, ahora vas a escucharme tú. ¿Te crees que me he acostado con tu marido porque me gustaba? ¿Por qué estaba enamorada de él? —la voz de Gabi alcanzó un volumen que empezaría a llamar la atención de los vecinos en cualquier momento. Intentó tomarla de las manos para tranquilizarla, pero los dedos de su amiga se habían convertido en garras que la rechazaron.

—Tranquila —lo intentó de nuevo con el mismo resultado.

Cuando la otra mujer se le echó encima y tomó su rostro entre sus manos, se sorprendió tanto que no supo cómo reaccionar. Cuando aplastó sus labios contra los suyos hasta hacerle daño, se dejó besar. Fue como si la besara una extraña. La intentó apartar con cuidado. Fue más complicado que lo que pensó.

—Eres mía, siempre lo has sido —Gabi depositaba besos en cada pedazo de piel que podía alcanzar, con un ardor que no había visto antes en ella —He visto cómo la miras y no voy a permitir que se interponga entre nosotras. Nunca.

Consiguió apartarla por fin y la sostuvo por los hombros para mantenerla en el sitio. Una mirada febril, llena de obsesión encontró la suya y se sintió transportada a otro tiempo, otro lugar en el que había visto esa mirada en los ojos de su amiga. Un verano cálido a la orilla del río en el que le había abierto la cabeza con una piedra a la chica nueva del colegio. La niña bonita y dulce que había jugado con ellas en el patio y que Anya terminó confesando que le producía una cierta opresión en el pecho y cosquilleos en el estómago. Se habían reído juntas. Hasta que la niña quiso seguir jugando con ellas también durante las vacaciones. Entonces ocurrió la agresión y la familia de Gabi se tuvo que mudar.

Parpadeó llena de confusión. Había olvidado aquello, lo intensa y posesiva que podía llegar a ser su amiga.

—Se acabó —la miró como si la viera por primera vez. Cómo podía haber estado tan ciega. Sacó la correa de Dido de su bolsillo y se la colocó a tientas, sin atreverse a apartar la mirada de Gabi. Sólo lo hizo para abrir la puerta de la entrada. La otra mujer la siguió con pasos lentos y seguros.

—Si crees que puedes dejarme estás muy equivocada. He estado dispuesta a hacer tu voluntad mientras estuviéramos juntas. Déjame y te puedo hacer la vida imposible. Si crees que lo que he hecho hasta ahora es malo, prepárate para lo que puedo llegar a hacer.

Anya se detuvo en seco.

—Estás loca —no supo si fue la incredulidad que teñía su voz o el hecho de que se hubiera detenido lo que quebró las amenazas calmadas de Gabi. Se giró para salir de allí cuanto antes. La mujer se aplastó contra su espalda y la abrazó con fuerza.

—Mi Kleine, mi pequeña. Te quiero, quédate a mi lado. Puedo hacerte feliz. Te conozco como nadie lo ha hecho nunca. Deja que Lucas se vaya con la puta y quédate conmigo —le dio la vuelta y cayó de rodillas frente a ella. Vio cómo le desbrochaba los pantalones y le bajaba la cremallera. La sintió inhalar con fuerza. —Mía, solo mía.

Antes de que sus dedos rozaran su ropa interior, la tomó por la barbilla y la obligó a levantar la vista y mirarla. Una sonrisa llena de felicidad ocupaba el rostro de la otra mujer.

—Dime lo que deseas. Ordénamelo —besó sus dedos con adoración.

—Quiero que me dejes en paz.

La otra mujer abrió los ojos con una expresión herida.

—Quiero que dejes de acosarme a mí y a mi familia. Quiero que esta sea la última vez que tengo que verte, Gabi, porque te juro —apretó la barbilla de la mujer hasta que la vio hacer una mueca de dolor —que, si no es así, seré yo quién abra tu cabeza y no tendrás lugar al que puedas huir donde no te encuentre y acabe contigo.

Por un momento la que había sido su amiga la observó sin expresión alguna en la cara. A continuación, se levantó con una calma que le puso los pelos de punta.

—¿Y si prefiero tu odio a tu indiferencia?

—No lo hagas. Yo también te conozco bien. Hoy me has hecho recordar muchas cosas que había olvidado. Si me obligas me veré forzada a ir a visitar a tu madre y preguntarle dónde estuviste aquel verano cuando os mudasteis. Creo recordar algo de un ¿hospital? Estoy segura de que recompondré el misterio de lo que eres en realidad con un poco de ayuda. Seguro que no fue la primera ni la última vez que hiciste algo parecido. —Gabi la miraba en silencio. Algo horripilante se había asomado a sus ojos y pareció medirla, tantearla —Vive con mi indiferencia. Será lo más seguro para ti.

Anyá no apartó la vista de la mujer hasta que la vio asentir levemente. No fue su amiga con quien llegó a ese acuerdo de paz. Se alegró de no haber tenido que convivir con esa cosa que se disfrazaba de ser humano. La mujer pareció leerle el pensamiento y volvió a asentir.

Salió de allí con el pulso latiéndole en la garganta. Cuando se sentó en el coche le temblaban las manos. Rompió a llorar.

Isabel dejó caer el bolso sobre la mesa de su habitación. Se había decidido por un hotel cercano a su domicilio para facilitar la recogida de sus cosas y reducir la posibilidad de encontrarse con Enrique cuando lo hiciera. *Para lo que había servido.*

La habitación, al igual que el resto del hotel, estaba decorada en grises y blancos, siguiendo la estética que tan de moda se había puesto con la globalización del minimalismo.

Las paredes grises parecían absorber su energía con cada parpadeo que daba. La blancura de las sábanas era tan intensa que en varias ocasiones creyó que el dolor de cabeza la dejaría ciega.

Se dejó caer en la cama con un suspiro y cerró los ojos. Las maletas la esperaban para ser deshechas junto a la puerta de la habitación. Decidió dejar que esperaran un rato más. Estaba agotada. La conversación con Enrique y los acontecimientos de los últimos días se estaban haciendo notar finalmente. La alegría y satisfacción quedaron empañados por un cansancio que podía sentir hasta en los huesos.

Se frotó las sienes y comenzó los ejercicios de respiración que había aprendido años atrás, cuando los ataques de ansiedad casi le cuestan la vida.

Podía sentir como su mandíbula se relajaba poco a poco con cada inspiración profunda. Visualizó la coronilla de su cabeza primero y la cuenca de sus ojos a continuación y la tensión abandonó su cuerpo con las exhalaciones prolongadas que acompañaban el ejercicio. Con ellas se fue el dolor. El alivio fue casi inmediato. Dio la bienvenida al bienestar asociado a la meditación como el viejo conocido que era. Antes de que pudiera alcanzar la tensión de sus hombros ya estaba profundamente dormida.

Sonó con su psiquiatra, sentada en su habitual despacho del hospital, tan blanco y aséptico como su habitación de hotel. Le contó lo que había sucedido durante los últimos días y su enfrentamiento con Enrique. Le confesó el miedo que sentía ante la realidad de tener que volver a empezar de nuevo sola y la confusión de sus sentimientos cuando pensaba en el matrimonio alemán.

La doctora la miraba en silencio, como era su costumbre, desde el distanciamiento y clase que siempre la habían caracterizado. Una sonrisa misteriosa curvó sus labios y le pidió que contestara. ¿A qué? Pero no obtuvo respuesta, tan solo la orden repetida una y otra vez. La doctora había comenzado a golpear la mesa con tanta fuerza que pareció que iba a volcarla en cualquier momento.

Abrió los ojos desorientada. Le pesaba todo el cuerpo y levantó la cabeza de la almohada con dificultad. Los golpes se repitieron un par de veces más hasta que cesaron sin aviso alguno. Isabel encendió la lámpara de la mesilla y miró la puerta de la habitación con desconfianza. Nadie sabía que estaba allí.

Cogió el móvil con un temor que empezó a crecer descontrolado con la intención de llamar a recepción para que mandaran a alguien de seguridad si los golpes se reanudaban. Vio que tenía varios mensajes de Whatsapp esperándola sin leer. Uno era de su compañera de trabajo preguntándole si pensaba incorporarse la semana siguiente o si eran verdad los rumores de que había pedido un traslado. Ignoró el mensaje.

El segundo mensaje precipitó los latidos de su corazón a un galope con el que se estaba empezando a familiarizar. Lukas. Le comunicaba que él, Anya y Gretchen estaban despegando desde el aeropuerto de Frankfurt y que llegarían a Madrid en dos horas y media. Querían hablar para dejar las cosas claras. Isabel frunció el ceño. Miró su reloj de pulsera preguntándose de qué más tendrían que hablar. Ya tenían que haber aterrizado.

Se planteó no contestar, no había nada más que decir. Lukas se debía a su familia. Creía haber sido lo suficientemente clara. ¿Por qué venían con la pequeña?

Tomó la decisión en apenas un minuto. Mandó la dirección de su hotel y su número de habitación sin ningún mensaje de acompañamiento. Se levantó de la cama y tomó un ibuprofeno de su bolso. Tragó la pastilla con un sorbo de agua de una botella a medio terminar y se dirigió a la ventana. Descorrió la cortina mientras se acababa el agua. El paisaje le era conocido. El cuadro de edificios le era familiar, solo que estaba acostumbrada a verlo desde otra perspectiva. De hecho, creía poder ver su antiguo domicilio desde allí si entrecerraba los ojos y se esforzaba.

Las luces intermitentes de algún avión atravesaron el cielo nocturno. Las ventanas debían estar insonorizadas, aún así le pareció que podía sentir las vibraciones cuando apoyó la palma de la mano sobre el cristal. Hizo lo mismo con la mejilla. El frescor le ayudó a calmar sus nervios y el dolor de cabeza. Sus labios se curvaron y dejó escapar un suspiro de alivio.

Unas nuevas sacudidas en la puerta la sobresaltaron. Se quedó mirando la entrada como si pudiera hacer desaparecer el ofensivo ruido con solo el poder de su mirada.

Volvió a coger el móvil de la mesilla y se acercó a la puerta. Sus pasos parecieron adaptarse al ritmo de los golpes. Su corazón palpitaba con una fuerza ensordecedora y cuando abrió le temblaban las manos.

La esperanza, que había acompañado a un miedo irracional hasta ese momento, murió de golpe y habría jurado que el músculo en su pecho se había saltado un latido.

Frente a ella se hallaba Enrique.

Estaba pálido y su ropa parecía haber sido manoseada. Ni un solo centímetro de sus pantalones o jersey había quedado libre de arrugas. Su pelo no había sufrido mejor suerte. Isabel se preguntó qué clase de servicio de seguridad lo habría dejado pasar y si tendría sentido pedirles ayuda si fuera necesario.

Enrique esperaba en silencio sin apartar las manos del marco de la puerta. Se preguntó extrañada a qué estaría esperando. A qué podía haber venido.

—¿No vas a dejarme pasar?

¿Qué clase de pregunta era esa? ¿Qué más podía quedar por decir?

Se echó a un lado y lo dejó entrar, arrepintiéndose al instante de haberlo hecho.

Enrique dio una vuelta por la habitación, observándolo todo sin pronunciar ni una sola palabra. Abrió las puertas del armario y miró en su interior, después hizo lo mismo con la puerta del baño.

—No hará falta que mires debajo de la cama. No está conmigo, si eso lo que estás buscando —se cruzó de brazos y observó como Enrique dejaba de buscar y se metía las manos en los bolsillos. Incluso con el aspecto ceniciento y desarreglado que tenía, reconoció que era un hombre muy guapo.

—¿Estás sola? —la miró con una tímida sonrisa asomándose a sus labios y una mirada arrepentida que conocía muy bien.

—¿Qué quieres, Enrique? ¿Cómo me has encontrado? —añadió con el corazón golpeándole el pecho. El que aún era su marido se acercó con cuidado hasta ella.

—No te enfades, te he seguido. Quiero recuperarte, dime que quieres que haga y lo haré. Lo que tú quieras, Isabel. Sólo tienes que pedírmelo.

Isabel dejó escapar un suspiro y su cuerpo quiso relajarse ante la actitud penitente de Enrique. No logró dejar ir la tensión del todo. Los músculos de sus piernas se empeñaban en estar tensos, listos para ayudarla a huir.

—Estoy cansada.

—Soy un imbécil. Te tengo ahí de pie, cuando debes estar agotada. Siéntate, mi amor — Enrique estiró las sábanas de la cama y se la ofreció como si se tratara de un tesoro.

—No me refiero a eso, Enrique. Estoy cansada de tener que medir mis palabras, de tener miedo a tus reacciones...

—Eso va a cambiar si me das una oportunidad, te lo juro.

—No lo entiendes. La mujer que quieres recuperar ya no existe, Enrique.

—Tonterías, estás alterada por los acontecimientos y lo entiendo. Es natural que todo esto te sobrepase. Nos iremos unos días de vacaciones a casa de mi hermana, a la sierra. Verás como en un par de días vuelves a ser la de siempre. Todo saldrá bien.

—No quiero volver a ser la de siempre, Enrique. Nunca más. Y ahora, por favor, vete — por alguna extraña razón intentó no rozarle cuando lo rodeó para abrirle la puerta. No llegó muy lejos. El impacto contra la pared fue tan fuerte que por un momento perdió de visión y creyó que se había desmayado.

—¿Crees que vas a deshacerte de mí tan fácilmente? Me lo debes, me debes quedarte a mi lado. Lo prometiste; en lo bueno y en lo malo.

Un dolor intenso se extendía desde su nariz hacia el resto de su rostro e intentó llevarse las manos a la cara para comprobar si la tenía rota. No podía moverse. Enrique la había inmovilizado, pegándose a su espalda. El olor a sudor rancio le provocó una arcada. Intentó contenerla.

Empujó con todas sus fuerzas para separarse de la pared y lo consiguió, solo que el mérito no fue suyo. Enrique la había apartado de ella de un tirón. Su vestido se rasgó y una corriente de aire le produjo un escalofrío por todo el cuerpo. Se desorientó y sus pies perdieron el contacto con el suelo. Un instante después estaba sobre la cama sin comprender muy bien qué había pasado.

Enrique se alzaba sobre ella a horcajadas, ridículo en su furia e Isabel sólo podía pensar en otro hombre, en esa misma postura, amándola, imponente en su pasión. Cuando las manos masculinas se cerraron en torno a su cuello intentó arrancárselas, pero ni siquiera sus uñas lacerando la piel de su marido fueron suficientes para que la soltara. Trató de alargar el brazo y tropezó con la lámpara de la mesilla de noche. La oyó caer al suelo con un estruendo antes de que pudiera agarrarla y golpear a Enrique en la cabeza.

Su visión empezó a oscurecerse poco a poco y le pareció que un trueno descargaba contra ellos una y otra vez. Tal vez sólo fuera su corazón.

Miró a Enrique a los ojos una última vez y empleó el poco aire que le quedaba.

—Asegúrate de matarme —sonrió enseñándole los dientes.

—Cállate, maldita. Mira lo que me obligas a hacer. Eres mía, mi mujer.

Isabel negó con la cabeza, los truenos sonaban cada vez más fuertes.

—Vete al infierno —cerró los ojos. Pensó en Lukas y en el anhelo que había visto en su mirada. Recordó a Anya y su sonrisa llena de misterio. Incluso Gretchen pasó por su mente antes de perder el conocimiento. La chiquilla de ojos grandes y fieros que alzaba los brazos y gritaba y gritaba. El sonido de un golpe seco la alcanzó desde muy lejos y un peso insoportable cayó sobre su pecho, aplastándola. Después todo fue oscuridad.

Todo continuaba en silencio cuando regresó a la habitación en la que habían ingresado a Isabel. Lukas llevaba dos vasos de café de máquina en las manos e intentaba empujar la puerta con la cadera para volver a cerrarla. Siseó cuando unas gotas del líquido salpicaron su mano y estuvo a punto de dejarlo caer

Anya lo salvó levantándose del asiento en el que había pasado las horas desde que habían llegado al hospital y se acercó para coger los cafés y depositarlos sobre la mesita junto a la cama. Lo tomó de la mano para inspeccionar el daño sufrido, pero Lukas la retiró con cuidado.

—No es nada, tranquila —abrazó a su mujer contra su pecho y la mantuvo apretada contra él mientras aspiraba el olor de su cabello.

—¿Has conseguido que la dejen ingresada hasta mañana? —Anya se apartó de él y lo miró con el cansancio escrito en la cara.

—Me ha costado apelar a la cortesía profesional pero sí, al final he conseguido que la dejen en observación hasta mañana por la mañana.

—Bien —su mujer se apartó de él y volvió a su sillón. Antes de tomar asiento tapó un poco mejor a Gretchen, que dormía acurrucada en la cama junto a Isabel. Después tomó un sorbo de café e hizo una mueca.

—Estás agotada, deberías volver al hotel con la niña y dormir unas horas —Lukas se sentó a los pies de la cama frotándose los ojos.

—No voy a ninguna parte y además no creo que haya manera humana de despertar a tu hija y sacarla de aquí sin que monte un escándalo —Anya se recostó lo mejor que pudo y cerró los ojos —Deberías irte tú.

—No

—Como quieras —se encogió de hombros —¿De verdad crees que va a despertarse en cualquier momento?

—No lo creo. Entre el estrés y el sedante que le han dado lo dudo mucho.

—Pues entonces vete y duerme un poco. Su marido estará las próximas horas en la comisaría, no hace falta que montes guardia.

Lukas negó con la cabeza y se cruzó de brazos. Su mirada permaneció sobre la figura inmóvil de Isabel. Los sonidos amortiguados del pasillo y el agotamiento debieron hacer que se quedara dormido, porque cuando abrió los ojos, Isabel se estaba incorporando en la cama. Gretchen se había levantado y se apretaba las manos con la mirada clavada en el suelo. Anya

se había acercado a la mujer mientras le ayudaba a ponerse más cómoda y le ofrecía un vaso de agua.

—¿Qué ha pasado? ¿Y Enrique? —preguntó mirando a su alrededor con una mirada desorientada.

—Tranquila, bebe un poco. —Su mujer insistió hasta que Isabel tomó un par de sorbos. Después le susurró algo al oído y le retiró un mechón de la frente. Lukas prefirió no acercarse de momento y dejar que su mujer se encargara de explicarle lo que había pasado a Isabel.

Su hija se apartó de la cama y fue a refugiarse a sus brazos. La apretó contra su pecho e intentó infundirle ánimos. Las manos de su pequeña estaban heladas. Las tomó entre las suyas para hacerla entrar en calor.

—Gretchen —la voz de Isabel sonó ahogada y se llevó las manos a la garganta, donde las señales de los dedos de aquel psicópata se marcaban violentos contra la blanca piel.

Su hija se separó de él lo justo para mirarla de reojo.

—Cariño, ven aquí, por favor —un ataque de tos estremeció a la mujer y la chiquilla se acercó con pasos rápidos a la cama.

—Mira que eres testaruda, quieres hacer el favor de beber un poco más de agua —Su mujer estaba en modo controladora y Lukas sonrió con afecto. También él se acercó, por fin, a la mujer que le había quitado el sueño durante los últimos meses. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que todo se solucionara, que pudieran salir de aquella habitación sin que nadie tuviera que sufrir por ello.

Cuando abrió los ojos Isabel estaba abrazando a su hija con fuerza. Los hombros de la chiquilla temblaban.

—Lo siento, Isabel, lo siento muchísimo —repetía entre hipo.

—¿Qué es lo que lamentas, cielo? ¿Haberme salvado de un hombre enloquecido? Estaría muerta si no fuera por ti.

—Golpeé a tu marido con la lámpara. Podría estar muerto —los ojos de Gretchen parecían dos pozos insondables.

—Pero no lo está. Fuiste valiente y me salvaste —depositó un beso en la frente de la niña y le retiró el pelo de la cara —Estoy muy agradecida y tus padres no podrán estar más orgullosos de tener una hija tan resuelta como tú.

—Ven aquí, tontita —Any a abrazó a su hija y ésta pareció relajarse para mirarlos con una trémula sonrisa curvando sus labios.

—Papá lleva horas peleándose con los médicos para que te dejen pasar la noche aquí y no te manden a casa.

Todas las miradas se volvieron hacia él. Su mujer tenía una ceja levantada mientras

volvía a sentarse en el sillón y fingía mirarse las uñas con interés. Gretchen ofrecía la mejor de sus caras inocentes y sostenía la mano de Isabel mientras se sentaba a su lado en la cama. Y ésta, ésta buscó su mirada con una expresión tan seria que le oprimió el corazón.

Se acercó hasta el borde opuesto de la cama con la mirada clavada en ella y posó la mano sobre las sábanas, sin llegar a rozar la de Isabel. Oyó un resoplido impaciente pero no levantó la vista para enfrentarse a su esposa. Los dedos de Isabel parecieron querer salir a su encuentro, pero no llegaron a tocarlo.

—Oh, por Dios, queréis dejaros ya de tantas tonterías —la exasperación de Anya llegó a su límite y se levantó del sillón —Gretchen, ve a comprarte un refresco —le dio a su hija una moneda y la tomó del brazo para levantarla de la cama.

—De eso nada, yo tengo derecho a estar aquí, esto también me afecta a mí —se cruzó de brazos y Lukas supo que no habría manera de hacer que su hija abandonara la habitación.

—Déjala, Anya. Tiene razón.

—Quiero saber qué va a pasar con ese hombre —La chiquilla pronunció las palabras con un asco que provocaron una nueva oleada de afecto en Lukas junto con una ahogada risa que intentó disimular como pudo.

—Tendré que ponerle una denuncia para que pague lo que ha hecho —Isabel no apartó la vista de la joven.

—¿Y después? —la chiquilla se parecía más a su madre de lo que había creído.

—Después presentaré los papeles de divorcio y se acabó. No quiero volver a verlo nunca más —cerró los ojos con un suspiro. Se la veía agotada.

—Vamos a dejar descansar a Isabel, Gretchen.

—¿Y vosotros? ¿Qué vais a hacer? —la voz de la mujer sonaba débil y cada vez más lejana.

Lukas la tomó por fin de la mano con fuerza obligándola a abrir los ojos y mirarlo.

—Nosotros nos vamos a quedar aquí hasta que estés lo bastante recuperada como para saber con claridad lo que deseas.

—Ya te he dicho lo que voy a hacer.

—¿Y después? ¿Volverás a tu trabajo, a tu vida como si no hubiera pasado nada? —apretó sus dedos hasta que observó como la mirada de Isabel se aclaraba un poco.

—Me mudaré. Ya lo había decidido. Creo que es lo más sensato.

—Bien —la soltó —Ahora descansa.

—¿Y vosotros? —insistió mientras parpadeaba en un intento por mantener los ojos abiertos.

—¿Qué quieres que hagamos, Isabel? —Anya se levantó y fue a colocarse junto a su hija.

La mujer tragó saliva con esfuerzo y sus párpados empezaron a descender pesados sobre

sus ojos.

—Conmigo —susurró con dificultad, su voz desvaneciéndose poco a poco.

—Pues eso haremos, querida —su mujer se inclinó para depositar un suave beso sobre la frente de Isabel y ésta se aferró a su mano antes de quedarse dormida con una sonrisa en los labios.

Pasaron horas antes de que volviera a despertar, pero en todo ese tiempo no dejó ir la mano de su esposa y Lukas afrontó la idea de los siguientes días con algo más de esperanza de lo que había creído posible .

EPÍLOGO

UN AÑO DESPUÉS

Las olas del mar llenaron a Isabel de una paz que había empezado a serle familiar en el último año. Mantuvo los ojos cerrados y dejó que la brisa revolviera su pelo y el sol calentara su rostro.

Era sábado y muy pronto los turistas que ocupaban grandes extensiones de la playa se desplazarían a la zona de restaurantes para el aperitivo. Recogió sus sandalias de la arena y se colocó el sombrero de paja en la cabeza antes de emprender el camino hacia la zona hostelera de la Playa de La Palma.

Se había mudado a Mallorca tras denunciar a Enrique y rellenar los papeles del divorcio. Enrique había perdido su trabajo en la universidad y no había podido soportar la presión de la denuncia que Aida finalmente había interpuesto contra él. Lo encontraron muerto en el baño. Isabel no quiso saber si por causas naturales o por su propia mano. Se sorprendía al no sentir nada cuando pensaba en el que había sido su marido durante tantos años. A veces creía haber salido fortalecida de todo lo acontecido y que su separación le había proporcionado una nueva oportunidad de ser feliz. Otras veces se preguntaba si la indiferencia que sentía por la muerte de Enrique no sería el reflejo de una herida que no estaba ni de lejos sanada. Lo averiguaría con el tiempo y no tendría que hacerlo sola. Sonrió.

No lamentaba haber dejado atrás su trabajo. Había encontrado uno nuevo en un colegio infantil privado y estaba contenta. La dirección era eficiente, sus compañeras agradables y estaba cerca de casa.

También quedaba muy cerca del mar con lo que podía escaparse cada vez que tenía un rato libre para dar un paseo por la playa, algo que siempre lograba centrarla. Suspiró satisfecha. No echaba de menos su vida, era dueña de sí misma y de su tiempo y no había sido tan feliz en muchos años.

El zumbido del teléfono le hizo buscar a tientas el móvil en el bolso de lona que llevaba al hombro. Un mensaje de Whatsapp nuevo iluminaba la pantalla. Volvió a sonreír mientras levantaba la vista. Una hilera de chiringuitos con sombrillas de diferentes colores se alzaba ante ella. Olores a calamares y paella junto con otros típicos de la zona se abrían paso y su estómago protestó hambriento.

Turistas y locales charlaban alegres bajo las cúpulas multicolores mientras tomaban sus aperitivos. Isabel localizó el restaurante que estaba buscando y comenzó a subir los pocos escalones que separaban la playa de la zona de terrazas.

Una jovencita de brillante cabellera rubia bajaba a la carrera buscando algo dentro de su bolsito de purpurina morada sin levantar la cabeza. Debió encontrar lo que necesitaba, porque se colocó unas gafas de sol tan grandes que le cubrían media cara y pareció volver, por fin, a prestar atención a lo que había a su alrededor.

Isabel la identificó sin esfuerzo. Su silueta alta y atlética era idéntica a la de su madre.

La muchacha detuvo su descenso cuando llegó a su altura y la abrazó con fuerza, dándole un beso en la mejilla.

—He quedado, Ma, nos vemos luego —y salió disparada levantando arena a su paso hasta que llegó a un grupo de jóvenes que parecían estar esperándola. Isabel los vio alejarse entre risas.

Terminó de ascender las escaleras, abriéndose paso entre las mesas abarrotadas de gente hasta llegar a la que estaba buscando.

Anya estaba de pie, imponente con sus pantalones cortos y su camiseta de tirantes. Llevaba el pelo recogido en un apretado moño excepto por un mechón que había escapado de su confinamiento y lanzaba destellos de plata cuando algún rayo de sol lo tocaba. A sus pies Dido empezó a mover la cola en cuanto detectó a Isabel.

Anya se encontraba en compañía de una mujer mayor con la que hablaba animadamente. La otra mujer llevaba una corta falda vaquera con la dignidad que una dama de su edad llevaría un traje de chaqueta. Exhibía el porte de una reina. Se despidieron con un beso en la mejilla y Anya regresó a su mesa.

—¿Qué tal ha ido la entrevista de trabajo? —Isabel rascó a la perra entre las orejas y besó a la mujer en la misma mejilla en la que la alemana había sido besada un momento antes. Le desconcertó la posesividad que experimentaba con ella, algo nuevo y fiero que no parecía desvanecerse con el tiempo. La sonrisita satisfecha con la que Anya la miró hizo que la idea desapareciera de su mente.

—Pues parece que Melanie está entusiasmada por empezar las clases cuanto antes. Tiene la formación adecuada y todo el tiempo necesario. A ver si entre las dos metemos en vereda a esas malcriadas —tomó un sorbo de su gin-tonic sin apartar la mirada de ella —¿Y tú, mi pequeña?

—He visto a Gretchen, parece que hoy tampoco comerá con nosotros —se quitó el sombrero y se ahuecó el pelo dejando que la brisa marina la refrescara un poco.

—Gretchen está disfrutando de un pequeño pero firme grupo de nuevos amigos. Está en la edad de divertirse, dejémosla —tomó la mano de Isabel y miró a su alrededor.

—¿Y Lukas? —Isabel se sirvió un vaso de sangría mientras un camarero se acercaba a ellas con una paellera y la dejaba en el centro de la mesa.

—No creo que tarde mucho más. Ha surgido una urgencia a última hora y el médico que

hace el turno de tarde en la clínica se ha retrasado. De nuevo. Maldito borracho incompetente.
—Anya parecía disgustada.

—No pasa nada, ya llegará —apretó los dedos de la mujer en un intento de darle ánimos, pero la notó crispada.

—No es eso —encontró su mirada con una intensidad que le quitó el aliento por un instante —tengo miedo de que cometa un error grave un día de estos que Lucas no pueda enmendar. Le ha costado mucho levantar esa clínica para que un irresponsable lo eche todo a perder —cerró los ojos intentando tranquilizarse.

—Ya lo hemos hablado con él, seguro que se dará cuenta en algún momento de que no puede darle más oportunidades a ese hombre.

—¿A qué hombre no se le van a dar más oportunidades? ¿No será a mi? Siento mucho llegar tarde —besó a Anya en los labios y a continuación hizo lo mismo con Isabel.

—Hablabamos de Dieter —su esposa hizo un mohín con los labios que arrancaron una sonrisa de los de Isabel. Iba a ponerse difícil.

—Pues no hay nada más de qué hablar porque lo acabo de despedir.

—¿Ah, sí? —Anya se enderezó interesada en su silla.

—Pues sí, lleva aviso tras aviso y hoy se ha presentado como una auténtica cuba. Si no fuera porque el paciente sufría de una lumbalgia de narices, habría salido corriendo cuando lo vio entrar por la puerta.

—¿Y ahora? —Isabel no quería imaginarse que tuviera que volver a los horarios del principio, cuando él solo llevaba la clínica hasta que se hizo un nombre entre la población alemana y dejó de importarles la situación familiar del médico recién llegado.

—Pues ahora vamos a disfrutar de la paella y después podemos ir a casa a echarnos una siesta. Tengo entendido que Gretchen no va a volver hasta la noche y tenemos la casa toda para nosotros —miró a Isabel mientras le servía un plato de arroz y ésta luchó por no bajar la mirada.

—Sigues siendo tan dulce después de todo este tiempo —los dedos de Anya se enredaron en su cabello e Isabel cerró los ojos con un estremecimiento.

—Comamos rápido —la voz ronca de Lukas removió sus entrañas y los dedos de Anya erizaron su piel cuando se negaron a abandonar a Isabel durante toda la comida.

Estaban dejando atrás la terraza de camino a su piso cuando una pareja se cruzó con ellos. A Isabel le resultaba vagamente familiar, creía haber coincidido alguna que otra vez con ella en el restaurante en el que les gustaba comer, pero nunca se la habían presentado.

Anya y Lucas intercambiaron varias frases con ellos sin soltarla en ningún momento e Isabel no necesitó entender una sola palabra de alemán para comprender por qué no se habían tomado la molestia de presentarle a esas personas. Ambos la miraban con un hambre evidente y el hombre parecía estar desnudándola con los ojos sin reparo alguno. Lukas la atrajo un poco

más hacia él y Anya se interpuso para hacerle de escudo. Isabel presencié aquello con una curiosidad que la dejó perpleja. En el pasado se habría sentido violenta o avergonzada, ahora solo podía esperar a que la pareja desapareciera para saber quiénes eran.

No tardaron mucho en separarse. Lukas caminaba tenso a su lado y Anya apretaba tanto los labios que daba miedo.

—¿Qué ocurre? ¿Quiénes eran? —no obtuvo respuesta y se paró para obligarlos a responderle —¿Por qué no contestáis? No tenéis derecho a excluirme.

—No son nadie que deba preocuparte, Isabel. Nunca—el hombre no dijo nada más e hizo un intento por tomarla del hombro para seguir caminando. Isabel se apartó con brusquedad, negándole su contacto.

—No, no me vale. He vivido durante años con un hombre que no me decía las cosas, no voy a volver a pasar por lo mismo.

En la mirada de Lukas había aparecido una advertencia. Fuera lo que fuera no iba a gustarle la respuesta. Isabel le devolvió la cortesía levantando una ceja desafiándolo a que él la pusiera a prueba.

—Basta ya, cielo. Tiene derecho a saberlo y no podemos protegerla para siempre —al final fue Anya la que rompió el silencio.

Lukas lanzó una maldición ahogada y se alejó de ellas.

—Lo que este troglodita quiere decir tan coherentemente —apuntó la mujer con sorna — es que conocemos a ese matrimonio desde hace muchos años. Hemos coincidido en otras ocasiones y ambos compartíamos los mismos.... intereses ¿comprendes? —Anya la miró como si se tratara de una niña.

—¿Y crees que voy a salir corriendo horrorizada porque sucedan estas cosas? Ya sé cómo os divertíais antes.

—Pero es que esos asquerosos no saben que ya no lo hacemos y se han invitado a donde fuera que te estuviéramos llevando —Lukas había vuelto sobre sus pasos y casi le rugió esas palabras en la cara. El gentil hombre del que se había enamorado había desaparecido.

—¿Y qué importa lo que hayan dicho? Es natural que se hayan confundido si solíais coincidir en otras circunstancias.

—Pues eso digo yo —intervino Anya con los brazos cruzados —Ya les hemos dejado claro que no seguimos jugando y que formas parte de nuestra familia.

—¿Entonces por qué...?

—¿Por qué estoy cabreado? ¿Quieres saber por qué, Isabel? —la tomó por los hombros y la sacudió con una delicadeza que la dejó sorprendida —Porque no eres una pieza de un juego para ser repuesta o sustituida y cualquiera que tenga ojos en la cara debería ser capaz de verlo —parecía furioso —porque eres nuestra y le estamparé la cara contra el suelo

al próximo que se atreva a insinuar que no lo eres todo para nosotros. Por eso —pareció haberse quedado sin fuerzas y la miraba con una expresión tan desolada que Isabel lo abrazó sin pensar en quién pudiera estar mirando.

—Lo sé, lo sé —le susurró una y otra vez —No eres él, nunca lo has sido, nunca lo serás —besó los labios de Lukas una y otra vez hasta que lo sintió relajarse contra ella, los dedos que se habían aferrado a sus caderas hasta hacerle daño, las masajeaban ahora como pidiendo disculpas.

—Y decían que no eres romántico —Anya los abrazó a ambos —¿Y qué hay de esa siesta? —y puso fin al momento. Lukas la miró con una tímida sonrisa curvando sus labios y Anya miró al cielo con impaciencia.

—¿Nos vamos o qué?

Isabel les siguió sin pensarlo. Lo habría hecho hasta el fin del mundo con los ojos cerrados. Con la certeza de saberse amada, sonrió.

FIN

BIOGRAFÍA



Nació en Alemania en 1971 y, ya de niña, encontró en las historias su refugio y compañeros fieles. Se inició en la lectura de la mano de cuentos y comics de superhéroes y su amor por esos géneros no la ha abandonado.

Fue animada por sus profesores desde muy joven a practicar la escritura y pasó de escribir las obras de teatro que representaban en familia las tardes de verano a escribir y preparar las obras de fin de curso.

Estudió Filología Alemana en Madrid, ciudad en la que vivió hasta 1998, cuando se casó y se trasladó a vivir a Varsovia, Polonia. Allí se reencontró con uno de sus grandes amores y trabajó durante años en una editorial dedicada a los artistas noveles de comics del país y

también de manhwa coreano.

Regresó a Madrid en 2010 y sigue viviendo allí con su familia. Es una amante de la historia antigua, el mundo oriental y las religiones del mundo.

Abandonó la escritura durante un período duro de su vida, aunque nunca dejó de soñar despierta y echarla de menos. La retomó años después de la mano de uno de los talleres de escritura a los que asistió y de los que salieron sus dos primeras novelas.

El Juego es una de ellas.

^[1] *Kleine*: Pequeña. Apelativo cariñoso alemán

^[2] *Liebchen*: Querida. Apelativo cariñoso alemán.

^[3] *Kleine*: Apelativo cariñoso alemán.